La Lectora del Barrio Francés



María José Enrech Francés

La lectora del barrio francés

María José Enrech Francés

(2016)



Grace, una hermosa cuarterona que huye de un turbio pasado, pedalea por las calles de la decadente Nueva Orleans de primeros de siglo. Mientras busca su sitio, hará uso de su don para encontrar el libro perfecto que despierte a cada oyente de su letargo. Grace suscita tanto amores como odios, sin sospechar que deja tras de sí una estela de muerte.

Y es que su presencia a ritmo de jazz no pasa inadvertida. Nueva Orleans, en un duelo de luces y sombras, volverá a vibrar con La Lectora del Barrio Francés.

Para Antonio, mi media alcachofa.

Prólogo: Aguas amargas

A veces le parece que navegamos muy rápido, otras que apenas nos movemos. Y es que el río Mississippi es así, a tramos una balsa, luego se acelera; y sin más, viento y corriente se crecen soberbios fruto del arrebato, caprichosos. Le alborotan el pelo con su furia desmedida. Es entonces que muere por gritar que está viva. Cuando el aire le despeja, le redime. Se pellizca, no es un sueño. Más bien un salto al vacío sin red, menudo vértigo. Retoma el pasado, vuelve a sus orígenes, de nuevo a aquella casa donde comprendió que su existencia no tendría nada de convencional. Que cada día haría equilibrios sobre un precipicio a mil pies del suelo.

Se enamoró y el amor le dio alas. Aunque, a decir verdad, nunca tuvo ninguna oportunidad. Natural, la gente habla. Y el Sur... El Sur es una ciénaga de cotilleos. Pensó que allí nadie la conocía, que en otra ciudad empezaría de cero. Pero las palabras bañadas en veneno chispean en el lodo y Charleston en invierno se muere de aburrimiento. Solo le queda la vieja Nueva Orleans, ella será su refugio. Intenta retener el llanto, pero moquea. Mira el río que ahora se mueve. Respira hondo, confía en que allí recobrará fuerzas. ¿Y después? A partir de ahí, ya veremos. De hecho, tiene muy poco que perder. Para bien o para mal, nadie espera nada de ella. A todos defraudó ya.

Se impacienta, se demora. No sabe si quiere llegar, le asusta el final del cuento. Da igual, poco importa lo que ella quiera pues el barco sigue avanzando. Ni la corriente la afecta pues el ritmo de las aspas solo depende, en definitiva, del robusto carbonero de color que mantiene las brasas candentes en la caldera. Giran y giran, funcionan como una gigantesca noria. Igual que su vida, por más que se esfuerce, nada cambiará. Está marcada. Huye de su suerte y nada puede reprochar ni a la ciudad de Charleston ni a la niña que allí cuidó. Doy fe, ella era todo su mundo y cuando se fue quedó destrozada.

Aceptémoslo sin más tapujos, si Grace escapa hoy en un barco a vapor lleno de tahúres y comerciantes no es sino por su mal criterio. Apuntó muy alto y se dio de bruces contra su propio espejo. La anciana Úrsula intentó ponerle sobre aviso: "Entérate de una vez, chiquilla, estás sola en tierra de nadie". Pero es guapa. ¡Qué digo! Hermosa. Rebosa encanto y ella lo lee en los ojos de los hombres. Hasta que dio un paso en falso y su belleza no fue suficiente. Puede que el amor es ciego, pero no sordo.

Grace confió en su apuesto Claude, su flamante capitán, su amante secreto. Y al posarse en sus ojos grises, se expuso a la ira de toda su familia. De todos, menos de Celine. Ella fue su pequeña pupila y cómplice. ¿Acaso no es eso lo que hacen las amigas? Se cuentan intimidades, pintan la realidad más bonita, se rodean de hadas y duendes. Pero la madre de ambos, Madame Genevieve, era de porte adusto y pura sangre criolla. Ligera y etérea, pálida como la porcelana, osó advirtirla entre confidencias. Cierta tarde en el tocador de señoras inclinó la cabeza y, ladeando el abanico, fue muy clara al respecto.

Haciendo gala de una dulzura indescriptible, se dirigió a ella y le habló despacio como a un niño de teta. Pronunció un nombre que le sonó deliberadamente ajeno, con minúsculas, el suyo:

Sin duda eres bonita. Simplemente deliciosa. Me encanta verte pasear por mi casa, alegrando nuestras añejas paredes.

Muy amable, señora.

Así es, eres nuestro ramo de narcisos, un adorno fresco y radiante. Si bien, no olvides nunca tu sitio, mi querida niña. Siempre serás para nosotros una linda distracción, ma jollie".

Grace estaba fuera del pequeño círculo, un paso más y habría consecuencias. Madame mostraba las uñas mientras, irónicamente, la colmaba de elogios. La retahíla de halagos fue un delicado gesto, casi afable. Una advertencia por las buenas, tan artificial como condescendiente. Y la muchacha, halagada, le devolvió la sonrisa. ¡Ilusa! Aquellas palabras hirientes se las tomó como un cumplido. La dama le habló con tanta ternura que su delicado zarpazo no hizo sino adular sus oídos. Pero aquello no fue sino el principio, el trato fue cada vez más distante. A partir de entonces el corazón de Grace se fue helando poco a poco, a base de encajar toda suerte de pequeños desdenes. Hasta que resultó del todo evidente: la familia no estaba dispuesta a permitir aquel enlace. Pusieron a Claude en su contra y el romance sencillamente acabó, como algo inevitable.

Y Claude no luchó por ella, pasó a ser en breve un absoluto desconocido. De repente la trataba distante, como parte del servicio. Él sí que fue un impostor. Tanto uniforme bordado, botas lustrosas, impecable bigote ¡y va y la abandona! Justo en el balancín del porche, el mismo rincón donde apenas una semana antes se la comía a besos. Todos estaban presentes y fueron testigos de su caída en desgracia. Como a un peón de ajedrez la habían puesto en su sitio. Claude necesitaba público que corroborara su desdén que fue premiado con el eco de dos aplausos mudos. Monsieur Hernand me miró directamente a los ojos sin la menor emoción.

Me temo, querida Grace, que tus funciones de institutriz han terminado en esta casa. Cecile pronto asistirá a una escuela de señoritas y tu presencia entre nosotros será del todo innecesaria ¿no es así, Claude? su hijo asintió.

Claude parpadeó. Ni se le quebró la voz, apenas se le escapó un suspiro. La educación marcial daba sus primeros frutos.

Mademoiselle Grace, le deseo lo mejor.

¿Ahora me llamas de usted? respondió enojada. Le dio un vuelco el corazón.

Despidámonos cordialmente".

Sería un adiós de lo más aséptico.

Recuerda cada uno de sus movimientos, Un parco saludo, junta los tacones, gira sobre sí mismo. Acierta en el protocolo, impecable. Le da la espalda y se aleja liándose un cigarrillo. El pulso, firme. No le tiemblan las manos. Ni un suspiro. Así es como su flamante caballero desertó de la cruzada de dos amantes contra el mundo antes de siquiera emprender la primera batalla. Ni un grito de desafío, desertó sin apurar la munición. Es más, no disparó ni una sola salva. Atendió a razones. Recordó su verdadera pasión, la velocidad... Así es, se dejó sobornar y cambió a su amada por un ciclomotor. Su nuevo amor se llama Harley. Harley Davidson. Con la chapa negra y letras en plata... Qué ironía, ¿no?

Tres días después sería conducida a los muelles con su equipaje. Todo correcto, sin vejaciones. Ante todo, nada de escándalos. Por supuesto, la institutriz cuenta con una carta de recomendación que jamás presentará. Nunca más jugará al juego de la oveja negra entre tiernos corderitos. Lo acepta, es culpa suya. ¿De veras creyó que aquella antigua familia con un linaje que se remonta a los primeros asentamientos franceses pasaría por alto su pequeña "indiscreción"? Cenicienta no tenía los cabellos castaños ¿a qué no? Vuelve a su hogar, donde su distinguida prima, Madeleine, actual señora de la casa, le ofrece una habitación en el desván para acallar a las malas lenguas. Eso sí, bajo ciertas reglas que Grace ha de aceptar incondicionalmente.

Dejarás la bicicleta en el corral, utilizarás la puerta de la servidumbre. Y por supuesto, nada de visitas. No consentiré que frecuentes hombres bajo mi techo, ¿entiendes? se corrió la voz. Y por Dios, Grace, deshazte de ese ridículo sombrero. Esmérate en parecer una chica con clase, que el rojo es para rameras.

Para Cecile quizás acabó la partida. Parece un espectro, su alma agoniza. Perder a Grace fue un revés demasiado grande. Pero Grace no se rendirá, encontrará su lugar en Nueva Orleans. Aún conserva viejos amigos. Y además, esta es su cuna. Además, Úrsula la recibirá con los brazos abiertos pues la crio desde niña y por sus venas corre la misma sangre africana. La razón de tan sus sinuosos rasgos. Ese aplomo que fascina y maldice a una beldad aparentemente libre de mácula como Grace. La leche nunca enmascarará el café por completo.

¿Un trueno? Amenaza tormenta. Y Grace, ¡con sus mejores zapatos! Las primeras gotas... Si atraviesa la cubierta se echarán a perder. Pero ha de regresar al camarote sin falta, ahora mismo. Necesita a Kouassi, su muñeca de trapo.

Contigo, Kouassi, se me pasa el miedo. Sin ti, no sé ni quién soy.

Un rayo arremete contra un enorme sauce de la ribera, estalla en fuego y los pájaros del pantano huyen aterrados entre graznidos. Justo cuando un escalofrío le recorre el cuerpo. Es por ese estruendo... Un mal presagio que le lleva a Celine sin remedio. Marchó y la dejó desolada. Un adiós sin brío y su voz...

Animo, Celine. Sé fuerte. Si te pasara algo no me lo perdonaría. lo intuye, le duele el pecho, le oprimen los botones de la blusa. No te vayas, no tan deprisa…

Ya a cubierto, abraza a Kouassi con una tristeza infinita. Y es que ese trueno le ha partido definitivamente el corazón. Niega con la cabeza, traga saliva y jura por lo más sagrado que vivirá por las dos.

Capítulo 1. Guantes desparejados

Grace se queda adormilada en cubierta hasta que los primeros acordes del órgano a vapor la traen de vuelta y despierta sobresaltada. Mira a su alrededor, las demás butacas están vacías. Está sola en medio de la inmensa nada manchada de azules. De primeras, todo es confusión. Interroga al cielo en busca de respuestas y rememorando los últimos acontecimientos por fin consigue encuadrar el paisaje en un presente de lo más incierto. "Fue un viaje precipitado, algo completamente imprevisto. Ayer mismo era la institutriz de una niña adorable. ¿Y hoy? Un pollito sin nido." Caramba, un pasajero anónimo ha tenido la consideración de taparla con una manta de viaje mientras dormía y aquello la reconforta. Necesita creer que todo no son apariencias, que detrás de esos cuellos almidonados hay personas de carne y hueso. Aunque la calma no dura mucho, se incorpora de repente intranquila, hace acopio de sus pertenencias. Por suerte, conserva el bolsito si bien se le ha resbalado un guante. Y lo peor, tampoco tiene a la muñeca.

Sacude la manta, gatea por el suelo. Una señora regordeta engalanada con una pluma de avestruz en el tocado de redecilla la desdeña con la mirada. "Por Dios Bendito, ¿qué ha sido sus modales?". En efecto, arrastrarse por cubierta como un felino a la caza del roedor no es del todo apropiado pero ¡qué puede hacer si no! En estos casos, lo suyo es avisar al contramaestre para que éste, a su vez, plantee la cuestión al jefe de camareros... Pero ¡no hay tiempo! El barco está a punto de atracar y si llega a casa de Madeleine sin guantes, su prima la tachará de desaliñada. Grace tiembla, de sobra sabe que su alojamiento pende de un hilo. O empiezan con buen pie o su anfitriona la invitará gentilmente a marcharse. Por fortuna, abordo no la conoce nadie así que no trascenderá el incidente... Sin embargo, alguien la observa detenidamente desde la baranda de proa, una silueta alta y robusta de la que sólo cabe distinguir al trasluz el puro rezumando bajo un sombrero panamá impoluto. "De acuerdo, me ha visto, pero en lo que a mí respecta no es más que una sombra". La ignora, no es momento de andarse con remilgos. Lo de menos son los guantes ¿dónde está Kouassi? Inaudito. ¿Quién querría una muñeca de trapo como esa? Hecha a mano por puntadas toscas. Tela modesta, sonrisa de chiste, la falda zurcida. Y a falta de piernas, cuenta con dos cabezas idénticas a cada extremo. No pretendo llevarte a engaño, así es, justo como la describo: Adorable y destartalada. Grotesca, la mires como la mires. Con dos caritas bien distintas: una blanca y otra negra. Vulgar e indecente en más de un sentido.

El Diamond Jo ya pasa por Chalmette, el que fuera campo de batalla en la guerra contra los ingleses, ahora es un cementerio. Pronto llegarán a la fábrica de azúcar Domino que bulle de actividad y Grace mirará hacia otro lado. Su hermana Rosie se trasladó a Atlanta para trabajar en la fábrica de Coke, un nuevo refresco que lleva jengibre, vainilla de Méjico y agua carbónica. Maldito brebaje, del mismo color que la tez de su querida Rosie. En cierto modo, Rosie es una chica afortunada. Para bien o para mal, siempre supo cuál era su sitio. En cambio, Grace es una broma del destino, ni café ni

achicoria tostada.

El barco a vapor se aproxima al embarcadero, el capitán LaTour grita ordena reducir la marcha provisto de un megáfono acústico en forma de trompeta y el órgano cesa.

Disculpe, señorita, sospecho que este guante podría ser suyo un muchacho vestido de gala alterna con la vista la mano enguantada y sus ojos.

En efecto, muchas gracias. Con el sopor, debió de escurrírseme de los dedos.

Es el paleteo constante de la noria, que induce al sueño. Es hipnótico ¿verdad? Claro que con el tiempo, uno se acostumbra.

¿He de suponer entonces que realiza este trayecto a menudo?

Diría que sí, pertenezco a la tripulación. Cuando embarqué por primera vez, el casco ya tenía quince capas de pintura y ya vamos por veinte.

En años, ¿cuánto tiempo sería eso?

Permítame que insista: son las capas lo que cuenta, los años no importan. Cada una es un barniz que te curte, otra barrera. Y por las mismas, cada vez me es más ajeno y excitante el mundo que está allá afuera. Lo sé, resulta confuso.

Tal vez, pero también muy poético.

¿Lee usted, mademoiselle?

A todas horas en un impulso, comprueba si conserva el pequeño librito azul dentro del bolso. Y por lo que he podido deducir, su vida es una pequeña Iliada bajando y remontando el río.

En cuanto a la larga travesía... Así es, me declaro un trotamundos. Respecto a la emprender aventuras... Creo que soy un fraude, solo avanzo en zigzag. Corriente arriba y corriente abajo. Ahora que dedica una mirada fugaz a los variopintos viajeros, en mi periplo, eso sí, se turnan los argonautas. Ellos son los que imprimen emoción a tan rutinario viaje, mis flamantes aventureros.

Si los viajeros no vuelven... ¿No será que los espanta con sus acordes y no osan repetir? pregunta Grace risueña.

Más bien la culpa es del pudding, el cocinero es de Cincinnati... Matt le sigue la broma y comparten una risita cómplice y prosigue.

Tenía dieciséis años cuando embarqué por primera vez, tocaba el piano en la sala de estar de nuestra casa en San Louis cuando el Diamond Jo ancló en la ciudad sin organista. Me avisó de la vacante un vecino, quizás para deshacerse de mí le guiña un ojo. Por lo visto mi antecesor, el bueno de Mr, Peeks, se había desplomado en la Maison Rouge de Madame Chantal esa

misma noche, de una parada cardíaca. Dicen que no hay muerte más feliz, aquel tipo era todo sonrisas deja caer el muchacho con picardía.

¿De veras? añade Grace con naturalidad. El organista la ha colocado en una situación incómoda, los detalles de la muerte en plena euforia de Mr. Peeks no le incumben en absoluto y sin embargo, la muchacha lucha por no parecer ruborizada. Se convence a sí misma: "Soy una mujer de mundo".

Matt muda el rostro, de inmediato cataloga a Grace como una criatura encantadora. Quizás por no soliviantarse ante los embarazosas circunstancias que empañaron la "placentera" muerte del pobre Mr. Peeks o por el hecho de entablar conversación con una mujer de inquietante belleza... Sea como fuere, Matt de repente tartamudea. Mientras, según cuenta la leyenda, el capitán David Jones ahogaba sus penas tocando el órgano de abordo, Matt se esconde tras el instrumento y su imponente figura, de modo que cuando la bella Calíope duerme y descansan sus treintaidós notas, nuestro joven músico, desprovisto de su coraza, se vuelve diminuto. Pequeño, que no invisible. Disfrazado con semejante vestimenta parece El príncipe feliz, un personaje ridículo. Un impostor, un intruso. Y lo es, en cierto modo, pues lleva años engañándose: "esto es solo provisional, no estaré aquí para siempre". No añora San Louis pero sí los tiempos en que tocaba de oído... Algún día visitará el Funky Bat Hall, se promete. Conocerá a George Lewis e improvisarán juntos melodías de jazz hasta el alba; Matt al piano, George al clarinete... Un tugurio en Nueva Orleans y surcando el aire, el dúo perfecto.

El barco de vapor amarra frente al Barrio Francés, junto a las oficinas de la Quincy Line Limited. Grace aguarda estoicamente bajo la marquesina. Un trasiego de embalajes colgantes, el crepitar de las cadenas, el aroma a buñuelos beignet del Café du Monde... Todo un collage de sonidos estridentes y olores intensos que abotargan los sentidos. Grace, impaciente, avista la calle adoquinada. Por lo pronto, nadie ha venido a buscarla. "Tienen que saber del barco, la llegada del Diamond Jo es siempre un acontecimiento. Saben de mi llegada, el servicio telegráfico es fiable, los telegramas ¡no se pierden!". Ya le saltan las primeras lágrimas. "Pronto veré una cara amiga, todavía le importo a alguien.". Un coche se acerca...

Lamento la intromisión, mademoiselle Lemaillot. ¿Necesita que la lleven?

No sería decoroso, no nos han presentado.

Mr. Westley L. Broost, de almacenes Broost. Enchanté, mademoiselle. Y dicho esto, ahorrémonos demás preámbulos. Eche un vistazo, éste no es lugar para alguien como usted.

Quizás no sea lugar para una señorita, pero ¡demonios! No es eso lo que ha dicho. ¿Qué insinúa atribuyéndome semejante calificativo? Si pretende rebajarme, sepa usted que no será necesario. Llega tarde, me temo que se le han adelantado se muestra digna y magullada, cual gatito escaldado.

Se equivoca, mademoiselle, pienso muy bien de usted. Es más, la admiro. No obstante, estoy seguro de que tuvo días mejores. ¿Me equivoco? la recorre con descaro de pies a cabeza. Pero una mujer que viaja sola está a merced del

peligro... Y si a eso le sumamos las "otras circunstancias" inherentes a su persona... Hágase cargo, podría verse envuelta en alguna situación escabrosa y no se lo deseo. No lo toleraré, de ninguna forma.

Mis circunstancias no son de su incumbencia salta la muchacha.

Convendrá conmigo en que, en su caso, está más expuesta a cierta clase de malentendidos que las damas de alcurnia. ¿No cree? Grace pega un respingo. Sus circunstancias, mademoiselle, son de dominio público en toda Louisiana y tendrá que aprender a vivir con ellas de repente siente un brote de furia y cómo se le encienden las mejillas.

Puesto que mi calesa está en camino, comprenderá usted que no preciso de sus más que dudosas atenciones. Es más, su presencia me incomoda contesta turbada en un triste intento por salir airosa. Caballero se despide, altiva, con un leve gesto.

Como deseéis Westley Broost da unos golpecitos en la capota. Le deseo un trayecto sin contratiempos, mademoiselle el cochero tensa las riendas. Y si cambia de opinión, silbe. Curiosa expresión..."Demonios" Mr. Broost sonríe, aspira el habano y dibuja tres oes perfectas. Bienvenida a casa, señorita Grace, con usted de vuelta la diversión está asegurada.

A Grace le palpitan las sienes. "Yo, silbando como un cabrero. ¡Qué disparate!" Por desgracia, aún dispone de tiempo suficiente para digerir con dificultad cada palabra, cada letra. De hecho, las tres últimas Os se le atragantan a causa del humo. No quiere volverle a ver, ni tampoco a olerle. "Malnacido".

Al cabo de dos horas, Grace consigue llegar a su destino por su propio pie. Está cansada y asustada, aunque en el fondo solo necesita ver una cara amiga.

Por fin, Raimond. ¿Qué pasó?

Lo siento, señorita Grace. Quería venir cuanto antes pero no estaba disponible el coche. El Ama tenía esta mañana clase de esgrima en la galería y muy gentilmente le concedió al cochero el día libre.

Muy considerado por su parte la muchacha echa chispas pero ante el deliberado desplante de Madeleine se limita a bajar la cabeza.

Raimond, recuerda que ya no tienes amo. ¡Eres un hombre libre! ella le mira fijamente, él se encoge de hombros.

Yo ya soy viejo, señorita Grace. La libertad no la entiendo, eso son cosas de jóvenes.

Grace camina despacio a la vera de Raimond. Ambos, chupando polvo. El anciano suda a mares, tira de la carretilla con el baúl de viaje a cuestas. No llegarán a la mansión hasta bien entrada la tarde.

Capítulo 2. Conccertino para gatos

Raimond y Grace caminan en silencio, cada vez que ella intenta retomar la charla, él se limita a contestar con monosílabos. Él no se considera quien para importunarla, tampoco tiene nada realmente importante que decir. De ahí, que el chirrido de la bici se repita con tanta insistencia. La humedad del barco ha hecho mella en los herrajes. Y hay algo más, un nosequé oscuro que ronda sobre sus cabezas cual ave de presa. ¿El aleteo de una gaviota? Grace se encoge instintivamente, teme que el ave despliegue su sombra... Pero no. solo una bandera al viento. Está apocada, cualquier cosa le turba,

Philip Street está casi a oscuras, las farolas de luz de gas solo iluminan tenuemente la acera opuesta. Las casas se suceden en un carrusel de balcones forjados, todos engalanados en hierro florido. Si bien, los desconchones de pintura salpican las fachadas coloridas, ya no es el barrio de moda. Últimamente el dinero escasea en el vado. El Mississippi se retuerce en meandros como una serpentina y los ingleses se han establecido en el Uptown, río arriba, donde el aire es más salubre y más amplias las avenidas. Se cruzan con varios hombres esquivos, todos con sombrero. Apenas un ademán, el más distante de los saludos. "Monsieur Garmond, el boticario. Mr. Wallace, el banquero. "¿De veras no me reconocen? ¿Tanto he cambiado?". Grace se detiene en seco, clava la mirada en el suelo adoquinado.,, Otra bofetada a su orgullo. De sobra lo sabe, parece una chatarrera arrastrando un amasijo de hierros. Y es Raimond quien, apenado, se apresura a encontrar respuesta: "No es por usted, son ellos. Comprenda, han de cuidar las apariencias. Esos caballeros jamás pasaron por aquí ¿entiende? Lo jurarían si fuese necesario. ¿A dónde cree que pueden dirigirse a estas horas? Apostarán su hacienda a una partida de naipes o en el mejor de los casos, dormirán en cama ajena."

Avanzan por la calle Royal, en el número 911 han puesto una nueva valla de hierro forjado rebosante de hojas negras y mazorcas amarillas, siempre le gustó aquella coqueta mansión, igualita que una casa de muñecas. A su costado, emerge altiva la Residencia Lemaillot, una casa enorme con fachada de madera pintada en verde manzana. Como siempre, añeja, destartalada y lo más parecido a un hogar que ha tenido nunca. "Cuando vivía el abuelo..." Se vio rememorando, pero recordar aquellos tiempos de helados y ukeleles no hacen sino hacerla levitar para luego pegarse de bruces con una puerta principal cerrada a cal y canto. Ni farolillos ni banderines.

La puerta de atrás está abierta, pero la biblioteca tiene echada la llave. Se asoma por el ojo de la cerradura. Cuántas tardes leyendo a Rimbaud y a Colette. El tarambana de Arthur, se deja caer en el sillón, la mirada brillante perdida en el techo y el flequillo alocado sobre la ceja derecha. Mientras SidonieGabrielle con una copa de vino se apoya sobre la repisa de la chimenea en una pose tan forzada como exquisita... "Como si fuera ayer, aún los veo. Los poetas de mi juventud, mis amigos." Ellos y sus poemas le hacían compañía los días de lluvia, leer "El baile de los ahorcados" al abrigo del

huracán es lo más intenso y desgarrador que ha vivido nunca. Cuántas vidas soñadas sintió como propias tumbada a su antojo sobre aquel ajado diván de terciopelo... Busca con la vista las marcas de cigarro, no importa que esté encogida detrás de la puerta, las encontraría hasta con los ojos cerrados. De grandpère Benoit es lo único que le queda, esas quemaduras cilíndricas son para ella como velas de cumpleaños. Ni una carta, ni un retrato. Ninguno de sus ceniceros, por descontado. Madeleine lo borró de nuestra estirpe, sin pestañear, como quien arranca el papel pintado de la pared. También se deshizo de Rossie sin ningún miramiento y posiblemente ella será la siguiente. "No me preocupa lo que piense hacer conmigo, solo me inquieta el dónde y el cuándo. Necesito saber de cuánto tiempo dispongo y así estaré preparada para afrontarlo".

"¿Mamon, eres tú?" Úrsula acude a su encuentro. Le acaricia el pelo, le atusa la ropa. Y en susurros, como si hiciera algo prohibido, exclama: "Por fin de vuelta, mi niña preciosa". La conduce al comedor de servicio. Está más flaca, las arrugas perfilan su rostro anguloso como con pluma estilográfica. "Beba, Damita, beba. Como cuando eran chiquitas y volvían acaloradas de jugar a la comba en la calle." Grace muda la cara, debería estar feliz con semejante recibimiento pero de sobra sabe que la anciana tiene a Rossie muy presente y no se atreve ni a nombrarla. Anda encorvada y a duras penas consigue sujetar la jarra con ambas manos. Ha preparado Primms Cup, el que fuera refrigerio favorito del abuelo para las tardes de verano. Agua carbónica, zumo de limón, licor de frutas y unas rodajas de pepino. Pero ella le añade algo más: ¿jengibre? ¿O menta? Cuenta con que algún día le confíe el ingrediente secreto junto con tantos detalles oscuros de su familia, esos que atormentan a Grace y la desvelan con la aurora.

La muchacha pega un trago, que no un sorbo. Está sedienta. Úrsula la mira expectante, espera el milagro. Quiere verla renacer y cuánto antes, cual ave fénix de sus cenizas. Al momento la muchacha baja la guardia y se comporta como un cervatillo. Recuerda cada rincón, recorre con la mirada cada estante de la alacena, le brotan en la memoria decenas de anécdotas solapadas y corre eufórica hasta la cocina. Es la limonada especial de Mamón Úrsula, su ama de cría, que le regenera como la leche. Grace recupera esa luz que perdió en alguna parte, antes de Charleston, justo después de que Rossie se fuera.

Ahí está, sobre la mecedora, el cojín que bordó Rossie para Mamon como regalo de despedida. "Se largó, sin más. Y me dejó sola. Según ella, por mi bien refunfuña ¡mentirosa!" Es de nuevo la pequeña Gracie, esa niña que vio desvanecerse a su hermana mayor una mañana cualquiera. "Me apuesto un zapato de charol a que detrás de su huida está mi prima Madeleine, la engatusaría con su palabrería de señoritinga hasta hacerla sentir una donnadie". Aprieta los dientes, solo de imaginar a Rossie en una cadena de montaje poniendo tapones a las botellas le hierve la sangre. Estrellaría el vaso contra la chimenea ahora mismo... "A su hermana no le va tan mal, no peor que a vos" apunta una joven lozana de brazos rechonchos sin pelos en la lengua que desgrana habas bajo el candil con menos maña que fuerza. Grace sopesa las palabras de Isabelle, la cocinera, se debate entre el insulto y el cumplido. Debería sentirse aliviada pero no ocurre, aquel comentario rebosaba veneno. Y sin embargo, aún con el brazo en alto se frena. No por

Úrsula ni por Isobelle, a la que ve por vez primera. Es la lumbre del quinqué atrapada en el vaso de limonada la que la vuelve en sí e infunde serenidad a sus mejillas encendidas. Reconoce esa chispa de luz, casi efímera, la misma que prende las estrellas. Como diría grandpère Benoit: "es noche para reír, no para perder la cabeza."

De pronto, suena la campanilla. Es la señora que llama a su dama de compañía y Mildred acude sigilosa como una gatita. Al rato se persona frente a Grace y sin mayores preámbulos espeta: "Grace, adecéntese, su prima desea verla". La voz de la dama de compañía es pétrea y monocorde, no transmite el menor atisbo de emoción. Además a Grace le desconcierta ese tono tan rimbombante, aunque la trate de usted bien podría ser una parodia. Descubre en el timbre de Mildred un deje de arrogancia y también burla. ¿O son imaginaciones suyas? Se frota la cara bruscamente, el veneno avanza... Víctima de sus propios demonios, para despertar, necesita otro vaso de limonada que engulle, ávida de néctar, como si fuera wiski.

La recién llegada acude al salón y permanece de pie frente a una Madeleine atareada en plena sesión de piano. Grace hace su entrada y puesto que la música no cesa, no para de contorsionarse y se siente incómoda. Menudo desplante. ¿Hasta tal punto pretende ignorarla su anfitriona? Se concentra en el instrumento, piensa ¡deprisa! y tras unos segundos de desconcierto, se tapa la boca y es que por fin Grace comprende la forzada situación: Madeleine no le dirigirá la palabra hasta que acabé con sus prácticas músicales del día, no merece su atención ni siquiera entre pieza y pieza. Ella está allí para voltear acompasada la partitura y al acabar el conccertino, aplaudir entusiastamente. Quizás debiera ofrecer a la artista exhausta una tacita de ponche o incluso, si sufre de sofocos, habría que abanicarla. Pero no, es demasiado orgullosa para rebajarse. Mira al frente, no quiere ni pensarlo. Mientras, Madeleine se regodea con la escena que ha previsto tan minuciosamente... A su entender la velada resultará deliciosa. Desde su inflado ego, se presenta la mar de interesante.

Si bien su placer se ve empañado por una Grace ausente, ajena a su devastadora victoria. "Pero si odia esta melodía y lejos de crisparle los nervios, la miro y ¡parece absorta!". Son los pensamientos de Mildred que las observa consternada desde la salita contigua. Sentada en la mecedora hace ver que cose pero a cada poco levanta la mirada y araña a la nueva asistente con sus ojos felinos, celosa perdida. Se muere de rabia, simula que se pincha. ¿La envidia? ¿De veras? Pues sí, porque mataría por una pelín de atención, suscitar el interés de Madeleine es su solo propósito en la vida. Ella no es nada, nunca lo ha sido. Adora a Madeleine porque la sacó de las marismas, los caimanes de los pantanos muerden y La Gran Señora... En fin, ella tan solo pica.

Grace está atónita, no sale de su asombro. Que aquella mujer envarada la considere una rival... Aquello raya en lo absurdo. Ella no se ve de cortesana aduladora. Es, a sus ojos, un auténtico despropósito. No, no ha venido a abanicar a su prima, está hundida pero no caerá tan bajo. Se muere de rabia, los ojos luchan por reprimir las lágrimas. Y se halla tan sumida en su propia desgracia que no repara en las artríticas manos de Raimond ni en la respiración agitada de Úrsula ni en el voluntario exilio de Rossie que marchó

renunciando a la poca familia que tenía para no enturbiar el buen nombre de su hermana y darle una oportunidad entre mil de encajar en el mundo de los blancos. Y por descontado, cegada por sus propios problemas, Grace es incapaz de entender que Madeleine exija con malas artes una compensación por el afecto que le negó su abuelo en favor de sus otras nietas, las cuarteronas. Naturalmente, unas chicas del montón.

Y ¡cómo no! también olvida que el hecho de asistir a La Señora no es una obligación para el ama de compañía sino la mejor forma de justificar su condición y sustento. Mildred, mujer blanca sin blanca, hija de las marismas... Complacer a Madeleine da sentido a su vida. Le servirá fielmente, como un perro sin correa. Su ropa, heredada. Su cinta del pelo de raso, sustraída en secreto de una caja de bombones. Si me apuras, mademoiselle Lemaillot es su sola razón de despertar cada mañana. Ni tan siquiera las lentes que calza, nada es suyo. De no ser por la Señora, aún merodearía miope entre los cipreses malditos y en busca de ratas de agua se hundiría en el fango hasta las rodillas.

Capítulo 3. El gato, el espejo y el cuadro.

En el jardín se está de lujo, sin duda el mejor refugio cuando molestas en la cocina. Grace recoge su ropa recién lavada lleva ondeando al viento toda la noche pendida de pinzas de madera y menos mal, ya casi está seca. Sus vestidos, boca abajo, semejan un ridículo baile de espantapájaros y con esa estampa surrealista recupera el buen humor. Entona «Swing Low, Sweet Chariot» y con su trepidante ritmo, la tarea doméstica se torna un juego de niños. Podría atizar vestidos en el lavadero cada mañana, tenderlos, plancharlos, recoser las puntillas... Todo sería más sencillo. Pero no sabe bordar ni servir una copa de coñac ni llenar una pipa de tabaco ni llevar pantuflas frente al sillón, el abuelo no la quería postrada ante ningún hombre, por muy honorable que fuera, ni siquiera un marido. No era sufragista sino pragmático, plenamente consciente de que por su sangre impura ningún hombre de alcurnia respetaría a su nieta como merece. Si bien, forjó grandes planes de lo más ambiciosos, haría de ella una muchacha capaz e independiente, audaz en todos los sentidos. Y él estaría a su vera, siempre guiándola hasta brillar como el lucero. Lástima que se le escapara un pequeño detalle que desbarató su castillo de naipes desde los cimientos: ¿un viento? Más que eso. Una neumonía fatal que se lo llevó, en un no menos duro invierno.

La suya no fue una educación al uso, su formación corrió a cargo de un instructor de equitación galés algo borrachín pero excelente jinete y un octogenario profesor de humanidades que se quedaba dormido en mitad del Decameron mientras las muchachas escapaban a jugar por la ventana. El abuelo Lemaillot sería a posteriori, todo un visionario. Si bien, por aquel entonces, no era más que un tipo excéntrico para la mayoría. No creía en la educación convencional de las damas y cuando Grace le pidió asistir a clases de canto, le espetó: "¡Ni hablar! Olvídalo. No quiero princesas de cuento, yo apuesto por auténticas amazonas." Por eso solo canta canciones de esclavos y cuando lo hace, palpita la tierra como un tambor ancestral. Los árboles se mecen y con la brisa le hacen los coros. Es un auténtico espectáculo, pocos lo ven con tanta nitidez como yo. Me recreo en la voz de los árboles, ella despierta ese juego de sonidos. Entona el canto del campo, lo he oído cientos de veces. Aprendió la letra de Raimond, aún la silba cuando poda los rosales. La cantaba su padre en las caballerizas y antes su abuelo de sol a sol durante la recogida del algodón en la plantación de Destrehan y al caer la noche bebiendo julep de menta tras la dura jornada en los barracones. .

A estas alturas ya podría ser mezzosoprano y entonar el "Un bel dì vedremo" de Madame Butterfly en la Opera de Manaus. ¡El público se rendiría a sus pies! Pero Grace es un gorrión, de color indeterminado, nunca será jilguero aunque flote como los ángeles. De repente se detiene en fa menor cuando algo etéreo se aproxima. Está aquí, muy cerca, ella también lo ha notado. Aparentemente todo sigue en calma, como en los cementerios. La misma paz, ese silencio que da paso a una presencia casi imperceptible que abruma sin pretenderlo. Ni un alma, ni un susurro. Nada que rompa la tregua entre cielo

e infierno en un impás sagrado. Y sin embargo... Lo sé, ha llegado. Un ser dormido despertó tras su letargo. Su ausencia fue breve, ni siquiera llegó a acariciar las nubes. Vagaba perdido en la niebla cuando escuchó la melodía de Grace, entonces supo a dónde acudir. La ronda, deambula... Reconoce la canción, se tiende sobre la tierra. Se quedará por estos lares, su canto es hipnótico. Pero no te engañes, no llegó aquí por casualidad. Doy fe, la buscaba desde el principio. ¿Cosa del azar? Poco tiene que ver con esto.

Hay alguien más, una mujer madura que planta pensamientos al otro lado de la cerca. Y precisaré por si te lo preguntas, la dama en cuestión está viva y coleando. Ella no percibe lo invisible y cuando la música cesa la interrupción del ave cantor le apena sobremanera. Como un duendecillo sale de su escondrijo e irrumpe entre verdes con botas de agua, un delantal de cuadraditos y las manos sucias. Y aun así, está preciosa. En comunión con el parterre de flores, rebosa delicadeza.

Buenos días, Pequeña Amazona definitivamente debió de conocer al abuelo.

Buen día, Lady Norah, me complace volver a verla.

Y a mí escucharte de nuevo. Recuerda, nos tuteábamos un frágil hilito de voz. Tu acento criollo junto con un timbre haitiano... –prosigue. Tu melodía. Niña, es un soplo del Caribe. ¿Por qué callaste, Grace? Temo haberte asustado mientras arreglaba las jardineras y motivos no te faltarían, podría haber sido un topo o una rata de río.

En absoluto, My Lady. Ni siquiera reparé en usted azorada, Grace, intenta de inmediato remendar una frase tan desafortunada. Estaba deseando verla, Lady Norah. Usted y esa casa son mi brújula, mi esencia, mis recuerdos.

No me lo puedo creer, querida. ¡Has vuelto! los ojos inquietos de aquella señora de mediana edad revolotean y se posan, ella sí es mariposa solo que decolorada por tantísimos soles. Si aún viviera tu abuelo te levantaría ahora mismo en volandas y te alzaría por los aires.

La muchacha asiente con media sonrisa. Si bien una mueca es lo más que consigue esbozar, así pues fracasa en el gesto. Y es que le encantaría volar en círculos en brazos del abuelo pero no está y no volverá y Madeleine borró cada una de sus huellas con lejía y desinfectante. El frío se lo arrebató y es desde entonces que odia el invierno.

Tienes que venir a tomar el té, sin demora. ¿Qué tal esta misma tarde? Te lo ruego, Grace, hónranos con tu visita. Durand está agitado por la novedad, ¿no es así, minino?

Una bola dorada de Angora, tras colarse en el jardín vecino, merodea curioso bajo el rosal que cuida Raimond con tanto esmero y araña la tierra con sus uñas afiladas. My Lady le reprende, desgraciará la planta. Durand es orgulloso, un gato oscuro y complicado como el mismísimo Pércibal. Con semblante huraño y los ojos entornados, desiste a regañadientes de su codiciado tesoro. Sintió su llegada, él también se dio cuenta. Pero no, Lady Nora no le deja rebuscar, puede llegar a ser de lo más persuasiva. Y

ronroneando y apesadumbrado, se abre paso de regreso a casa colándose entre los estrechos barrotes de mazorcas amarillas.

Por supuesto, nada me haría más ilusión que asistir a una de sus veladas, como cuando Rossie y yo éramos niñas y nos contaba cuentos.

Y os atiborraba de macarrons ¿recuerdas? Teníais que probar todos los colores y adivinar a qué sabían apunta Lady Norah con talante divertida para luego volver a casa con un bigote pintado de chocolate jurando a Maman que os había salido de jugar con Durand.

Qué tiempos... a Grace le invade la nostalgia pero intenta sobreponerse y de inmediato vuelve en sí. Ha aprendido que para sobrevivir hay que dejar el pasado atrás. Tenía pensado ir a verla tan pronto como almidonara mi mejor vestido, pero aún no está listo y no dispongo de más prendas elegantes...

Échame un vistazo, con las botas de goma parezco una gallina clueca... Por mí, como si vienes en camisón añade My Lady con su sonrisa más linda.

Baja la vista, de pronto repara en la tela tosca de su blusa y en sus andares de campesina. En efecto, lleva ropa de trabajo. Hubo de dejar su uniforme gris perla con lazada malva colgado de la percha en su antigua habitación para su inminente sustituta. La vida sigue... Cómo sospechar que mientras se cubre el cuello con un chal de lana simulando frío, simultáneamente en Charleston los criados azuzan el fuego para quemar aquel soso pichi gris en una hoguera improvisada y la llamarada se tiñe de un extraño azul índigo. En la maison Loiret se acaba una era, ella será la última de una saga de preceptores. Caras largas, se trata de un adiós sin duda. La dulce Cecile ya no precisará de institutriz nunca más. Rectifico, para evitar chismorreos: mejor, de ahora en adelante.

A media tarde Grace acude a su cita en Cornstalk Fence, la mansión vecina. No antes de congratularse con una grata noticia. Es Raimond, ha encontrado un objeto semienterrado cuando regaba las rosas que trepan por la celosía. ¿Un cojín? Algo almohadillado... Es Kouassi, ha vuelto a casa. ¿Cómo? Si se extravió en el barco, es materialmente imposible. Pero de los motivos de felicidad, no se recela. Por inexplicables que nos parezca un suceso. No desconfias. ¿Y por qué no? Como por arte de magia. Las alegrías se aceptan tal como vienen.

Lady Norah arrastra un linaje impoluto, es nieta de FrancoisXavier Martin, primer jefe de justicia de la Corte Suprema de Luisiana. Pero su vida fue atípica, febril y turbulenta pues contrajo matrimonio libremente con un personaje enigmático que la hechizó con su elocuencia. Percival Henkel es un librepensador oscuro y autodidacta, amigo íntimo de los escritores Artemus Ward y Bret Harte y editor de sus primeras obras. Posee una ruidosa imprenta en Canal Street, nunca está en casa. Fue él quien la introdujo en el círculo selecto de intelectuales que vibran con la ciudad. Personajes osados y rebeldes. A quienes Norah admira, frente a los que Norah se siente diminuta. Para ellos es demasiado burguesa, convencional... Una criatura insulsa, previsible. Más bien poca cosa.

No nos une el amor sino la admiración mutua solía precisar My Lady. Percival es un erudito, perspicaz. Tortuoso y mordaz a veces. Siempre engalanado con la palabra justa, un arma de doble filo.

Lo dice sin rencor, fijando la mirada en su interlocutor. Excelsa, sin perder la compostura. Pues ella adoraba a ese hombre, le acogió tal como era. A pesar de su talante huidizo, taciturno y a decir verdad, su escaso interés por las mujeres. Cierto, su relación se basaba en el mutuo respeto. Solo que My Lady obvia una parte, por omisión incurre en una suerte de mentira: Subyacía otro lazo muy fuerte entre ellos: ella le desearía hasta el delirio, ella amaba por los dos.

Ambas se ponen al día, Grace se muestra transparente y acierta de pleno, pues ni en un millón de años elegiría mejor confidente. Durante su amena charla Lady Norah le comunica una triste noticia: Samuel Langhorne Clements ha muerto en Connetticut y recibirá sepultura en el cementerio de Woodlawn en Elmira cerca de Nueva York. Lo que sus más allegados amigos y parientes consideran de lo más ultrajante. Una nueva afrenta del norte. Se trata de Mark Twain, hijo predilecto de Hannibal, Illinois y asiduo visitante de las veladas poéticas de Cornstalk Fence.

Nuestro Samuel, descansando por siempre en tierra extraña... Mais c'est la devacle! Si hasta capitaneó un barco fondeado en el Misouri... Es un hijo del Sur, por Dios bendito.

Las lentes de Lady Norah se empañan de la emoción y cuando se las quita, Grace descubre el rostro apasionado de una dulce chiquilla.

El cometa Halley le trajo y setenta y seis años después el mismo astro se lo lleva. ¿A dónde? pregunta Grace sin esperar respuesta.

Estará con tu querido abuelo poniendo nombres a las estrellas My lady mira al ventanal, su ánimo decae por momentos y Grace, en un intento por alentarla saca su librito azul del bolso y se decide a leer en voz alta.

En los días siguientes prepararán juntas un cenotafio por el alma de Mark Twain, honrarán al amigo con una gran despedida. Hablan con el padre Bernard que de inmediato accede a oficiar el servicio en la capilla funeraria de San Judas. Tras la ceremonia religiosa, los asistentes se concentrarán en el jardín contiguo y bajo el abrigo de un sauce centenario recitarán pasajes memorables de Tom Sawyer y aventuras de Huckleberry Finn. Lady Norah nos deleitará con un relato breve del autor "El billete de un millón de libras". A continuación Grace relatará "El gato, el espejo y el cuadro" en honor del viejo Durand, más que probable inspirador de aquella fábula.

El acto será emotivo, concentrará a la flor y nata del bohemio sur. Artistas celebres, otros desconocidos. Y en medio de un gran gentío que se aglutina en torno a la las lectoras, brotarán suaves y ardientes las palabras de Grace. De una belleza indescriptible, música para los oídos. Y así será como descubra el barrio francés la voz cautivadora nacida para el canto y ocasionalmente, para la narración. La de una muchacha cuarterona, sonrosada, distinguida... Negra

y vulgar a todos los efectos.

Capítulo 4. Cantares de inocencia

Lady Norah hizo acopio de todos sus encantos y convocó al Sur más selecto con un doble propósito. Nada como una buena puesta en escena para captar la atención del público. Mark Twain solo era el reclamo y nuestra Grace, el discreto anzuelo. La dama apuesta fuerte convencida de que juega a caballo ganador desde el principio y no se trata solo de una corazonada. Lo sabe, les deslumbrará. Y es que la muchacha hechiza miradas. Más aún, acaricia sus oídos sin pretenderlo. Y cual flautista son muchos los que en este florido Hamellín, quedan prendados de esa forma inusual de contar historias... A su lado salivan como perrillos pequeños, borbotean sus fluidos internos, su canto pausado les acelera el corazón. Escuchan ensimismados, Grace despierta su sed de cuentos ancestrales y coloridos, tal como Norah había previsto. Y ese tambor bajo tierra, casi imperceptible, con su sordo latido... Les oprime el corazón.

Y lo que son las cosas, por una vez su sangre impura lejos de perjudicarle, le abre una puerta al futuro. Bueno, más bien un ojo de buey. Y eso que los convencionalismos no han cambiado. Qué va, su mundo envarado es más de lo mismo. Pero ella es la novedad, una cara nueva. Y en el tedio de la tarde, Grace cuenta con diez minutos de gloria antes de que la encasillen. Algunos murmuran, se le acaba el tiempo. Si se corre la voz de que es mulata se acabará la función. Sin embargo, Grace se reinventa y lo hace en tiempo record. Y tras los aplausos de rigor, le llueven los encargos. Ya tiene una ocupación, a partir de ahora leerá a domicilio. Si Grace fuera una joven criolla, sin mácula, heredera de casa noble con una reputación que mantener, jamás le harían semejante propuesta. Sería considerado una humillación en toda regla. Pero el que más y el que menos, aún ignorantes de las circunstancias, saben reconocer a un ángel caído. Grace no es una princesita de cuento brillante y cristalina, posee arraigado un lado oscuro tan arrebatador que cautiva los sentidos.

Ya ves, ella no es una señorita al uso puesto que los vástagos del bastardo no dejan de serlo por su cara bonita. Qué ironía, resulta que puede aceptar un trabajo merced a su maldito estigma. El mismo que la tacha de las listas de invitados y desprende las gardenias de su escote... Cuando así vienen las cosas, no te queda otra, lo tomas o lo dejas. Y por parte de Grace, no hay nada que objetar. Si ante ella se abre un camino inesperado, pues bienvenido sea. Porque el precio del pasaje en el Diamond Jo minó sus ahorros, está sin blanca y para Madeleine no ha de ser una carga o se lo reprochará de por vida. Encima, como institutriz ha fracasado así que abraza con entusiasmo este cambio de rumbo. Por supuesto, cambian las tornas. Ahora no será presentada como amiga de la familia, se rebajará a simple asistente. Habrá de agradar y mostrar respeto, tragarse el maldito orgullo que le quema en el pecho pero no le importa. Necesita el dinero con premura, de modo que aceptará de buen grado sin poner inconvenientes.

Para preparar su primera visita a domicilio, Grace se cuela en la biblioteca

del abuelo Lemaillot por una trampilla. Acaricia los lomos de los libros en un acto sagrado, tiembla, titubea. Flota en pleno santuario, en la búsqueda del ejemplar perfecto. "Elige un libro acuñado en Londres, la dama en cuestión es distante y excéntrica Lady Norah la puso sobre aviso Es esbelta, altiva. Anglófila hasta la médula, anclada en el pasado. Tirando a fatalista, romántica en extremo. Adora a Byron y con sus versos nutre su desamor acumulado. Total, por un patán que la dejó hace quince años para casarse con su sobrina. Los mismos ojos, doce años menos... No tuvo más que hacer cuentas. Figúrate, ¡qué desperdicio! Tanto dolor por quien no lo merece. Y al estar condenada a verle a diario, la herida no cicatrizará nunca." Aceptémoslo, se le presenta un caso difícil con el que se arriesga a un calamitoso estreno.

Nos hallamos de lleno ante un panorama desolador, una mujer con sus lazos deshechos. Hay amores que matan lentamente, otros lo hacen de muerte súbita. Personalmente, me inclino por un desenlace rápido como ya demostré en su día, pero no todos saben remendar sus costuras. Ni yo misma.

"La velada me la sé de memoria, así es como transcurrirá si tú no lo impides: Miss Hermann te abordará en el hall, se acomodará en el sillón verde musgo frente a la ventana y te señalará un silla adyacente. Te sentarás a su lado, hablaréis del tiempo, de la última ventolera, te mostrará su colección de abanicos. Repararás en las flores del jarrón, posiblemente gardenias, Acto seguido la doncella dejará la bandeja del té sobre la mesa isabelina. Y en cuanto abandone la sala, ella entrará en materia. Te pedirá que recites a Lord Byron. Primero, Sol del que triste vela. Después, Canción bella como la noche. Asentirá, comedida. Tú te sentirás incómoda, como si esperara más. Y acertarás de pleno porque Vanessa Hermann te ha hecho llamar con un solo cometido. Sabe perfectamente lo que quiere y divagará hasta conducirte, como si tal cosa, a su versos favoritos. Cuando nos separamos en silencio y con lágrimas, con el corazón medio roto, para apartarnos por años, tu mejilla se tornó pálida y fría y tu beso aún más frío... Pues bien, llegados a este punto habrás de mantenerte firme. Elude ese poema, Grace, excúsate como mejor te parezca, Por Dios, no los recites en voz alta o desencadenarás la tormenta. Se le empañarán los ojos, enmudecerá durante semanas enteras. La conozco bien y la comprendo aún mejor. Es más, comparto su estúpido dolor. Ambas amamos sin esperanza y sabemos cuánto duele la indiferencia."

Grace se asusta, pensaba limitarse a leer durante una velada cómoda sin contratiempos y de repente se halla frente a una singular bomba de relojería con cientos de resortes. Cada músculo, una clavija. Duda si acudir... Ciertamente, mejor sería que no fuera. Pero Norah insiste: "Si no acudes, Grace, correrá la voz y quedará tu profesionalidad en entredicho". Lo arriesga todo, desvela su jugada. "Claro que no acudirás desarmada, Grace, podrás hacer buen uso de tu don. No te subestimes, pequeña y podrás sacarla del estrecho túnel. Tus pupilas están hechas a las sombras, conoces la penumbra mejor que nadie. La conducirás hacia la luz. Una vez allí, es simple. Limítate a leer, que con tu voz repiquen los tambores y le devolverás la sonrisa, como hiciste conmigo." Y con esta afirmación, la mecenas revela su última carta: Lady Norah es infeliz, adolece de un dolor incurable y solo Grace mitiga su pena. La niña que fue, la mujer que es ahora... Esa jovencita le ha devuelto la ilusión, con ella recupera su fe en las personas.

Miss Hermann promete ser una singular oyente y ahora Grace conoce su lado oscuro y aun así accede a visitarla, no quiere defraudar a su amiga. Recorre el segundo estante hasta rozar la cortina. "Tiene que estar por aquí". Lo encuentra. "Mi querido Willy, cuánto tiempo". Ase el libro minúsculo y suspira, es casi tan fino como un cuadernillo. Ya cuenta con su elixir, el brebaje milagroso. "No sé, carraspea ¿y si no funciona?" Por un momento se siente un farsante, como un charlatán de sombrero de copa ajado y chaleco a cuadros prometiendo curar todos los males del alma rodeado de frasquitos.

Pronto serán las cinco, Grace se enfunda los guantes bermellón, se prende el gorrito a juego. Coloca el libro junto a Kouassi en la canastilla de la bicicleta, monta en el sillín y al tomar la calle se cruza con Isobelle que suelta una risotada. "¿Resulto tan ridícula?" Nuestra ciclista se adecenta el moño, sufre por su aspecto. Aún no es la hora y decide hacer tiempo. No está preparada, no tiene prisa. Además, siempre tiene presente aquel décimo tercer cumpleaños cuando el abuelo Lemaillot le entregó una cajita envuelta en papel de seda. "¿Qué contendrá?" El anciano disfrutaba con la intriga mientras la pequeña Grace desprendía agitada los abalorios. ¿Será un broche? ¿O una peineta? Formulaba adivinanzas y el juego seguía. La niña hacía tiempo que fantaseaba con una joya y por fin ahora la tendría, no cabía en sí de gozo. Pero en cuanto abrió el paquetito, su sueño se hizo trizas y la magia se esfumó. "¡Un reloj con cadena! ¿Por qué?" replicaría la pequeña Grace a modo de reproche. Se trataba de un reloj de hombre, no era regalo para una niña. "Para que llegues siempre a tiempo, no antes ni después sino en el momento preciso. Personarse demasiado pronto en hogar ajeno no solo es impuntual, también resulta del todo inoportuno. Amenaza con desbaratar los preparativos de última hora y por mucho que te sonría tu anfitriona desde el umbral, lo cierto es que estará enojada. Le delatarán sus mejillas encendidas."

Grace da un rodeo forzado, baja por la linde del rio y pedalea hasta Jackson Brewery donde el aire se vuelve denso y dulzón. Enmascara los hedores del río, es cosa de la destilería. Debajo de la mugre, un hermoso revestimiento. Y de repente se serena, se crece. Recobra el ánimo, quizás el humo blanco de la fermentación tenga algún efecto por sí mismo. En cualquier caso, por fin comprende que también puede arrinconar sus miedos y engalanarse para la ocasión. Como el barco a vapor que renace con otra capa de pintura. Ella es podredumbre, una ciénaga de agua estancada pero también esencia de lícor dulce e intenso. Al verla enfurruñada, también le dijo el abuelo aquel día: "Borra esa carita huraña, Grace y elige otra más linda, las tienes a montones.".

Miss Hermann la espera en la antesala, con sus lentes la escruta como si fuera un bicho. Cómo era de esperar, se sientan en el rincón. Conversan de banalidades. Huele a flores pero no hay jarrón alguno. El servicio del té está servido. Grace se marea, se trata del perfume de Vanessa, almibarado y oriental. Tal vez, de loto. Con notas de ámbar y almizcle

Ahí está, el poemario de Byron y el perfume persiste. Lee Hubo un tiempo, ¿recuerdas? Al terminar su disertación, silencio. Ni un gesto. Grace tantea a Miss Harmann que permanece hierática como una estatua y ante su mutismo,

la frágil confianza de la muchacha se tambalea y de pronto añora el aroma de la ribera a avena fermentada. Prosigue con La destrucción de Senaquerib. Le cuesta respirar y aun así continúa. Retoma el recital con La gacela salvaje. Pero jadea y se detiene en seco para recobrar el aliento. Veinte segundos, un minúsculo paréntesis... Suficiente para que una Miss Vanessa insatisfecha reanude el recital en otro punto. "Abrevia, Grace, no tenemos todo el día. Avanza hasta la página 19 y deléitame con Cuando nos separamos. Convendrás conmigo en que es una composición magistral. ¿No estás de acuerdo, Querida?"

Grace deja caer el libro. Entonces Miss Hermann se impacienta, desea romper a llorar por un capullo, Su casullo. Las mujeres se miran. La oyente, viéndose descubierta, pierde los papeles. "Adelante, Niña, estás aquí para complacerme. ¿No es así? la muchacha asiente ¡Pues no te demores!".

La lectora saca otro librito de debajo de Kouassi al tiempo que flaquea, le falta el aire. En silencio, solo acierta a pasar páginas al azar mostrando despreocupadamente las bonitas ilustraciones. "Es una colección ilustrada de poemas del británico William Blake. Fue todo un intelectual, un artista completo. Blake redactó, dibujó y manipuló la imprenta él mismo en su taller de Londres. Era un Poeta intimista, genial y discreto. Hombre de una sola mujer y amante, pero de la vida". Y con aquellas imágenes coloridas, visiones fantásticas de rico simbolismo, es como William Blake, un librepensador de costumbres sencillas, él solito saca a Vanessa de su rincón y curiosea. "Se trata de Los cantares de la Inocencia en un ejemplar magnífico". Miss Harmann moquea si bien, para su sorpresa, consigue reprimir las lágrimas. Resulta que llorar por llorar, después de todo, no resulta tan reconfortante. "Mirad, Señora. Es una primera edición firmada por el propio autor, dedicada a un tal Benjamin. Fijaos en la caligrafía, tan cuidada y firme. Utiliza pluma de ave. Faisán, muy probablemente. Un hombre leal, un tipo admirable." Y Grace se la va camelando tirando de cuentos chinos.

La enreda con la delicadeza de El Prado resonante, La embelesa con la dulzura de El negrito. No se limita a concatenar poemas, se esmera en hilvanar los más hermosos versos de su viejo amigo de biblioteca con tremenda ternura. Discurren poemas en cascada, el propio Blake los llamó cantos porque guardan música en alguna parte. Pero no es hasta El Canto del Reír que Miss Vannesa Harmann estalla en una carcajada inusual, contagiosa y explosiva, más propia de una chiquilla que de aquella envarada tiquismiquis: Cuando los verdes bosques ríen con la voz del júbilo, y el arroyo encrespado se desplaza riendo; cuando ríe el aire con nuestras divertidas ocurrencias, y la verde colina ríe del estrépito que hacemos; cuando los prados ríen con vívidos verdes, y ríe la langosta ante la escena gozosa; cuando Mary y Susan y Emily cantan "¡ja, ja, ji!" con sus dulces bocas redondas. Cuando los pájaros pintados ríen en la sombra donde nuestra mesa desborda de cerezas y nueces, acercaos y alegraos, y uníos a mí, para cantar en dulce coro el "¡ja, ja, ji! Grace derrocha arte, hace magia con los sonidos.

Y así es como George Gordon Byron, romántico empedernido e incansable Aventurero, vuela. ¡Vaya si vuela! Hasta aterrizar planeando en la chimenea. Ya, es verano, pero miss Hammon siempre tiene frío. Bueno, nunca digas siempre. Porque, al parecer, por fin la dama pasará página no sin antes armar

naturalmente un poco de estruendo. Total, está en su casa y pegar carpetazo jamás fue tarea fácil. Míralas, vaya par de dos. Las tornas han cambiado y ahora es nuestra pobre Grace quien intenta contiene a una Miss Vanessa frágil y convulsa, empeñada en golpear con el atizador un libro manoseado y arrojarlo a las brasas. Quince años perdidos... Está furiosa por semejante impás, por todo lo que no ha vivido.

"¿Unas cuántas magulladuras, Lord Byron? Pagas por otro, es cierto. A ver, que no es nada personal. Estabas más a mano, sencillamente." El Barón se hace cargo, como buen mujeriego. Y de rebote, como en una cadena de favores, por fin Fanny Imlay, hermana de Mary Shelley, acierta a sonreír después de mucho tiempo. "Considérate afortunado, George, comparado con la batalla de Chipre esto no es más que un agradable paseo. Es más, te brindo una oportunidad única. ¿Acaso se volaba en tu época? Bien mirado, por un precio irrisorio tuviste el privilegio de viajar en el tiempo."

Capítulo 5. Ingratitudinem

Han pasado solo tres días y Grace se prepara para su segunda sesión de lectura, esta vez en casa de Romain Moore, un caballero descuidado y taciturno. El negocio va viento en popa, le esperan en las próximas semanas en otros tantos domicilios.

Mírale directamente a los ojos, ponte a su mismo nivel y no flaquees. Monsieur Moore te escuchará sin entrometerse, es hombre de pocas palabras apunta Lady Norah Vive inmerso en su limbo particular desde que murió su hermano y es feliz a su manera. Solo que a veces...

Estarían muy unidos" supone Grace.

¿Esos dos? Todo lo contrario, no podían ser más opuestos, andaban siempre como el perro y el gato. Romain es naturalista, Francois era teólogo. Por separado, dos individuos encantadores. Sé lo que digo, tuve oportunidad de conocerlos bien. Sin embargo, juntos... Eran pura dinamita. Una tarde de otoño se enzarzaron en una disputa tal a raíz de los postulados de Darwin y su teoría de la Evolución que puso en jaque a todo el barrio francés. Caían libros por la ventana, luego se retaron a duelo con sus respectivas estilográficas. "¡Hijo de Zoroastro! ¡Caldeo Nestoriano! ¡Lolardo Wiclefista! Gritaba Francois a su hermano hereje mientras arremetía con su florín improvisado. Por su parte, el aludido doctor Romain no lo encajó nada bien y lejos de amilanarse profería toda una sarta de palabrejas de pronunciación imposible: "¡Marsupio Bondegezou! ¡Buey de Vu Quanj! ¡Iguanodón caucasiano! Como te alcance, te duermo y te meto en formol." Replicaba a su gemelo prehistórico, a sus ojos un ser involucionado en vías de extinción.

Se llamaron cosas absurdas, no imagino insultos más ridículos apunta Grace llevándose las manos a la cabeza ¿No se trataría de algún extraño juego? ¿No lo dirían en broma? Norah niega lastimera con la cabeza.

Romain odiaba a su hermano y aun así, el dolor se consume... Le echa desesperadamente de menos.

Menudo par de cabezotas, ojalá les hubiera bastado por rivalizar en la pesca con mosca.

Nuestra ciclista pedalea un día más calle arriba. Se detiene en Jackson Square frente a una flamante mansión de fachada salmón y larga balconada. Llama al portón. "Acompáñeme". El mayordomo actúa con prisas como si custodiara la entrada a un antro ilegal. Mira a izquierda y derecha, sondea el empedrado y cierra la puerta tras ella. La conduce hasta un salón de decoración oriental sin mediar palabra. "Aguarde aquí y no toque nada" – espeta enigmático y a continuación se larga dejando a Grace de pie, rodeada de cientos de mariposas que revolotean por la habitación libremente. Su

anfitrión se demora, pero de algún modo intuye su presencia. No está del todo ausente. Y es que desde su escondrijo la observa concienzudamente como si se tratara de un espécimen y hace anotaciones en un cuadernillo. Pasa el tiempo y Grace se impacienta. "Quizás venir no fuera tan buena idea" –duda. Este sitio me produce escalofríos". Trata de mantener calma, abre con torpeza su pitillera y cuando se dispone a sacar un cigarrillo...

Ah, no. ¡Absténgase! De ninguna forma.

¿De veras pretende fumar en su pequeño Edén? Ante semejante provocación, Romain se ve obligado intervenir.

¿Quién es usted? exclama una Grace desconcertada. ¿Qué ocurre aquí? se le agudiza la voz tres octavas a causa del miedo.

Soy su anfitrión y le prohíbo que fume en mi casa. Es un hábito muy poco saludable y lo que es peor, enrarece el entorno.

Ante el gesto consternado de Grace, el doctor prosigue.

No deseo incomodarla, mademoiselle, pero lamentablemente ¡no puedo permitirlo! Intento recrear en este habitáculo el microclima tropical de la pluvisilva amazónica y el humo del tabaco reduciría considerablemente la humedad del aire y superaríamos los veintisiete grados Por no hablar de las cenizas que trastornarían ostensiblemente la acidez del suelo bajo en sílice y rico en aluminio y óxido de hierro.

Monsieur Moore emerge de detrás de un biombo chino lacado en negro con una escena policromada de un tigre y un dragón que se vigilan mutuamente con extrema cautela. Grace duda entre los dos depredadores, elige el dragón y controlar sus llamas. En manos de aquel personaje excéntrico la llamarada sería un arma letal. Lástima, infravalora al tigre sigiloso y comete un craso error.

Poco sabe de Romain, Miss Norah se negó a entrar en detalles. Temía su reacción, seguro, de haber sabido Grace lo trastornado que estaba, se habría negado a la visita en rotundo. Pero ahora ya es demasiado tarde, se revela el verdadero estado de este pobre diablo consumido por los tratados científicos. Grace comienza a forjarse una idea por el estado de la habitación: hay flautas indígenas, flores disecadas, cráneos, fósiles, tarántulas vivas y papeles por todas partes; hace semanas que Monsieur Romain no sale de casa y en una crisis de agorafobia perforó con su bastón todos sus sombreros. "Claro, por eso acudió al funeral de Twain con la cabeza descubierta". Un repaso de pies a cabeza: el doctor le recibe en pijama, chaleco, botas de montar y una caña de pescar colgada del brazo. "Definitivamente, no está bien. Nada bien." se dice. Guarda la pitillera y da un paso atrás. Y en cambio, si cierra los ojos su voz resulta lúcida y cautivadora. Se debate entre quedarse o marcharse.

Soy Grace Lemaillot y estoy aquí por mediación de Miss. Norah. Soy lectora y usted adora la lectura según tengo entendido.

La recién llegada se arma de valor, intenta parecer segura pero titubea y no lo consigue. Interpreta el rostro de su interlocutor... Definitivamente, hay algo que no cuadra: Aquel hombre no ha concertado una cita en cuyo caso ella una vez más se halla fuera de lugar, ya empieza a ser una costumbre y resulta de lo más violento.

No la conozco y tampoco la esperaba. Es más, hace tiempo que me mantengo al margen de todo cuanto ocurre en esta ciudad y no recibo visitas a excepción de Miss Norah, una amiga de la infancia y mi apreciado Samuel Langhorne Clemens que asistí a su funeral como bien sabe. La muerte y la añoranza fue acotando el círculo y mi vida social se vió reducida al apasionante noticiero mensual de la Royal Society de Boston y los ocasionales suministros por carta de Joao Moura, mi viejo proveedor en Manaus de crisálidas y orquídeas. Nada ilegal, por supuesto. No escondo nada inconfesable. Sencillamente, la gente por lo general me abruma. Y francamente, no contaba con usted... Lo siento, he de pedirle que se marche así es como Romain marca como un can su territorio.

¿Y qué pasa con estos animales? Los mantiene encerrados lejos de su hábitat Grace estira los brazos y las mariposas le acarician los dedos.

Yo mismo instalé conductos de vapor que garantizan una climatización óptima, toco al piano piezas de Maurice Ravel solo para mis criaturas y en ausencia de depredadores, les regalo una vida despreocupada. Soy su Supremo Guardián y Benefactor, no han de albergar queja alguna.

Pero les priva del sol y la lluvia y el viento, ajenas a árboles y estrellas... Su compromiso va más allá del científico, Monsieur Moore, juega a ser Dios con esos bichos.

¡Menuda insolencia! Pues se equivoca, Dios no tiene nada que ver con esto los ojos redondos, la mandíbula tensa. Ay, ahora comprendo. La envía mi hermano ¿es eso? No piensa dejarme en paz ¡ni después de muerto!

Romain adopta de repente una pose rígida y suspicaz. Ahora está a la defensiva y le muta el semblante. Cierto, Grace no tiene mucho tacto pero es que está sola, asustada y en con el corsé en medio de aquella selva en miniatura suda como un pollo. Encima a olvidado a Kouassi sobre el vestidor. Maldice a Miss Norah, debió prevenirla. En cualquier caso, con encerrona o sin ella, ya le ha fallado a Kouassi. Y tal como se presenta la tarde, defraudará tanto a miss Norah como al propio Monsieur Moore. Aún insoportable, no deja de ser un cliente y todo se irá al traste ¡si no le pone remedio! Contempla por un momento las mariposas y sin demasiada convicción consigue articular una sonrisa hueca. Y suspira aliviada, solo es el principio.

Se lo ruego, Mr. Moore. Deme una última oportunidad, comencemos desde el principio. Ya que estoy aquí, caballero, aún podríamos salvar la velada. ¿Qué tal si recito?

Romain accede, aún recuerda con sensación agridulce aquellos tiempos en los que su hermano leía en voz alta, ensayaba sermones y él era todo su público.

Eludía el mensaje bíblico, no escuchaba. ¡Pero sí que oía! Y e incluso se deleitaba en ese chorro de voz grave que brotaba cavernoso... Imaginaba trompetas, cientos de sandalias polvorientas, pesados estandartes. El águila fuerte y poderosa, en medio de grandes clamores... Siempre la misma visión: Son las legiones romanas de Publio Cornelio luchando contra Aníbal en la batalla de Zama.

Por un momento saborea el sueño vano de que Francois no se ha ido, cree escuchar el choque de espadas forjadas a fuego lento en tiempo de los escipiones. Nostálgico, Romain le tiende a Grace una copia florentina de Marco Tulio Cicerón con especial ternura. "Adelante, lea para mí". El oyente cierra los ojos... Se embarca ansioso en los primeros fragmentos del libro VI, pasajes 9 al 29 de Sobre la república. Pero no entra en glorioso trance, la magia ha muerto. Y es que no es a Publio el Africano sino a su hermano Francois quien añora, la realidad le abofetea la cara. Arranca en sollozos justo antes de que den muerte al malogrado Publio, el primer escipión. "Por favor, déjelo. Tranquila, no es culpa suya". Avergonzado, vuelve a ocultarse detrás del biombo y Grace al fin comprende.

Es entonces que la lectora saca un recorte de periódico con ocho dobleces de su monedero. "Usted me recuerda a mi estimado Jules, de pequeño quería ser grumete y terminó enclaustrándose por voluntad propia en una habitación de Amiens entre un montón de libros. Devoró publicaciones científicas durante años hasta que descubrió su verdadera pasión: la escritura. Ideaba historias extraordinarias y a la vez ¡verosímiles! en base a los avances de la ciencia. Sus conocimientos técnicos y las ambiciones de la época le ofrecieron el contexto idóneo en el que emplazar sus aventuras. Imaginaba pero siempre dentro de un orden, nunca postuló lo imposible. Jamás osó fantasear con tecnologías absurdas o criaturas de otro mundo".

Romain la escucha anonadado, unas palabras alentadoras y su mundo crece hasta el infinito. Es entonces que Grace toma la hoja desdoblada del diario con el papel amarillento lleno de cuadritos, llega el momento. Contiene las mismísimas palabras de Julio Verne recogidas en un número atrasado de The Pittsburgh Gazetter que guarda como un tesoro desde 1902. Lee despacio, poniéndose en la piel del galo, en tono pausado haciendo gala de la emoción que le recorre cada fibra de su cuerpo.

Los libros en los que he insertado profecías sobre los descubrimientos más recientes de la ciencia no han sido, en realidad, más que medios tendentes a un fin. Le sorprenderá quizás saber que no me enorgullece particularmente haber escrito sobre el automóvil, el submarino, el dirigible, antes de que entraran en el dominio de las realidades científicas. Cuando he hablado de ellos en mis libros como de cosas reales, ya estaban inventados a medias. Yo me limité simplemente a realizar una ficción de lo que debía convertirse después en un hecho, y mi objetivo al proceder así no era el de profetizar, sino el de extender el conocimiento de la geografía entre la juventud, revistiéndola de la manera más atractiva posible. Cada hecho geográfico y científico contenido en cualquiera de mis libros ha sido examinado con mucho cuidado y es escrupulosamente exacto.

Jules Verne

He de localizar con urgencia a ese escritor, necesito su nombre completo.

Lo siento, no podrá ser. Su hombre falleció hace ocho años pero las novelas de Jules Verne le hablarán por él. Yo podría proporcionarle algunas de sus obras, mi tío las solicitó por telegrama transoceánico a la Editorial GauthierVillar y se los enviaron en avión desde París.

Muchas molestias se tomó su tío por conseguirlas.

Y no es para menos, se trata de verdaderas joyas. Las iremos leyendo poco a poco, ¿le parece?

Romain parece un niño, de pronto siente una curiosidad desbordante por todo lo que ocurre allá afuera. Abre la ventana y deja escapar las mariposas. El salón oriental ya nunca será refugio sino despacho en plena efervescencia.

Pensándolo mejor... Mi querida Grace, quizás necesite fuego.

El caballero se le aproxima sosteniendo un mechero de plata, se enciende la mecha y de inmediato salta la llama. Grace ríe afable, consciente de que sus miedos eran infundados. Aquel hombre no entraña riesgo alguno y el fuego no es presagio de un sinfín de calamidades... O tal vez sí.

Todo pasa muy rápido, lo contaré del tirón: En cuanto Grace abandona la mansión rosa montada en su bicicleta, alguien entra sin llamar. Es obvio que conoce la casa, sube las escaleras arriba y solo entrar al salón oriental arroja a Romain por el ventanal abierto de par en par. El joven aterriza en mitad de la calle descalzo, en pijama, cubierto con coraza y calzando un casco romano. ¿Se trata de algún extraño juego? ¿O de una broma salvaje? De hecho, nadie se ríe. Todo pasa en un suspiro. Con el estruendo, el mayordomo sale a la calle. "Pobre diablo, aún respira." "Estoy aquí, mi señor. Yo le mantendré caliente y no me separaré de su lado". El criado tapa su cuerpo inerte con una manta de viaje y le coge de la mano, cumplirá su promesa. "Maldita víbora" musita "No debí perderla de vista".

Irónicamente, también Publio Cornelio perdería la vida en aquella campaña de Africa que relata Cicerón. Y Romain logrará articular en su último aliento las mismas palabras que en otro díe horribilis pronunciara su héroe "Ingrata, no eres digna de poseer mis huesos". Doy fe, yo estaba allí. Y en señal de respeto incliné la cabeza, pues me hallaba frente al último escipión.

A la postre, Romain era el dragón. Y eso, ¿dónde deja a nuestra Grace? Ella es el gran felino. Y si "Dios hizo el gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar un tigre" como afirma Víctor Hugo, entonces no lo olvides: nunca bajes la guardia. Y sobre todo: no confíes ni en tu sombra.

Capítulo 6. Flor del mal

Con la aurora alguien turba el plácido silencio de la maison Lemaillot, todavía el farolero no ha apagado las farolas de gas de la calle. ¿Pretende entrar? Inconcebible. A todas luces, una intrusión del todo inconveniente: Un caballero merodeando a esas horas tempranas... Todo apunta a que es allí donde "pasó la noche". Se trata de Westley Broost, el recién llegado aguarda a Grace en la biblioteca. Madeleine palidece, no se codea con hombres de moral dudosa y teme el escándalo. Por eso irrumpe en la habitación de Grace sin siquiera llamar a la puerta y descorre con fiereza las cortinas.

Menudas compañías la despierta sin contemplaciones. Con que el petimetre de Mr. Broots... Ya veo. Está claro que no pierdes el tiempo, pequeña frívola... Deshazte de él. ¡Y que no vuelva!

Grace se recoge el cabello sin cepillar apenas, en un moño improvisado, se viste a toda prisa y baja atribulada las escaleras. Lleva una peineta colgando, con lo que tres mechones rebeldes aprovechan la ocasión y se dan a la fuga. En circunstancias normales jamás se dejaría ver de esa guisa pero Mr. Broots escapa de lo habitual, se rige por sus propias reglas. Es más, con él nada se da por sentado.

Buenos días, Mr. Broots la muchacha saluda monocorde.

Un placer volver a verla, mademoiselle Westley inclina la cabeza con sobrado ímpetu.

¿Y bien? ¿A qué debo tan inesperada visita? Dudo que tenga una buena razón para presentarse aquí a estas horas. Sorpréndame con su ingenio pero sea breve Grace bosteza deliberadamente.

Me consta, apenas me conoce. Y sin embargo... Grace le interrumpe, si pretende cortejarla no ha elegido el mejor momento.

Si viene de una de sus correrías nocturnas, más le valdría dormir un poco. Tenemos una reputación que mantener, monsieur y usted la pone en entredicho mademoiselle no disimula su estupor en una cadena de palabras metálicas sin apego alguno.

Lamento importunarla de esta forma pero he de hablar con usted fulmina a Úrsula con la mirada. A solas.

Nosotros no tenemos ningún asunto privado qué tratar, Mr. Broots, y aun así se ha propuesto que hasta los criados murmuren. ¿Por qué me hace esto? Grace está enojada y, caramba, no es para menos.

Reconozco que ese "nosotros" me sugiere maravillas pero no he venido a

cortejarla, señorita Grace. En todo caso, la seduciría Grace enrojece, el muy descarado consigue sacarla de sus casillas.

Úrsula, aguarda. Trae el sombrero y el bastón de monsieur, el caballero ya se marcha Grace le indica la puerta con insistencia, él hace caso omiso.

Permítame que me explique, no es consciente de lo que se le viene encima. Me trae un asunto muy delicado y de extrema gravedad que le afecta directamente. Concédame unos minutos, se lo ruego. He venido a escuchar su testimonio de primera mano. También, ¡a prevenirla! Aunque no debería, soy amigo de la familia. Por eso cuento con información privilegiada y personándome aquí estoy faltando a mi palabra.

¡Prevenirme! ¿A qué peligro se supone que estoy seriamente expuesta, monsieur? ¿Una horda de demonios errantes? ¿Un regimiento de yanquis fantasmas? No practico la magia negra y los yanquis liberaron a los negros, ¿recuerda?

Los periódicos, la policía... La cárcel. Los Moore son una familia de abolengo y la matriarca, Miss Willelmina, no dará por zanjado este asunto hasta que se esclarezcan los hechos Westley enciende un cigarro y se pone cómodo Cuénteme lo que ocurrió en el salón chinois y por favor, no escatime en detalles. Cualquier incidente, por insignificante que parezca, puede resultar esclarecedor. Adelante.

Mis sesiones de lectura no son de su incumbencia, Mr. Brooks. Si tanta es su curiosidad debería acudir directamente al propio Mr. Moore, engatusarle con su palabrería y si él accede...

No será posible. Por favor, llámeme Westley.

Con franqueza, lo estimo innecesario.

Sea cauta, Grace. Créame, a partir de hoy no le sobrarán los amigos. Contenga esa cascada de oquedad, ningún enemigo es pequeño. Un mero peón puede jaquear al rey y al alfil, no digamos.

Vamos, Westley, ¡no sea paranoico! Tengo la conciencia tranquila, no he hecho nada indecoroso. A menos que...

A menos que asesinar a un hombre esté bien visto en sus círculos Broots suelta una risotada que no logra enmascarar su evidente preocupación. Vaya, parece que nos tuteamos.

No entiendo. ¿Qué insinúa? Grace está tensa, se teme lo peor. La lectura no es un arma letal, no veo cómo...

Nada que no sepa ya, mademoiselle, no se haga conmigo la ingenua. Déjese de tapujos, las cartas sobre la mesa: Romain salió despedido por el balcón y usted estaba allí, n'est ce pas?

¡Cómo se atreve! Eso es ridículo. Cómo puede dar por sentado que yo, ¡que yo...! la joven se desmorona.

Hay un testigo, le tomarán declaración a primera hora de la mañana Westley toma su mano y le conmina con inusual ternura. Si Romain se propasó con usted o la incomodó de alguna forma... Confíeme su versión de los hechos y veré lo qué puedo hacer. Willelmina Moore está fuera de sí y no se detendrá ante una bastarda cuarterona, por bonita que sea.

¿Por qué me habla así? No se dirija a mí de esa forma está turbada, sus ojos muestran una tristeza infinita.

Grace baja la guardia, se le empañan los ojos en un lago inmenso. Le apena verse envuelta en este lío de faldas, si bien es ese desafortunado sobrenombre lo que le parte el alma en dos.

Disculpe, Grace, no pretendía herirla. Mejor cuarterona que cuarentona bromea en un intento desesperado por quitarle hierro al asunto. Pero necesito que despierte y se haga cargo de la situación. Romain ha fallecido en oscuras circunstancias y el mayordomo la sitúa en la escena del crimen. Se enfrenta al cadalso, hay mucho en juego. No querría ver ese cuello de cisne desplomarse como un árbol.

Romain, ¿muerto? No puede ser, cuando yo me fui estaba más vivo que nunca.

Mmmm... Lo sé, no es propio de mí. Creo en usted a pesar de lo incoherente de su alegato. Me tiene hechizado o veo más allá... Yo, un cínico convencido. Tiene gracia, ¿no?

No practico la brujería, monsieur Broots reitera Grace entre halagada y divertida.

Le juro, Pequeña Grace, que intentaré sacarla indemne de este entuerto. Si bien, no soy tan influyente. Digamos que no las tiene todas consigo. Actúe con discreción, ¿de acuerdo? Ante todo, evite los lugares concurridos. Y durante su inminente interrogatorio, mantenga la calma. Responderé por usted ante el sargento al mando y moveré algunos hilos.

Grace asiente, muda de espanto, aquel hombre la atrae e intimida a partes iguales. Si bien valora su gesto, consciente de que no tiene a nadie más. Tal como están las cosas, él es su única alternativa.

De nuevo, la campanilla del hall. Mr. Broost se escurre por la puerta de atrás como un ladrón sin frases huecas ni despedidas. Ahora es un agente de la ley quien se planta en el umbral, una mañana movidita. Trae un mandato judicial para la señorita Grace Lemaillot... Madeleine está que trina.

Aquí la tiene alguacil, toda suya su prima le da la espalda.

Querida, bien sabes que este no es tu sitio. Seductora y zalamera... Criatura

de burdel, ese es tu camino. Recoge lo indispensable y haznos llegar tu nueva dirección, Raimond te llevará el resto de tus cosas.

Frente la valla, un amasijo de chatarra. Es lo que queda de la bici, está hecha trizas. Claramente, es una suerte de advertencia. ¿De Madeleine o de Willelmina? Tanto da, el mensaje es el mismo. Acompañada por agente Simons, abandona la maison Lemaillot para no volver. Un bolso de mano con una muda, los guantes, el sombrero rojo y el librito azul. Kouassi no aparece, no encuentra la muñeca desde la tarde de ayer. Hace memoria, debería estar sobre la cómoda... "Pobre negrita", Josephine ríe entre dientes cuando la ve alejarse solo con lo puesto.

Tras las preguntas de rigor, Grace se aloja en una pensión barata. "Es algo provisional", se dice, no se le permite abandonar la ciudad. "Cuando me levanten la prohibición, ya veremos. De todas formas ¿a dónde iría? Soy una patata caliente, quemo". Y no le falta razón.

Se sienta sobre la cama que cruje, cuenta los muelles uno a uno. La colcha a cuadros semeja las casillas de un parchís gigantesco en el que Romain ya fue eliminado y toda la prensa de Alabama apuesta por un claro perdedor.
El Times Picayune de Nueva Orleans se hace eco del crimen en grandes titulares. Grace estalla en lágrimas, hacía mucho que no lo hacía. Abraza a Kouassi, ella le da consuelo. No se pregunta cómo ha llegado hasta allí. La buena de Úrsula debió dar con ella, seguro. Llora y no sabe del todo por qué. Lee el periódico, el desenlace de Romain resulta desolador. Y sin embargo esas gotas de sal tienen otro dueño. Mira ¡por ella! Y es que su propio panorama no pinta mucho mejor.

De repente oye unos pasos que se detienen al otro lado. Un papel atraviesa el umbral, lo deslizan por debajo de la puerta. Ella se acerca sigilosa, claro que las pisadas no esperan. Se suceden más y más deprisa hasta desvanecerse tras la tortuosa escalera. "¿Quién anda ahí?" Grace se asoma al pasillo. De la habitación de enfrente sale una cabecita enmarcada en tenacillas. Es Cinthia, su vecina de cuarto, envuelta en raso y un ejemplar del semanario romántico por entregas La Lune enrollado en el bolsillo. "Anda, la nueva tortolita. ¿Puedo hacer algo por ti, cariño? Tienes muy mala cara. Tengo licor de pacanas, me lo trae mi novio de Tejas. Te sentaría bien un trago. Revitaliza, como el tónico Simpson." Cinthia da una calada y le guiña un ojo a Grace con picardía que pega un chupito directamente de la botella. Se comporta como una fregona y lo sabe, allí nadie le rendirá cuentas. Conversan de vaguedades, acepta un cigarrillo.

De nuevo en el cuartucho es cuando Mi Grace descubre un papelito en el suelo. "¿Vino con las pisadas?". Le intriga, lo desdobla. Lo abre la niña que lleva dentro. Podría provenir de su hada madrina... Desde luego, no hallará mejor momento. ¿Y si se trata de un anónimo amenazador? Entonces tendrá una idea de a lo que se enfrenta. Ya ves, no es tan ilusa. Ha previsto cualquier posibilidad. Bueno, quizás no todas porque no contiene un ensalmo mágico ni de un mensaje de odio, Contiene la transcripción literal de un poema de Baudelaire que conoce demasiado bien y consigue de inmediato transmutarle el rostro.

«¡Es ella! Negra y sin embargo luminosa.

Extraña deidad, morena como las noches,

De perfume mezclado de musgo y de habano,

Obra de algún obi, Fausto de la sabana,

Bruja de flancos de ébano, hija de negras noches».

Flores del mal

Mi Grace, sí, leíste bien. De la sorpresa mi Grace se desploma sobre el tocador y se clava el cepillo en el trasero. Así es, el adjetivo posesivo no es banal, de nuevo la tengo solo para mí y no pienso compartirla. Te lo advierto, ¡no te encariñes! Por tu bien. Grace ya no se siente víctima, está conmocionada y le da por reír... Lo que, tal como están las cosas, resulta insólito. Así es, recupera la vitalidad, vuelve a ser la que era. Se escruta a sí misma ¿está borracha? Para nada, no ha bebido apenas. Y sin embargo se sorprende capaz de vivir un día más. Son esos versos, mitigan su pesar y actúan como un bálsamo. ¿Cómo ha ocurrido? Es obra inequívoca del apuesto Baudelaire, siempre tan persuasivo. Retó con su poemario Flores del mal a la alta burguesía parisina osando cantar a la belleza y sensualidad de su amante haitiana y Dios sabe que volvería a hacerlo. "¿Soy una flor del mal?" Se pregunta Grace. Traga el humo, impasible... Ya conoce la respuesta. "En cierto modo".

Por su parte, Cinthia, desde el otro lado del pasillo, escucha satisfecha las risitas de la nueva inquilina. "El licor de pacana no falla nunca, si lo sabré yo". Y pasa la página del manoseado folletín. Je t'aime, je t'adore. Lo devora como si fuera un cuento. Tes yeux sont des îles où mes rêves s'exilent. Es un romance pastelón, La Reine du Lavoir, rosa y perfecto. Perfecto para suspirar de amor, ya ves. "Pour moi il n'y a que toi au monde". Como no, entre pitillo y pitillo.

Capítulo 7. Siglas de colores

La noche de Grace transcurre sumida en un bucle de sueños confusos: primero aparece Matt, que dice algo jovial pero no se escucha. Mueve los labios, es todo sonrisas. La toma del brazo y la arrastra al cenador del jardín de lady Norah que lo contempla todo medio ausente a través del visillo. Wetley Broots dirige una orquesta de caimanes de río que aporrean con creciente entusiasmo un saxo, el bandoleón y las maracas.
Mientras Madeleine cruza la improvisada pista de baile marcándose un tango cargado de erotismo en compañía de Mildred vestida de hombre. Si bien, ni una nota llega hasta sus oídos, el silencio es atroz y baña la escena de un aire grotesco. Kouassi levita ligera y etérea, como si la tierra la dejara escapar. "Podríamos estar en la luna" Grace habla en sueños con la ingenuidad del subconsciente. Es cosa del dichoso licor de pacana que invita a un túnel de noches turbulentas.

Matt se evapora. Ahora es Celine quien está a su lado luciendo un aspecto fúnebre, de labios violáceos y el rostro azulado como el azufre. Sobreviene un soplo de aire gélido, ni un sonido a excepción quizás de un lloro ocasional. ¿Y eso? Paradógicamente, después de tanto desvarío, es justo aquel musitado sollozo lo que le resulta tan chocante. No le pone cara pero sí, juraría que lo ha escuchado antes.

Grace despierta sobresaltada con los ojos como platos, subyace algo de esperpéntico en ese absurdo sueño. Abraza a la muñeca: "No me dejes, Kouassi", no sabría decirte quien acuna a quien. Bebe un sorbo de agua fresca y al poco se sobrepone. Se fija por primera vez en el enorme rótulo que anuncia TUJAGUE'S, la bistro de la planta baja. Un cartel de madera de letras blancas sobre fondo rojo que se solapa con el ladrillo partiendo en dos las vistas desde su ventana. Norman acarrea barriles de vino con la carretilla hasta la bodega. "Qué madrugador. ¿O aún no se habrá acostado?", se pregunta. Con el sol llegan los primeros acordes. Tolón, canturrea el carrillón de la catedral. Pues si son las seis, no se volverá a dormir. Allá afuera hay bastante trajín. Y es que la calle Madisson no duerme. No importa, ya se acostumbrará.

Se lava con una palangana y se viste. Se mira en el espejito desportillado y ríe rememorando a Mamon, de estar presente Úrsula seguro que la regañaría. "Ni lo sueñe, Niña. Así no puede dejarse ver, se acabó eso de trotar por el jardín saltando como una cabra loca. Ahora es una señorita y no ha de lucir un vestido más arrugado que el cuello de una tortuga." Pero ya nadie le plancha los vestidos, a lo sumo estaría en su mano llenar la falda de pliegues con las tenacillas de Cinthia y entonces parecería un escocés. Ríe de nuevo hasta que reflejada en el ridículo espejito atisba la silueta de una mujer fisgando desde el rabillo de la puerta, se vuelve para pillarla. Y en efecto, Madame Begue se incorpora y pega un brinco sobresaltada, la han descubierto como en el escondite inglés. Es la dueña de la pensión, avisa a la muchacha de que está servido el petit déjeuner en el saloncito de abajo pero

Grace no llegará tan lejos, Cinthia la espera en el descansillo con un sobre que le arde entre las manos.

Se trata de una carta dirigida a ella, la remite un tal W. Du Bois, cofundador del NACCP. Grace está muy perdida, no conoce a nadie con ese nombre. "¿De veras no has oído hablar de ellos? Pero Chica, ¡en qué mundo vives! No te fíes de esa gente, Grace, son un grupo de camorristas que se asociaron a raíz de las revueltas negras del año pasado. Se traen algo muy gordo entre manos, se están organizando. ¡Cómo se atreven a dirigirse a una muchacha blanca! Tú no eres de los suyos y sin embargo... ". Grace traga saliva, podría explicarle a Cinthia que a su abuela Gloire la trajeron de Les TrisIlets de La Martinique en Las Antillas Menores. De rostro suave, elegante y también negro como el alabastro. Se crió en una plantación de azúcar propiedad de monsieur Joseph Gaspard Tascher de la Pagerie y fue amiga inseparable Marie Joséphine Rose, hija de la familia a quien ella siempre llamaría afectuosamente Yeyette.

Yeyette viajó a París y contrajo matrimonio con el vizconde de la Beauharnais al que luego, mira tú por donde, por noble le cortarían la cabeza. Años después esa misma niña criolla encandilaría a toda Francia como Joséphine Bonaparte. ¿Por qué causaba sensación?, le contaba de pequeña a modo de cuento. Era hermosa y salvaje. Y eso que tenía los dientes ¡negros! Claro, de tanto dulce. No hay cuento sin paradoja. Por eso nunca sonreía, lo que la hacía aún más enigmática. Mi querida Yeyette era una criatura de otro mundo, divina, exuberante. Un día jugamos a adentrarnos en el reino de las hadas, debió de pedir un deseo y resplandeció. Grace podría, pero calla. Cuanto menos sepan de ella, tanto mejor.

Se limita a sostener la carta con ambas manos y se la lleva al corazón. Tiene un presentimiento... Cinthia observa, no da crédito.

Vamos, no te lo pienses ¡arrójala a las brasas! se trasparentan los renglones. Esas parrafadas no contienen más que odio, te lo digo yo.

Pero Grace no la destruirá de inmediato, opta por guardársela en el bolsillo y ganar tiempo. "Desde luego, esa carta es pura dinamita. Me desharé de ella en otra lumbre menos concurrida". Cierto, así eludirá a los moscones. Miente, la leerá más tarde a solas en su habitación.

Con que NACCP... Esas letras no cayeron del cielo con la lluvia ni están dispuestas al azar. Para Grace, poseen un aura cromática inexplicable y claridad como el arco iris. Son las siglas de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, lo ha leído en los periódicos. "Ya me parecía, rebosan colores." Ellos luchan por Rossie y eso la colma de orgullo.

Desayuna café y bizcocho mientras Cinthia la acribilla a preguntas sobre moda y romances hasta que su interlocutora se detiene, trata de recobrar el aliento. E involuntariamente le concede a una Grace saturada de milongas una tregua valiosísima, la coge al vuelo y antes de que Cinthia retome su sarta de chismes Grace se pone en pie con demasiado ímpetu tirando la silla al suelo. Todos los comensales la escrutan, se disculpa ante los presentes, Y es Madame Begue quien le dedica la mirada más hosca, pues intuye algo turbio en torno a su nueva inquilina. "Mademoiselle Lemaillot, si desea

seguir viviendo aquí, deberá observar las debidas normas de etiqueta. Y recuerde, en mi casa no acepto animales. Desháguese de esa mascota que tiene oculta en alguna pare. ¿Cómo? ¡Lo niega! Acéptelo, mademoiselle y no se haga la tonta. Tengo evidencias. Oculta algún bichejo, sí, más bien diminuto. Y abandone esa pose ridícula de incredulidad porque él solito se delató. ¡Ajá! Al sollozar como un memo esta misma madrugada".

A Cinthia le entran de repente las prisas, llega tarde, el ultramarinos está cerca de la estación y los comercios abren a las ocho. Pasa cabizbaja frente a la habitación de Grace. "Ya me lo decía mi madre: Demasiado entusiasta ¡asustas a la gente! Córcholis, ¿por qué será que en los folletines todo parece más fácil?" Arrastra los pies, sabe que la está perdiendo.

Mientras, justo al otro lado del tabique:

Mademoiselle Lemaillot,

Espero no importunarla con mis palabras. El motivo de esta misiva es hacerle partícipe de una propuesta que estimo, la beneficiaría tanto a usted como a nuestro colectivo.

En primer lugar, es idónea para la NACCP. Somos una organización de hombres y mujeres liberales que aspira a acabar con la discriminación racial por medios pacíficos. Solo nos valemos de la educación y los tribunales para difundir nuestro mensaje de integración y contamos con la imprenta de un buen amigo común que nos proporciona folletos informativos. Nuestro próximo proyecto: publicar una revista en la que colaborarían escritores y artistas de color.

Le invitamos a ingresar en nuestras filas y un espacio como columnista en nuestra futura publicación. Una mujer con su cultura clásica, su dominio de lenguas muertas, el peso de tantos y tantos libros... Aportaría luz a nuestros hermanos. Y a cambio, la apoyaremos. Tengo entendido que lamentablemente, se halla inmersa en un apuro. No permitiremos que acaben con usted, sería un escarnio contra los de nuestra clase. Y por favor, no me malinterprete, pero su popularidad... Mal que le pese, también podría dar sus frutos: Encumbrarla a la fama y hacer de usted toda una celebridad.

Cordialement, W. du Bois.

Por fin un golpe de suerte, por alguna razón, la colorida NACCP requiere de sus servicios. Monsieur du Bois acude a Grace, la considera su igual. Le escucha, le gusté o no son hermanos de sangre. Aun así Grace sospecha, duda si Mr. W jugará limpio... "Buscan en mí un líder. ¿O un mártir? Pues tendrán que definirse o no habrá trato. Yo sólo deseo vivir y a ellos también les valgo muerta".

La muchacha intenta ordenar sus ideas, indaga sobre la identidad es ese supuesto amigo común y concluye que solo puede ser Percival Henkel, el

famélico marido de Norah. Hablará con él, aunque no se conocen demasiado. "Siempre tan distante y esquivo... Ese hombre es un enigma, con su arrogancia hace que me sienta incómoda". Así es, Percival no le es simpático pero han cambiado las tornas, ahora quizás estén del mismo bando. "Ya está, acudiré a la imprenta y si tras tantearle compruebo que está de mi lado, le confiaré mis dudas... Entonces, él sabrá qué hacer."

Y una vez considerada la propuesta, Grace arroja la carta al fuego. Ninguna pista, nada de nombres. Las llamas devorarán con saña el papel y para su sorpresa, ella disfrutará absorta del espectáculo mientras la celulosa se consume. Contempla con ansia las llamas, por lo visto adora el fuego. "¿Quién soy? Una pregunta retórica que en la penumbra se consume despacio. Grace se arrima al hogar de leña, tanto que le lloran los ojos. Tose, pero por más que salten chispas, del humo no obtendrá respuesta... ¡Cuándo! Si todo sigue su curso. ¡Cómo! Si ni el propio río lo sabe. Calma, la corriente guardará silencio y me juró no contárselo a nadie.

Capítulo 8. Por si vuelven las cerezas

A raíz del caso Moore, la lista de clientes de Grace se diezma en cuestión de días. Algunos aplazan la cita, otros le dan largas, los más tiran de un inagotable surtido de pobres excusas. A estas alturas los leales pueden contarse con los dedos de una mano: Miss Vanessa Hermann, para entonces completamente prendada de William Blake, la pequeña Karine postrada por la polio a una silla de ruedas y el sargento primero Jacques Courtois, un caballero singular, galán de la vieja escuela. Tal fue la insistencia del excombatiente que logró ser su siguiente visita. Bajo el portalón de una casona gris de Chartes St. con ventanas verdeturquesa monsieur Courtois recibe a Grace en persona con un saludo marcial y a pesar de ser un octogenario lisiado, dedica a la bella lectora una sonrisa traviesa.

Ya en el salón galois, el mástil de una bandera de la unión asoma más allá del balcón, deshilachada y descolorida, y Grace lo toma, naturalmente como un símbolo de reconciliación... "Mademoiselle, no se confunda. Si examina la tela, comprobará que está en un estado deplorable y además cuelga boca abajo con el círculo de estrellas en la esquina inferior derecha" ríe sin tapujos y un diente de oro reluce como en las encías de un forajido. Y no voy tan desencaminada, algo de eso hay: Jacques fue un fugitivo, tras la estrepitosa caída del Viejo Sur se puso precio a su cabeza. El sargento se exilió a La Carlota, en Méjico, allí se ocultó durante doce años para ya sesentón volver a casa jovial y risueño... Pura fachada. Es un rebelde, no lo niega y cada doce de abril se viste de gala para homenajear la batalla de Fort Summer con un puñado de veteranos. Aquel tipo es un insurrecto, una Leyenda viviente y su tiempo se detuvo en seco por más que avance el reloj de cuco y su sobrina Lile le suscriba a revistas de caza. "Me gusta que ondee así, medio raída. Perteneció a una columna federal de suministros cerca del río Otage y la tomamos como souvenir de un tajo limpio, con brazo y todo. Les arrasamos, lo considero un botín de guerra. Yo y el viejo Mortty, mi compañero de escaramuzas. Lástima que recibiera un balazo en el cuello en aquel desafortunado encuentro con el general Philips. Una bala perdida, nada del otro mundo y se desangró como un cerdo. Allí lo dejé, solo bajo un risco. No pude darle un entierro digno porque el séptimo de caballería de milicianos de Missouri nos venía pisando los talones." El rostro del sargento se ensombrece, el anciano ya no es todo lisonjas.

Grace se acomoda en una mecedora pues el sargento se muere por contar sus batallitas. Lile suspira desde el pasillo, la velada se complica. Su tío toma las riendas, presume que interpretará todo su repertorio. Anclado en los viejos tiempos, disfruta rememorando. Se recrea en lo que pudo ser y no fue... Lo que se llevó el viento, precisamente. Señala un retrato en sepia con la punta del bastón: Un general condecorado saca pecho impecablemente uniformado con pantalón azulgrisáceo de preguerra, levita cruzada y corte real de caballería. Desafía a la cámara, rifle en mano. Pende en un lugar de honor, sobre la esquina derecha descansa una flamante banda confederada: "Fue un oficial indomable dotado de un valor casi suicida. Con el temple de un caimán

y la audacia de una serpiente cascabel cruzó con descaro las líneas enemigas y yo le acompañé. Cargaba a caballo tan temerariamente que era un honor cabalgar con él. Le creímos ciegamente y le seguimos hasta el mismo infierno." Conforme habla el militar, afloran las sombras. Avanza la tarde, el sol desciende. A media luz sus pupilas se dilatan y el iris azul bleu cosmos da paso al rotundo negro.

Grace escucha atenta, con el abuelo Lemaillot jamás conversó sobre la Guerra de Secesión pues era un pacifista acérrimo. Pero ella quería saber y le tanteó siempre que tuvo ocasión sin recibir por respuesta más que un puñado de frases lapidarias: "dolor, mucho dolor. Un sueño aciago, condenado desde el principio. Un episodio desgraciado seguido de un montón de muertes inútiles".

Yo era ferroviario continua el sargento cuando el 30 de septiembre de 1863 el coronel DeWitt Hunter atravesó Lousiana en medio de vítores y pedía nuevos reclutas. Nos unimos doscientos voluntarios a la causa rebelde sin formación militar alguna y fuimos adiestrados a marchas forzadas para engrosar la Brigada de Hierro al mando del general Shelby. Éramos una milicia honorable, nada que ver con los "Tiger Wheats" una panda de trúhanes. El 9 de octubre Shelby envió al Capitán James Wood con 100 de sus hombres a una misión de sabotaje y como yo sabía nadar me llevaron con ellos. Colocamos dinamita en los pilares de un puente sobre el rio Lamine cortando así a la Unión una importante ruta de abastecimiento. Les cogimos por sorpresa, aquello fue un juego de niños. A ese demoledor golpe de efecto le siguieron toda una serie de pequeños estropicios en las vías del ferrocarril y el cableado del telégrafo a lo largo de unas 30 millas. Mediante pequeñas trastadas sembramos el caos entre las líneas enemigas mientras Shelby y el resto de sus hombres, aprovechando el desconcierto, atacaban las guarniciones de Tipton y Siracuse. Luego nos reagrupamos victoriosos para continuar al trote hasta Jefferson City. Y así es como comenzó El Gran Raid de Shelby, una de las más gloriosas incursiones de un ejército en territorio enemigo. La historia no nos hará justicia, pero los yanquis saben bien que ¡jamás nos rendimos!". Grita Jacques orgulloso, diría que le escucha ladrar todo el vecindario.

Tras aquel berrido, el sargento primero se aplaca y su mirada de repente rezuma melancolía. Curiosamente, un grupo de perros sarnosos merodean la casa, me temo que también añoran días mejores. Los años se agolpan en su rostro, Courtois se desinfla por momentos consciente de que una vez más se desvanecerá el espejismo. En su mente castigada por el delirio, arden una vez más los campos de algodón y las azucareras, Martty y los demás vuelven a ser cadáveres, en una pesadilla se repite el mismo y fatal desenlace. Pobre diablo, ¡no escarmienta! Para qué galopar entre las nubes si luego se pega de bruces con un presente que apenas le reconoce. Es entonces que Grace mete baza, a la desesperada, antes de que aquel magullado hombrecillo se pierda irreversiblemente sus recuerdos. Alza la fusta, se ase al caballo... Su alma herida vaga a solo un paso de la frontera y una vez cruce el Río Grande, será la última vez, ya no habrá marcha atrás.

Pero la lectora duda, esta vez no las tiene todas consigo. Trae tres libros, los únicos que conserva, partió tan cargada a la sesión de lectura que se vio

obligada a dejar Kouassi tendida sobre la almohada. Pasa páginas al azar, se pone nerviosa. Ninguna lectura resulta conveniente para la ocasión, se halla frente a un soldado derrotado preso de nostalgia. Jacques hace que mira la foto del general pero lo cierto es que está ausente y Grace se asusta, sabe que un día de trance Martty le tenderá la mano, se abalanzarán ambos a la nada y se extraviará para siempre en el pasado. Contempla esos párpados cansados y vidriosos, temerosa de que se evadan sin retorno tarde o temprano.

La muchacha deja los libros, se impacienta y concluye acertadamente: "Hoy, nada de historias felices". Comprende que a Jacques Courtois, con su coeur de pirate, no puede engañarle con falsas promesas porque su realidad es evidente: Su pequeño mundo murió y él tuvo la soberana desfachatez de conservar la vida. Cada despertar seguirá siendo una condena y ella no puede alterar sus mañanas. Hace memoria, el silencio es cruel y el tictac no perdona. Grace rebusca en el cajón de sus letras olvidadas a sabiendas de que cada minuto que pasa el sargento se halla más y más lejos. Frunce el ceño, baraja un sinfín de cantantes y viejos poetas que podrían prestarle un sollozo comedido con el que reconfortar al malogrado Jacques. "Necesito un poema sensitivo y delicioso, capaz de ser palpado como una manzana más cargado de melancolía..." Y lo halla en JeanBaptiste Clement, quien lloró a otra triste derrota derramando las lágrimas más bellas. Dedicó sus versos a Louise, la conductora de una ambulancia que en la fatídica noche del domingo 28 de mayo de 1871 asistiera a los comuneros abatidos en los fusilamientos de la calle FontineauRoi junto a los Járdines de Luxemburgo. Fue el fin de la Comuna de París, a la que pertenecía el poeta. Su lagrimeo no fue en balde pues de su emotiva pluma brotó esta dulce despedida.

El tiempo de las cerezas

Cuando vuelva el tiempo de las cerezas

el ruiseñor alegre y los mirlos burlones

estén todos de fiesta,

las muchachas tendrán pasión en sus cabezas

y los enamorados, sol en el corazón.

Cuando vuelva el tiempo de las cerezas

silbarán mejor los mirlos burlones.

Pero es muy corto el tiempo de las cerezas,

cuando las parejas entre ensueños

van a cortar pendientes para sus orejas.

Cerezas de amor con sus trajes iguales

que ruedan bajo las hojas como gotas de sangre

Pero es muy corto el tiempo de las cerezas,

pendientes de coral que se cortan soñando.

Cuando estéis en el tiempo de las cerezas,

si acaso teméis las penas de amor,

evitad a las hermosas mujeres.

Yo, que no le temo a las penas crueles,

no viviré ya un día sin sufrir…

Cuando estéis en el tiempo de las cerezas

vosotros también tendréis penas de amor.

Por siempre amaré el tiempo de las cerezas.

De aquel tiempo guardo en el corazón

una herida abierta .

Y aunque se me ofreciera la diosa Fortuna,

jamás podría calmar mi dolor.

Por siempre amaré el tiempo de las cerezas,

y el recuerdo que guardo en el corazón.

JeanBaptiste Clement

"Les temps de cerises, el trémulo canto a un tiempo que pasó. No puedo mitigar su dolor, Monsieur Jacques pero sí concederle una pequeña tregua"

Grace se sorprende de su propia indiscreción, no tenía intención de ser tan directa pero el sargento Courtois merece una voz honesta, una opinión sincera aunque le abofetee la cara. Alguien que le invite a coexistir con el mundo tal como es, más allá de sus quimeras trasnochadas.

Transcurren dos largos minutos tras los que Jacques parece salir poco a poco de su ensimismamiento. Su tez acartonada recupera levemente el color, desaparece de su boca ese rictus facial que el rencor le surcó hace décadas. Se pone en pie dificultosamente, se desembaraza de la chaqueta de faena gris butternut propia de la milicia para doblarla con esmero. "Hace calor" apunta Grace para quitarle hierro al asunto. A lo que el valiente sargento responde: "No me desprenderé de ella, la conservaré por si vuelven las cerezas." Como cabía esperar, el poema solo se concede un respiro, Jacques no claudicará ahora ni nunca. El soldado aspira el aire, da claras muestras de fatiga. "Les temps de Cerises..." susurra, Encuentra cierto alivio. Camina con menor dificultad y es que sin la casaca se siente más ligero.

Grace ya se marcha cuando Lile Courtois acude a su encuentro en la escalera y le tiende la mano muy agradecida. No la acompaña a la puerta, Grace insiste en que conoce el camino. Por desgracia, poco durará la dicha en aquella casa gris pues tras tan emotiva despedida, ocurrirá algo fatídico: Jacques Courtois se aproximará al mástil con la intención de arriar la bochornosa bandera unionista y así acabar con el chiste, cuando en una ráfaga de viento brutal la tela se voltea y le envuelve la cabeza con saña, las rayas rojiblancas le cubren la cara, las estrellas se le introducen por la garganta hasta la asfixia. Jamás se rindió, doy fe, no dejó de retorcerse como un escarabajo panza arriba hasta encharcársele los pulmones. Y el viento se lo llevó. Sí, también a él. Quizás con alguna ayudita... Modestia aparte.

Y se ahoga de la manera más tonta, un sicario venido a menos va y se atraganta ¡con una estúpida sopa de estrellitas! El muy fantasma... Él es el chiste, una caricatura. Lástima, los perros aúllan a la luna. Por lo visto, no le encuentran la gracia y le hacen los coros a la muerte. Parece mentira, esos chuchos ¡qué poquito sentido del humor! Martty y Jacques, de nuevo ¡juntos! Mira si soy de lo más considerada. Como te decía, las casualidades no existen: ahora me siento más cerca. Y dicho esto, por hoy no tengo nada más que añadir.

Capítulo 9. Liaisons dangereuses

Lucille no presentará cargos, no sabe o no quiere saber, y abraza a Grace como a una hermana. Menos mal, no se verá envuelta en otro caso de asesinato. Aun así, intuye que no está libre de culpa. En plena noche repta hasta la pensión, se abalanza sobre la cama y rompe a llorar y no es para menos. No está ciega, de algún modo ella provoca esas muertes. Estrujaría a su muñeca de trapo hasta el alba y amanecerían las dos bañadas en lágrimas y sudor de no ser porque no descansa en el almohadón. Se la han llevado. Grace sospecha de Cinthia, es un poco cabra loca. Pero sus recelos son infundados pues su vecina de habitación pasó la tarde en un hotelucho con su novio tejano que recién llegó de San Antonio con 10.000 reses y solo está de paso.

Misterio resuelto, Grace madruga y halla a Kouassi en la sala de estar, con una mueca de horror en su carita de pan, estampada sobre la cesta de la costura y no es de extrañar, las muñecas de trapo temen a los alfileres más que al mismo fuego. La joven corre a por ella, la sacude y eclosiona una pequeña lluvia de polvo y cenizas. "Ven aquí que te peine, Chiquita. Si pareces ¡una deshollinadora!", reprende a la muñeca con ternura. La chimenea está manchada de hollín, Grace olisquea... "¿Cómo puede ser?". Kouassi desprende un extraño olor entre ahumado y picante. "¿Tabaco? ¿Tabasco? ¡Ni que hubieras estado fumando en una cantina de Nuevo Méjico! Luego tenemos que hablar tú y yo...", bromea. Fuera chistes, hay algo que no encaja. "Si alguien se divierte a tu costa, más vale que abandone ¡O se las verá conmigo!", espeta en voz alta, sin encararse con nadie les pone sobre aviso.

Cree haber sido sutil y efectiva, convencida de que el perturbado en cuestión se lo pensará dos veces antes de volver a incluir a Kouassi en sus jueguecitos, se retira de la salita a paso ligero. Si bien, los inquilinos tienen una opinión muy distinta de la situación: "La nueva es un bicho raro", susurra Loraine, la bonita doncella, a Miss Bogue. "Mírela, gritando sin venir a cuento... No está bien de la cabeza. Dicen por ahí que está poseída, se lo oí decir al friegaplatos y esos sollozos nocturnos no auguran nada bueno", añade impertérrita la mujer más chismosa de Louisiana mientras se abotona un botón diminuto de la blusa haciéndose la remilgada.

Cuando Loraine critica se le afila el mentón, se encorva y entorna los párpados. Astuta y ladina, impecablemente disoluta... Busco su reflejo en un espejo, con esa tez tan pálida, todita vestida de blanco inmaculado y cintas rosa palo adornando mangas y cuello definitivamente se da un aire al ibis blanco, conocido en las marismas con el sobrenombre de damisela. Pero a mí no me engaña, ese perfume a almizcle la delata... La pequeña Loraine parece salida de una tortuosa novela barroca. Coge una bandeja, observa a la intrusa y maquina: "Nos traerá problemas". Desde el aparador la damisela le dedicará a Mi Grace la sonrisa más fría del mundo y naturalmente, tomo nota. La vigilaré de cerca y al menor traspiés... No le quitaré ojo.

Grace sale a la calle temprano en busca de respuestas, enfila hacia el río caminando sin guantes ni sombrilla. Durante años se protegió del sol pero ya no. "Manos y cara tostada no definen a una señorita" aún resuena en su cabeza. Pero está harta de fingir, adiós a los consejos de Úrsula. Pasa frente a la cervecería y solo entrar en la imprenta, le sorprende aquel ritmo frenético: Los engranajes rugen, está en plena producción.

Si bien, Percibal Haenkel, al reparar en la visita, detiene abruptamente la maquinaria y sugiere a Titou, el aprendiz, que se ausente a tomar el almuerzo. Se desembaraza del delantal y aun así sus manos están embadurnadas de tinta y resulta casi tan siniestro como si fueran manchas de sangre. Nervioso, el editor se acicala el pelo y un manchurrón le cruza la frente lo que lejos de resultar incómodo, a Grace le parece divertido.

Buenos días, mademoiselle, le ruego disculpe mi destartalado aspecto.

Me tiene perpleja, Mr. Haenkel. Apenas le reconozco, no parece el mismo Grace no sale de su asombro, este segundo Percival despierta todas sus simpatías.

Aquí soy realmente feliz, el resto del tiempo no soy sino mi sombra. Acompáñeme, le enseñaré todo esto. ¿Conoce la nueva máquina pianocilíndrica Planeta Fixia Rapid de 1913? Es lo último en el mercado, para financiarla tuve que prescindir de mi mejor caballo y aun así mereció la pena el trueque.

¿Me podría mostrar cómo funciona? no deja de ser una cría y la curiosidad le puede.

Por supuesto, accionaré esta palanca. Como ve, la prensa Koening parte del modelo clásico de prensa tipográfica pero optimiza la calidad de presión. Observe, como el cilindro está fijado horizontalmente, aplica una presión igual hacia atrás que hacia adelante mientras la hoja y la forma avanzan guiadas por las correas para luego pasar bajo el cilindro et voilà! Percival le tiende una nueva impresión.

Caray, es una obra de arte la octavilla es tan reciente que aún está húmeda y Grace la sujeta con sumo cuidado.

Sinceramente, no me veo como artista. Al igual que el maestro relojero, soy más bien un artesano. Cada plantilla está compuesta por centenares de letras que he de colocar en línea una a una. Requiere minucia y precisión, por eso trabajo sin guantes y me mancho tanto como si manipulara calamares en una lonja ambos se ríen. Algún día las imprentas contarán con un mecanismo automatizado y ¡funcionarán solas!

"An apple a day keeps the doctor away". Harvey's, your big home. ¿Imprime anuncios para los almacenes Harvey’s? Grace está estupefacta. No sabía que Mr. Westley y usted se conocieran.

Lo cierto es que editar libros no resulta rentable y la imprenta sobrevive

gracias a las ocasionales inyecciones de fondos de Norah y encargos publicitarios de comerciantes como Mr. Westley y asociaciones controvertidas como NAACP a los que acepto de buen grado como clientes. Pagan al contado y yo no hago preguntas. Así funciona y esto nos lleva directamente a la verdadera razón de tan grata visita. ¿Me equivoco?

No vengo a hablar de Mr. Westley, monsieur. ¡Cómo ha podido pensar ni por un momento que pueda sentir interés por un hombre así! la joven se acalora. No debería haber venido, soy una estúpida.

No me malinterprete, mademoiselle, me consta que nuestra conversación está destinada a versar sobre la asociación pro derechos civiles de la población afroamericana. Discúlpeme, ha sido un mal entendido. Yo.... Nunca pretendí... En fin, solo intentaba facilitarle las cosas. Aunque debo reconocer que su denodado estupor por mi buen amigo Mr.Westley, me entristece sobremanera. Albergaba la esperanza de que usted tuviera más amplias miras que esos ridículos burgueses las facciones de Grace tornan de la apagada tonalidad del vino blanco al encendido rossé en cuestión de segundos. Entono el mea culpa, supongo que pedí demasiado.

Volviendo al asunto que me trae aquí la joven carraspea. Como bien sabe, he recibido una propuesta de colaboración con NAACP. Honestamente, Mr. Percival. ¿Qué opina de ellos'?

Son un grupo de idealistas con una noble causa común. ¿Si lograrán sus propósitos? Desde luego, es solo cuestión de tiempo. Pero la cuestión es otra: ¿debería usted implicarse con W. du Bois? Creo que no. Convertirán su acusación en un problema contra la raza y a mi entender, eso a usted no le conviene. Yo, en su lugar, me mantendría al margen de la política, no me prestaría a su juego. Yo no les animé a contactar con usted y sin embargo consiguieron hacerle creer que fue así, ¿entiende? Todo por la causa, ese es su lema y tanto usted como yo, me temo, somos reemplazables. La persecución de un bien mayor es lo que tiene, exige sacrificios... Y créame que no les culpo. Posiblemente, yo haría lo mismo.

Entonces vuelvo a estar sola acepta resignada. No importa. Tener a mi propio paladín, siempre me pareció inusitado.

Confíe en Westley, mademoiselle, él la apoyará incondicionalmente. Y por si le preocupan sus intenciones: créame, usted no es ni remotamente su tipo. No espera en compensación trato alguno de favor, ¿me explico? Le mueve, digamos, otro propósito bastante más complejo que el puro cortejo. No le pedirá nada a cambio. Harvey's solo trata de enmendar un error del pasado, cuenta con sus propios fantasmas.

¿Qué pasó? contrataca Grace ansiosa. Tengo que saberlo.

Yo no soy quien para desvelar esos pormenores. Los conocerá directamente por él, sí es que lo estima oportuno Percival está decidido a no soltar prenda. Es un hombre reservado y difícilmente manipulable. Hará cualquier cosa por usted siempre que no trate de engatusarle y llevarle a su terreno. Déjele libertad, que actúe a sus anchas y tendrá un aliado, le doy mi palabra.

Nunca me dio tan favorable impresión, más bien la de un libertino.

Insisto, por desgracia para mi amigo, le atrae otra clase de mujer.

Cómo sería esa mujer... inconscientemente apuesta por una asiática, elegante y sensual a lo Matahari. Le gustaría que fuera mestiza, tiene una espinita clavada y algo así le aliviaría.

Le fascina la típica mujer fatal. Mucho más fría, mucho más... ¿Muerta?

No estoy para bromas no sabe a qué atenerse.

Sencillamente, aquella que le haga perder la cabeza. Lo más parecido a una "liaison dangereuse".

Grace se pone en guardia y es que solo escuchar esa expresión, el miedo la reconcome.

Llegar a perder la cabeza… repite como un autómata.

No se preocupe por él. Es fuerte, siempre termina por salir a flote.

No temo por él sino por mí... Perder la cabeza conduce al delirio. Y yo, últimamente... Bueno, están pasando cosas horribles y presiento que estoy involucrada de alguna forma. ¿Y si estoy trastornada? ¿Y si en medio de episodios febriles, me convierto en un pequeño monstruo?

Si detrás de esa carita de porcelana se ocultara el diablo en persona, no se trataría de un mero presentimiento. Seguro que lo sabría. ¿De acuerdo? el editor se muestra tajante, habla muy en serio.

Percival tiene un sexto sentido y en aquella muchacha, en apariencia angelical, denota algo oculto e insondable. La interroga con la mirada... Touchée! No pondría por ella la mano en el fuego. Y Grace, consciente de que no es otro que el Percival intelectual quien ahora indaga en su mancillado corazón, se siente acorralada. De hecho, es ahora cuando repara en un nimio detalle: Mr. Percival ha sido sincero, sus consejos son sabios. Sin embargo, en ningún momento le ha ofrecido su amistad, se ha mantenido más bien distante, por lo tanto no le debe nada. Decide cortar por lo sano, ella no es un conejo de laboratorio. Se dirige a la puerta, sin prisas, con la dignidad de una emperatriz y el alma hecha trizas. Se despide por siempre de ese hombre frío como un témpano, incoherente como Jekyll y Mr. Hyde, se aleja sin pronunciar palabra. En el fondo, sabe que él tiene razón, ella no es trigo limpio. Pero reconocer eso sería tan suicida como lanzarse al abismo.

De vuelta a Madisson Square, Loraine pasa el plumero por los estantes con más gracia que esmero. Por su parte, Miss Begue y Cinthia juegan a la brisca sobre la mesa de fieltro. La primera hace trampas y Cinthia hace como que no se da cuenta y traga con esa farsa de partida con tal de degustar una copita de Merlot. Es entonces que Grace se dispone a atravesar el pasillo, ausente,

las mujeres saludan pero ella las ignora. No es desdén sino aturdimiento. Duda si volverá a ser aquella linda ciclista de sombrero y guantes rojo bermellón. Y es que ahora mismo no ve más allá de sus demonios, bien poco queda de ella.

Entra en su cuarto y enseguida repara en el libro abierto que mecido por la brisa, revolotea cual abanico. La pequeña Grace se maravillaría con tan exquisito truco de magia pero ya no es una niña y como adulta sesuda, lo atribuye a una ráfaga de viento. Por otra parte, del todo inexistente. "Penetró por la ventana y se quedó a bailar por la habitación", se dice a sí misma, sin demasiada convicción. Lo que naturalmente, carece de sentido. Ondean las páginas formando una bella película a la espera de que Grace cierre la puerta, cese la corriente y el abanico de papel se desvanezca en seco por la Carta nº 100, precisamente la que buscaba desde el principio.

No la elegí al azar pues plasma magistralmente mi anhelo de recuperarla. De todos los mundos, Grace es lo único que deseo. Con esta carta habrá de comprender todo lo que en verdad ocurre y se acercará a mí un poco más. Callo, la lectora ¡necesita silencio! Ojalá recitara en alto, como si fuera un cuento, nuestro cuento. No importa, me conformo con leer sus labios. ¡Cómo no! Rojo bermellón, el color del Clerodendrum trichotomun que no es otro que el árbol del destino.

"Las Amistades Peligrosas" (Liaisons dangereuses)

Carta 100. Del vizconde de Valmot a la marquesa de Merteuil.

Desde el castillo de..., a 3 de octubre.

Amiga mía, he sido engañado, traicionado, perdido, estoy en la desesperación; la señora Tourvel se ha ido. ¡Se fue sin que yo me enterara! ¡Sin que pudiera oponerme a su partida! ¡Sin poder reprocharle su indigna traición! ¡Oh! No crea que yo la hubiera dejado partir; se habría quedado; sí, se habría quedado aunque para ello hubiese tenido que emplear la violencia. Mas, ¿cómo ocurrió? En mi crédula seguridad, dormía yo tan tranquilo; dormía y el rayo cayó sobre mí. No, no entiendo en modo alguno esta partida; he de renunciar a conocer a las mujeres.

¡Cuando recuerdo el día de ayer! ¿Qué digo? ¡Incluso la noche! ¡Aquella mirada tan dulce! ¡Aquella voz tan suave! ¡Y aquella mano apretándome! ¡Y mientras tanto estaba planeando huir de mí! ¡Oh, mujeres, mujeres! ¡Y luego se quejan de que las engañamos! Sí, cualquier perfidia que se emplee es un robo que se les hace.

¡Cuánto placer obtendré vengándome! Encontraré a esta pérfida mujer; recuperaré mi poder sobre ella. Si el amor me ha bastado para encontrar los medios, ¿qué no hará con ayuda de la venganza? Volveré a verla a mis pies, temblorosa y bañada en llanto, suplicando piedad con su voz engañosa; y yo no tendré compasión.

¿Qué estará haciendo ahora? ¿En qué pensará? Quizá se felicite por haberme engañado, y, fiel a los gustos de su sexo, le parezca este placer el más dulce. Lo que no ha podido hacer la tan alabada virtud, lo ha conseguido sin esfuerzo el astuto ingenio. ¡Insensato de mí! Asustábame su prudencia y era su mala fe lo que debía temer.

¡Y verme obligado a tragarme el rencor! ¡No poder mostrar sino tierno dolor, cuando tengo el corazón lleno de rabia! ¡Verme reducido a seguir suplicando a una mujer rebelde que se ha sustraído a mi poder! ¿Habría de verme, pues, humillado hasta ese punto? ¿Y por quién? Por una mujer tímida sin costumbre de combatir. ¿De qué me sirve haberme hecho fuerte en su corazón, haberla abrasado con todo el fuego del amor, haber llevado hasta el delirio la turbación de sus sentidos, si, tranquila como está en su retiro, puede enorgullecerse hoy de su huida más que yo de mis victorias? ¿Y he de aguantarlo? No lo crea, amiga mía: ¡no tenga usted de mí esa humillante idea!

Mas, ¿qué fatalidad me ata a esta mujer? ¿No desean mis atenciones otras cien? ¿No se apresuran a responder a ellas? Aunque ninguna valiera lo que ésta, ¿acaso el atractivo de la variedad, el encanto de las nuevas conquistas, el éxito de que sean tan numerosas, no ofrecen placeres harto dulces? ¿Por qué correr tras aquel que nos huye y despreciar aquellos que se presentan? ¡Oh! ¿Por qué?... lo ignoro, mas siéntolo intensamente.

No tendré ya ni felicidad, ni reposo si no poseo a esta mujer a la que odio y amo con igual furor. No soportaré mi destino sino cuando disponga del suyo. Entonces, tranquilo y satisfecho, la veré a mi vez, entregada a las tormentas que padezco yo ahora; incluso excitaré en ella otras mil. La esperanza y el temor, la desconfianza y la seguridad, todos los males inventados por el odio, todos los bienes concedidos por el amor, quiero yo que llenen su corazón, que se sucedan en él según mis deseos. Llegará ese día... Mas, ¡cuántos esfuerzos me quedan! ¡Cuán cerca de él estaba ayer! Y ¡cuán alejado me veo hoy! ¿Cuándo acercarme? No me atrevo a dar ningún paso; comprendo que para tomar una decisión habría de estar más calmado, y me hierve la sangre en las venas.

Lo que acrecienta mi tormento, es la sangre fría con que todos responden a mis preguntas sobre este acontecimiento, sobre su causa, sobre todo cuanto de extraordinario tiene. Nadie sabe nada, nadie desea saber nada: apenas si se habría hablado de ello, si yo hubiera consentido que se hablara de otra cosa. La señora de Rosemonde, a la que he acudido esta mañana al enterarme de la noticia, me ha respondido con la frialdad propia de su edad, que era la consecuencia natural de la indisposición que la señora de Tourvel había sentido ayer; que había temido caer enferma y había preferido volver a su casa; le había parecido muy sencillo; ella habría hecho lo mismo, según me ha dicho: ¡como si pudiera haber algo en común entre las dos! ¡Entre ella, al que no queda sino morir, y la otra, que constituye el encanto y el tormento de mi vida!

¿No cree usted, en efecto, que tras una decisión tan marcada, mi ingrata ha de temerse mi presencia? Si se le ha ocurrido, pues, la idea, de que pueda seguirla, no habrá olvidado cerrarme su puerta; y tengo tan poco interés en acostumbrarla a ese recurso como a sufrir dicha humillación. Prefiero

anunciarle, por el contrario, que me quedo aquí; incluso la instaré a que vuelva, y cuando esté bien convencida de mi ausencia, me presentaré en su casa; ya veremos cómo soportará la entrevista. Mas es menester diferirla para aumentar su efecto, y ni siquiera sé si tendré paciencia para ello: he abierto la boca veinte veces hoy para pedir mis caballos.

Mientras lee me brotan las dudas. Desconozco si Grace está preparada, no sé si querrá comprender... Por el momento parece confusa, ¿está en estado de shock? No se mueve, me pregunto si acaso respira. En cualquier caso todo seguirá su curso, con o sin su consentimiento proseguiré con tan magna misión. Pues como bien experimentasteis en carne propia, vizconde, el amor es la causa más excelsa. Y al igual que vos, en verdad, cuanto más viva, más tentada estoy de creer que no hay nadie en el mundo que valga algo, salvo ella y yo.

Capítulo 10. Dos iniciales y un abismo

Inmersa en la Carta 100, la lectora se empapa de lamentos. El vizconde era un Don Juan, jugó con el amor y éste terminó por estallarle en plena cara pero no es el caso. Ella no es así, nunca fue una casquivana ni actuó frívolamente. En Charleston fue Claude Lagnac juró que la quería y faltó a su promesa. Grace dio un paso en falso, es cierto, pecó de ingenua y lo pagó con creces. Jamás quiso tener hombres a sus pies en asuntos del corazón siempre fue con la verdad por delante. No domina el arte de la seducción y sin embargo, nada más torcer la esquina...

Trabajar en MCGEE'S no es lo que se dice divertido. Eloïse lo sabe bien, es mejor que lavar sábanas pero aquí no puede moverse a sus anchas y el cuello almidonado del uniforme le produce sarpullido. En lo que llevamos de jornada ha vendido un colador, la loción anticaspa del profesor Gassman y cuatro mazorcas de maíz. En horas, ni un chisme, ¡ni un solo forastero! Es sábado y los sábados el ferrocarril se demora poco en la estación.

Pasa el rato apilando botes de conserva, son coloridos. Los apila con sumo cuidado frente a las pastillas de jabón. Aunque duda que las latas de tomate Campbell se expongan en el Louvre algún día, construye con ellas castillos altísimos. Pronto se celebrará la festividad del Mardi Grass y no se disfrazará para Carnaval. Hace años que desistió, no se lo puede permitir. Se limitará a mirar desde el balcón, se ha convencido de que aquello no va con ella. Y como todas las tiendas andan colocando banderines, ella prepara su propia feria. Le gustan los palacetes del barrio francés, claro que no los monta por eso. Lo hace por si un día estalla en cólera y se harta del delantal y de manejar calderilla. Agarra una manzana y ensaya su célebre tiro de pitcher. Amaga. Se pregunta si se desmoronará todo el tinglado con un disparo a media altura. Afina la puntería, se muerde el labio inferior... Si bien, en el último instante desiste. Lo comprobará pero no hoy porque las señoritas no juegan al baseball y para que Eloïse pierda los nervios hace falta más calor.

En los ratos muertos Rob mata el tiempo rellenando crucigramas mientras que a ella le da por limarse las uñas y por lo visto esta interminable mañana amenaza con no ser eterna. Como se aburre, le propone a su colega tendero un juego de los suyos, una pizca picante pero del todo inofensiva: "Pondremos las delicias turcas de oferta y cada vez que venga un cliente, apostaremos si pica con un frasco entero por ahorrarse 12 míseros centavos."

Jeanne compra caramelos de regaliz para su perro Achís y solo atravesar el umbral atiborra al pobre animalillo. Según ella, está deprimido ¿y quién es ella para contradecirle? Puede que un día le estallen las tripas pero entre tanto, Elo no tomará partido. Miss. Devora pregunta por una colonia de loto azul que vio anunciada en un número atrasado del Paris Match y que no encontrará en toda la costa este. "Quizás en Saint Louis...", le sugiere la tendera sin demasiada convicción. Aún le queda perfume de magnolia, pero lo desecha, no obro el milagro que ansía. Por más esencia floral que emane no

beberá de la fuente de la eterna juventud, no es más que un simple frasquito.

Avanza el sol y con él, el día. Conforme se recalienta la verja de atrás, el bochorno aumenta y el aire especiado se vuelve más denso. Y es que el aroma a apio y jengibre empapa los estantes hasta toparse con el hedor de los encurtidos. Por tomar la alacena se baten en legendario duelo ¡menudo tufo! Por más que Rob abre la puerta de atrás del patio que hace las veces de almacén, no consigue que corra el aire. Se encoge de hombros. Por suerte entra Grace con su sombrerito rojo y su compinche se yergue como un soldadito. Grace nos pide unos sobres, son para cartearse con su hermana Rossie que vive en Atlanta.

Apoya el libro sobre la banqueta, Elo cruza los dedos... ¡Ojalá se le olvide allí mismo! Se despide con un gesto amable, inclina la cabeza, acto seguido guarda el cambio en el bolsito y se dispone a salir a la calle muy decidida. Es adorable, cuando camina parece un potrillo, como si siempre fuera con prisas... Pues claro: "¡Rob!" El muchacho trajina con los cereales en la trastienda. Samantha pega un silbido y con un gesto de cabeza le anima a arrancarse de un tirón el delantal y correr tras ella. Sammy es graciosa y menuda pero tiene los andares de un herrero y se mueve como un pastor de ovejas. Siempre será un ratón de campo y lo acepta. Pero Robby es distinto, aún podría... "Vamos, hombre. ¿A qué esperas?". El tendero le entrega el libro, mira a Sammy desde el otro lado del escaparate quien entre la G y la E del rótulo atisba una leve sonrisa bajo su ridículo bigotito que el vaho borra enseguida. "No te lo pienses. Venga, ¡síguela!" le insta a gritos pero tras el vidrio emplomado no se le escucha. Aguarda, conversan. Marchan juntos, les pierde de vista. Rob no vuelve, Sam se asoma. Y es que se dirigen a la calle Bourbon.

De vuelta al ultramarinos, imagina que Rob acompaña a Grace hasta la estafeta de correos y le sujeta el libro mientras ella trata de humedecer el sello. Es tan atolondrada que no reparará en la esponjita. "Y en un arrebato ¿lamerá el sello?" Sssssssss, se me escapa una risita socarrona. Birla una uva pasa, la lanza al aire y la pilla al vuelo. Mmmmm, ni comparación con los caramelos de regaliz que compra Jeanne. "Ay, Robbie, ¡serás bribonzuelo! A mí no me pasan esas cosas"; la tendera inclina la cabeza, engulle otro puñado de pasas y se llena demasiado la boca. Añora su infancia en la mansión Lemaillot con su padre, el cochero de la familia, cuando las niñas eran inseparables y vestían de algodón, iguales como tres gotas de lluvia de mares distintos.

Eloïse canturrea una canción, la misma que entonaban de niñas No comprende cómo la olvidó tan deprisa. "Yo sigo siendo la misma". En cambio, Grace... Ella sí cambió. "Y si con el sombrero de copa negro de cochero, sus guantes blancos y las tira con borlas de la cortina... ¿Me apañaría?". Sammy pone los codos sobre el mostrador, improvisará un disfraz de Juerguista para Carnaval y esta vez no se quedará al margen. Por fin refresca y el olor a salchicha alsaciana va menguando a favor del aura tostada de la madera del porche. "Córcholis, menudo día. ¿Quién dijo que MCGEE'S fuera un agujero, ¿eh?".

El sol desciende. Ya ha pasado lo peor, al menos de puertas adentro. Si bien allá afuera las calles rugen, se cierne una conspiración contra Grace de ira y despecho. Una cosa es leer y otra mirar. No basta con asentir, has de sostener la mirada. Hay muchas maneras de causar dolor: unas inequívocas, otras más veladas... Entre Grace y Eloïse, nació un abismo. Ocurrió sin más, caminos opuestos y cuando los lazos se enfrían, solo hay vacío. Las mejores amigas, ahora extrañas.

De hecho, no son solo Eloïse, Robbie o la misma Rossie volcaron alguna vez su cariño en una Grace ciega, sorda y muda, tan atareada en su porvenir que no reparaba en los otros. Esos por los que se dejó querer y acaso sin pretenderlo abandonó a su suerte tras colmarla de atenciones. A quienes entretanto ensombrecía un sauce, abofeteaba el viento hostil o incluso, tal era su soledad que no dudarían en condimentar su chocolate con matarratas. La salida más sencilla para un improvisado final, algo chapucero. Me cubre un nítido filtro azul, apenas imperceptible... Si te fijaras en el contorno de mis labios, desviarías la mirada.

Capítulo 11. Fiesta de kukluruchos

Vintery, mintery, cutery, corn,	Vintery, mintery, cutery, maíz,
Apple seed and apple thorn;	de manzana y espina de manzana;
Wire, briar, limber lock,	Alambre, brezo, ágil cerradura,
Three geese in a flock.	Tres gansos en una bandada.
One flew east,	Alguien voló al este,
And one flew west,	Y uno voló al oeste,
And one flew over the cuckoo's nest.	Y Alguien voló sobre el nido del cuco.
Lullaby Song	Canción de cuna

Una mañana más Grace despierta en medio de una algarabía. Esta vez, por una canción infantil que alguien tatarea con un hilo de voz tremendamente aguda. Podría tratarse de Letice, la hija mayor de la panadera que hasta que se calienta el horno acostumbra a saltar a la comba en la acera. Se repite la misma cantinela, cada vez más flojito y a pesar de lo dulce de la melodía a Grace la colma de desazón. Hay pena en ese deje, también transmite fatiga y hastío. Y un rastro de soledad, incluso. Intenta ubicar la canción al ritmo de la cuerda pero no se escucha salto y salto entre medias. Hay algo más que no encaja porque Leti es la niña más feliz del mundo y esa copla encubre un llanto. "Además, ¿Leti no tiene una hermana pequeña?”. Letice nunca está sola. No se trata de las dos hermanas, de serlo inundarían la calle de risas. Definitivamente, las niñas no están allí.

And one flew over de cuckoo´s nest es una canción de cuna... "Un niño se ha desvelado frente a alguna ventana y no ahora no puede dormir", intuye Grace con criterio, eso ya tiene más sentido. Las letras intermitentes de la fachada aún centellean. Se asoma a la ventana y comprueba lo inevitable: Reina el silencio allá afuera, Madisson Square está muerta. No exageremos, dormida. Dos farolas rodeadas de moscas que bien podrían ser luciérnagas y el duro asfalto que brilla con la luna. Ya, lo pinto demasiado pero me lo puedo permitir porque yo no rindo cuentas a nadie. Ni ruedas ni pasos, ningún

candil encendido. Aún es noche cerrada si bien ese bebé está muy cerca y Grace puede sentir su dolor golpeándole el corazón.

Entra en pánico, precisa de consuelo. Busca a Kouassi, no puede estar sola con esa tonadilla atormentándole los oídos. Menos mal que encuentra la muñeca enseguida meciéndose dentro de una cestita con jabones. Qué linda, Kouassi, semeja un pajarito. Tan tierna, ella. ¡Cómo no deleitarse ante tan entrañable escena! Grace vuelve a la cama, gira sobre sí misma e intenta dormir de nuevo sin demasiado éxito pues doce minutos después Westley irrumpe en su habitación con una pistola al cinto.

Arriba, Grace. Vienen a por ti, Chiquilla. Se ha corrido la voz de que eres una asesina en serie y pretenden lincharte. Si dan contigo te desnudarán, te pelarán al rape y te arrojarán primero hortalizas, luego cantos del río.

Pero si no pesa ninguna acusación en firme contra mí.

Para Madame Genevieve no eres más que una furcia negra y ladrona. Y aunque Lucille no presentara cargos, eso no quita para que Jacques muriera en extrañas circunstancias mientras tú merodeabas por su casa. Pero ¿en qué estabas pensando? Eso ¡te incrimina!

Tuvimos una sesión de lectura, puedo explicarlo alega la muchacha con un tono pausado y grave.

Y vaya si lo harás pero tendrá que ser luego. Ahora no hay tiempo consciente de que se hace tarde, Westley no está para chácharas.

Vaya suerte la mía, justo paso cuando les da a todos por morirse. Siempre coincidiendo con nuestra cita, ya podrían elegir otro momento.

Pobre yo, pooobre yo. ¡Sólo te preocupas por ti! ¿Qué me dices de ellos? está furioso y la zarandea. Por cierto, ¿no son ya demasiadas casualidades? El mal te ronda, Muchacha. Y ni el mismísimo Charles Auguste Dupin, Chevalier, miembro de la legion d'honeur, tan avispado él y brillante resolutor de crímenes y acertijos podría aportar luz a este asunto. De ti depende, Cariño, del laberinto de tus sombras solo tú tienes la llave... ¡Y tres minutos contados para improvisar un maletín con lo indispensable! El resto se queda aquí, nada de chismes inútiles.

Me pides que me deshaga de mis cosas y salga furtivamente como una ladrona.

Exacto. Y si no mueves de una vez ese culo respingón, recogeré yo mismo tus cosas de cualquier manera y te sacaré a rastras le llamean los ojos de arrojo, es todo decisión. Niña, no es momento de hacerse la interesante. Además, hace tiempo que perdí todo interés por ti si es que alguna vez tuve alguno.

Creo que nadie me busca, que te lo has inventado todo incrédula, le planta cara. Mi abuelo fue un miembro influyente de esta ciudad y en su memoria harán oídos sordos a la loca esa.

A ver, ¿por qué inventaría semejante cosa? Por la mañana temprano, no me van los jueguecitos saca a la joven del cuarto de un empujón. Estoy en ayunas y el champán no alimenta ¿entiendes? No he madrugado en mi vida y hoy no iba a ser una excepción bosteza ostensiblemente.

Un caballero sin afeitar de la mano de una joven semidesnuda sale pitando por la escalera de incendios de una pensión mediocre. Ella lleva el pelo suelto, pantuflas y debajo del abrigo solo un camisón. Leti y su hermanita Mel sueltan chascarrillos desde el ventanuco de la buhardilla de enfrente y seguirán entretenidas hasta bien entrada la mañana. Pues en cuestión de minutos rodearán la casa decenas de personas presas de la ira detrás de un líder y su séquito con túnica hasta los pies y un cucurucho invertido de tela blanca en la cabeza. Habían oído historias, los miembros del Ku Klus Klan les fascinan. No les dan miedo y eso que deberían. Son tan altos que parecen gigantes y el más grandullón sujeta una cruz de madera a modo de estandarte. La prenderán fuego pero no será hasta más tarde y para entonces Grace ya estará a tres manzanas entrando abochornada en un burdel pomposo cubierto de terciopelos. Se resistirá como una chiquilla frente al arrancamuelas pero no servirá de nada, Westley no sucumbirá a sus súplicas. Esta vez tampoco atenderá a razones. Es más, le asquean los remilgos.

Adelante, Grace, aquí estarás segura el caballero, un asiduo por lo visto, susurra algo a la bella Blonde Cheri que aparece en bata y tacones y acepta un saquito con pepitas de oro. Vamos, entra. Y pórtate bien con estas damas.

Entra, pajarito y compartiremos nido la rubia intenta abrazarla y ella se escabulle.

Ahora lo entiende, la canción era premonitoria... Y es que los cucos anidan en cualquier sitio. Buscan calor, lo demás no importa. En un agujero, en un rincón, si les vale el interior de un reloj ¿por qué no en una casa de putas? Una cosa le lleva a otra y de repente recuerda la cesta sobre la alacena y se lamenta. Allí pudo quedarse acurrucada Kouassi con las prisas. "Yo no la cogí, como no se le ocurriera a Westley..." Cruza los dedos, en vano. Porque lo cierto es que nadie la coge y permanece en la habitación hasta que llegan los vándalos a la habitación y arrasan con todo. Tiran por la ventana su cajita de costura junto al peine de madera para que aviven las llamas y de haber dado con Kouassi la habrían atado al pie de la cruz a falta de su dueña. "Calma", me gustaría decirle a mi Grace. No temas por la muñeca de trapo, ya me he ocupado de ella y la he puesto a salvo. ¿Por qué? Porque la necesito. Sin ella, no habría dueto."

Pasan las horas y Grace llora tendida sobre cama con dosel. El cuarto está tan recargado de adornos y perifollos que teme llame a la puerta el propio Louis XIV. Lo ha dejado bien claro, no quiere visitas y su decisión me favorece. Así puedo dejar a Kouassi recostada en el diván sin despertar sospechas. Lástima, tiene los cabellos de lana algo desmadejados y el vestido descolorido pero todavía me gusta porque si le canto, duerme como una niña. Es mi sola compañía y en su actual desaliño, ahora nos parecemos más.

Pero hay más cosas que Grace olvidó en la pensión y esta vez no fue por descuido. Se trata de un paquete con pastelitos de Úrsula y una carta

procedente de Charleston de los que aún no tenía noticia. Claude le ha escrito tres páginas con letra pequeña y prieta inclinada hacia atrás preñada de disculpas y verdades dolorosas. La tiene Loraine en su cajoncito de "secretos". Son, cómo decirlo... ¿Su seguro de vida? De modo que Grace nunca sabrá lo que contienen aquellos pliegos en sepia. O tal vez sí.

Para que los asuntos ajenos resulten lucrativos es indispensable que el poseedor viva para no contarlo y me temo que este no será el caso. El día es muy largo y se presta a que ocurran vicisitudes mil. De hecho, esta mañana Loraine ha tenido otro golpe de suerte. Merodeando por el antiguo cuarto de Grace en busca de despojos, ha encontrado un perfume inusual en la cómoda del tocador. Se ha rociado nuca y pelo, también las muñecas. Cierra los ojos extasiada, cree estar en un vergel. Y con la tarde, encenderá el quinqué de la salita con tan mala fortuna que una chispa le saltará a la cabeza y ¡blum! Será una antorcha en llamas. Adiós, cara de ratita, te salió cara la carta.

Conociendo al capitán Claude, se habrá decantado por toda una suerte de abigarrados lamentos. Que si "lo nuestro no tenía futuro", que si "nuestro amor estaba condenado". Seguidos de una retahíla de excusas y remordimientos saliendo con aquello de "no lo vi venir..." O justificándose a lo "cómo iba yo a saber..." La originalidad nunca fue su fuerte, se ceñirá a su escueto papel sin improvisar lo más mínimo. Pero eso no será todo, no bastaría. Y es que Claude no escatima en detalles, cuando la ocasión lo merece es de lo más cumplido. Me apuesto un pareja de gusanos bien rollizos a que la carta va acompañada de dos figuritas de origami del tamaño de un dedal de las que le enseñó a plegar en perfectos dobleces con soltura Sensei Sao Machii (), su maestro de iaidō. Envainar y desenvainar la katana con ritmo y movimientos precisos propios de la esgrima tradicional japonesa y así cortar el papel es el comienzo más honorable... Lo clava, como si lo estuviera viendo. Le va ese rollo ancestral, tan hermético como es. En apariencia frío como el metal, hierático hasta la médula. Domina el arte del doblez y compone maravillas con esas manos prodigiosas. Al tacto, diría que está "El Mono" (– saru), rápido, inteligente, original e ingenioso que se alimenta de codicia. E incluye también "La Oveja" (– hitsuji) obediente y respetuosa, inteligente y amable dotado de una sensibilidad especial, con un notable sentido artístico. Y muy a mi pesar, sé a quién representan.

Reconozco ambas figuras, el primate y la lanuda, el sereno ambicioso y la soñadora sumisa. Grace tiene que saber, le haré llegar carta de alguna manera aunque apenas trate de su romance. Cierto, no es ella la protagonista lo que no quita para que siga siendo una carta triste, casi patética e indirectamente la afecte. Habla de dolor, solitud, de sueños, magia y princesas de boca de mora que no de fresa. Me duele cada palabra. Lloro y no es por Grace ni por Claude ni siquiera por mi sino por tantos cuentos inacabados de largos besos y perdices en salsa de los que me enredé en el érase una vez y nunca, nunca, conoceré el final.

Capítulo 12. China Down

Blonde Cherie suele pasearse con un quimono abierto de seda y sostén bordado con enagua a juego, está exultante. Y cuando se sienta en el mango del sillón surgen como si tal cosa dos piernas esculturales embutidas en medias negras sujetas con un liguero francés. Codo izquierdo apoyado despreocupadamente sobre el respaldo, mano derecha dejada caer sobre la rodilla opuesta sujetando del modo más liviano posible un cigarrillo por lo general apagado entre los dedos índice y corazón. Así seduce sutilmente a los hombres con tan excelentes resultados que también decide adoptar esa pose ante cualquier empresa delicada que requiera sobradas dotes de persuasión. Es, en definitiva, su típica posición de ataque con la que despliega sus encantos rondando a su presa...

Y ahí está Grace frente al sofá adyacente tentada por su reciente hallazgo: un libro furtivo. Lo acaba de encontrar bajo el cojín marroquí y le llama a gritos. Presume que alguien lo olvidó tras pasar el idilio a mayores la noche anterior, se sonroja solo de pensarlo. Pero está equivocada, este encuentro no tiene nada de casual, no se debe a un descuido sino que obedece a un plan premeditado. Aguardaba a Grace, solo era cuestión de tiempo... Siempre fue ella quien una cálida tarde dorada habría de encontrarlo.

La joven experimenta una sensación de lo más extraña, siente como late el librito en sus manos trémulas. "De poseer corazón, sería diminuto", se dice anonadada mientras lo sujeta con cuidado como haría con un frágil pajarito. El Salón Rococó ahora resplandece como la cueva de Ali Babá rayando en lo irreal, mágico lo que atenta contra el sentido común, tanto que raya en lo imposible. Por eso Grace que no es tonta, se resiste a sus embelesos. Le consta que ayer solo era una habitación más y ahora, con tanta maravilla repentina, invita al espejismo.

Por marcapáginas, pende una cinta carmesí del color de la manzana con un claro mensaje implícito: "Entra, entra..." La tentación no vive arriba sino dentro del libro, en pleno harén. Y es así que el pequeño libro se hace tinta, tan solo con rozar la portada se abre sin más prometiendo toda suerte de dogmas secretos que no menciona el Tratado de Descartes ni por asomo. Las alfombras, los cortinajes, dibujos sinuosos en sepia, marcos y espejos bañados en pan de oro... Igual que un harén. El erotismo reina por toda la estancia, generoso invita como un marajá del Gujarat al placer de los sentidos y Grace se deja llevar, le vence la curiosidad, se hace con aquel tomo cubierto de celosías. Verás, es superior a ella ¡no puede evitarlo! Demasiadas noches sin luna... Simplemente ocurre.

Y es que mi Mulata es hermosa, una auténtica beldad y ella bien lo sabe pero el arte de amar le es completamente ajeno. Desconoce las caricias, los labios de un hombre... Le puede la cordura. Y ese poemario de Wilde es en sí mismo,

una promesa, lo cambiaría todo.

Es entonces que la meretriz despliega sus encantos, aprovechando el momento y entabla una amena charla del todo frugal en torno a una bandejita con té de rosas, bolitas de anís y dátiles frescos o eso parece. Ha desarrollado un don poderoso, definitivamente sabe cautivar. No duda en relatarle con detalles secretos las mil y una noches con sus lunas de Sherezade, adentrarla en la sensualidad y de paso, ganarse su confianza. Para luego, ya con la guardia baja, arremeter la estocada final con dos sencillas palabras "¿Qué lees?" Ya ves, como si nada, sin denotar un gran interés aun sabiéndose poseedora de la respuesta. Justo cuando despliega esa sonrisa indescifrable y astuta y deja que hablen sus ojos pues serán ellos quienes formulen su irreprimible deseo: "pequeña Grace, ansío escuchar ese poema y hacerlo de sus labios". Le clava la mirada, no teme al silencio. La felina se relame... Hoy los leones de la manada comerán carne tierna.

En el salón dorado.

In the gold room, Oscar Wilde (18541900)

Una armonía

Sus manos de marfil sobre las teclas

extraviadas en sorpresiva fantasía;

así los álamos agitan sus hojas lánguidas.

Como la espuma a la deriva en el mar inquieto

cuando las olas muestran los dientes a la brisa.

Cayó un muro de oro: su pelo dorado.

Delicado tul cuya trama se hila

en el disco impávido de las maravillas.

Girasol que se retuerce para encontrar el sol

cuando las sombras de la noche negra pasaron,

y la lanza del lirio está coronada.

Y sus dulces labios rojos sobre estos labios míos

ardieron como el fuego de rubíes incrustados

en el candil inquieto de la capilla carmesí,

o en sangrantes heridas de granadas,

o en el corazón del loto solitario

en la sangre vertida del vino rojo.

Oscar Wilde

La chiquilla parece absorta, aquellas letras de oro la empapan y tientan en igual medida. Nunca utilizó antes sus armas de mujer... Tal vez ha llegado el momento y decide: elegirá a Eva desdeñando a Blancanieves. Si Blonde Cherie dominara el griego clásico exclamaría εὕρηκα, uséase, héurēka en cristiano pero como no es el caso, se limita a pintarse los labios cual ninfa que acaba de despertar por primera vez consciente de su increíble poder. Enseguida la bellísima Blonde Cherrie agasaja a la dulce criatura nacida del lirio y da muerte al loto solitario con un vestido fucsia "que realce tus ojos de almendra" y le coloca con infinita gracia un tocado de plumas de ave del paraíso bajo la sien "para que sugieras todo sin decir nada". Y lo hace sin demora. Mira el reloj de cuco, presente del embajador de Prusia según cuenta la madame... Pamplinas. Claro que una ilusión más, poco importa. Ayer colegialas inglesas, hoy tirolesas con trenzas, mañana muñecas rusas... Como ves, la farsa está al orden del día. Simulan. En efecto, en el burdel ya hay suficientes mentiras y sin embargo el tiempo escasea.

La cortesana apuesta fuerte, el cliente lo merece. Y es que las espera un carruaje en la entrada para llevarlas a Uptown, el barrio inglés donde residen los ricachones dueños de la ciudad de un tiempo a esta parte. Todo está apunto, ambas tienen una cita con los acaudalados miembros de la Sociedad Shibari justo a la media noche y llegarán a tiempo solo que la pequeña Grace aún no lo sabe.

Los caballos relinchan al azote, ya están en marcha. Atraviesan el río, acceden a la otra orilla. Las mansiones son regias, las calzadas se suceden amplias y luminosas prodigándoles a su paso con una cadena brillante de eternos bulevares. El coche se detiene, ya han llegado. "Visitaremos a unos amigos, gente importante", dejó caer Blonde la belle y la nueva Grace no puso objeciones. Pero una vez frente a la fachada azul de TIPTINA'S, el letrero del Night Club la atemoriza. Una cala en hierro forjado completa el palo de la T en un alarde de manifiesta sensualidad... No, no puede entrar allí. Ella desea coquetear, hechizar a hombres con su encanto, no vender su cuerpo por cuatro perras.

¿Quiénes son tus amigos, Blonde Cherie? su voz es un mar de dudas.

Unos clientes de Charleston el mero nombre de esa ciudad le produce

escalofríos. Tipos influyentes que sólo con chasquear los dedos nos pueden solucionar la vida.

¿Qué se espera de nosotras, Blonde? Solo estoy dispuesta a darles conversación.

Se hacen llamar "nipófilos" o amantes de Oriente. Esta noche seremos sus Geishas con cara de porcelana y un moño imposible ¿no es excitante? Y si te portas bien con el más alto igual te regala un quimono como el mío, ha preguntado expresamente por ti tras semejante confidencia, le da un codazo cariñoso y es que Belle encuentra la velada de lo más divertida.

A continuación, dos mujeres asiáticas y escurridas de piel anciana y manos de niña las conducen a un camerino sin mediar palabra donde son ataviadas para la ocasión en medio de una solemnidad pasmosa. Ambas visten sendos quimonos de seda salvaje con motivos de loto y una peineta de nácar prendida a la altura de la mejilla. La rubia de rojo, la morena en celeste... Están fantásticas. Blonde bromea, gesticula y sonríe mientras son preparadas para el ansiado encuentro hasta que sin más se le agria la expresión y un ictus rotundo le afila la barbilla como una navaja de hoja larga.

¡Esto no es lo acordado! Imposible. Me niego. ¡En rotundo! Blonde alza la voz y forcejea a lo que sigue un tremendo silencio...

Grace no comprende. ¿Acaso su amiga interpreta o se trata de algún juego? Reflexiones que poco importan pues sus dudas se disiparán en cuanto un chino mandarín curtido por el sol de los que emigraron para construir el ferrocarril le vende los ojos y la conduzca a rastras hasta el escenario.

Tu amiga accedió a jugar, conocía bien las reglas y al final ha hecho trampa: se ha resistido. Ha sido una niña muy muy mala y se merece unos azotes. Espero que tú te portes mejor y colabores o terminarás como ella, querida. Ya sabes, nada de travesuras un hombre blanco y elegante la recibe con aparente cordialidad aunque su deje suave y ese tono condescendiente encubre una amenaza velada sin ningún miramiento.

Esa voz... La he escuchado antes. ¿Nos conocemos?

Sabrás de mí en su debido momento. Ahora, ¡calla de una vez! da unas palmas a modo de aviso. Caballeros, qué comience el show. Grace no nos defraudará, estoy seguro.

Mientras China Down crece entre biombos y farolillos rojos, la pequeña ilusión cobra forma. Todo estará listo enseguida, se ultiman los preparativos y menos mal pues hace horas que corre el alcohol y mucho me temo que se impacientan los leones.

Capítulo 13. Acordes invisibles

Un viejo Blues arranca desgarrado, canta una tal Betty Wood y un joven blanco la acompaña titubeante al piano. Vinieron engañados, les prometieron una actuación en un teatro de variedades. Sin embargo el número de Grace no es precisamente una charada. La muchacha no ve, las lágrimas le resbalan por los pómulos y se ahoga en su propio llanto, diría que le duele el alma. Se pregunta desgarrada ¡cómo pudo caer tan bajo! Claro que mientras la muchacha se lamenta, los acordes no cesan. Fluyen cuando alguien se dispone a atar con delicadeza las manos de Grace al torso, empalmando lentamente un primer nudo con otro a la espalda, una tercera ligazón al cuello seguido sin premura y escrupuloso espero de un cuarto nexo de cuerda que va de la cabeza a los pies en una intrincada cadena de cruces intrincados complicadísimos a modo de laberinto. El responsable se toma su tiempo, "cada nudo es un abrazo", susurra entre dientes.

Morning rains keeps on falling

like the tears that fall on my eyes

As I site in my room, staring out at the gloom

It's the rain. It's the same old blues.

Al tacto, Grace deduce que esas manos finas y angulosas son de un hombre delgado de poca estatura... No es un trabajador del ferrocarril, no descubre cicatrices, callosidades ni asperezas. El anudador recita un salmo o algo parecido en una lengua asiática con la voz truncada y quebradiza... El frío de sus yemas y ese pequeño temblor, casi imperceptible... En efecto, se trata de un anciano.

Sigue la melodía azul y a cada tirantez de un nuevo nudo, el teclado se detiene marcando un ritmo fúnebre de una tristeza infinita. Lo hace todo aún más esperpéntico si cabe pues es como si el instrumento sufriera con ella.

¿Cómo te encuentras, my dear? Si mantienes una actitud abierta, tú también podrás disfrutar de esto. Eres mi musa, sólo tú me inspiras. Considérate afortunada, no me vale cualquiera el anfitrión suelta una risotada que lejos de ser alegre llena de amargura.

I cant`t help. I can`t help but thinking

When the sun used to shine on my back door

Now the sun has turned to rain

All my laughter turned to pain

Yes it's the rain. Of the same old blues.

Grace juraría que su interlocutor está ebrio, de ahí que su voz le llegue distorsionada, el alcohol tiene ese efecto y es por eso que aun despertándole sensaciones contradictorias, no le reconoce. El viejo blues continúa desgarrando la noche aunque a nadie escape que el pianista sigue a la solista a disgusto.

Venga, muchacho, no flaquees o volverás al antro inmundo donde te encontré y esta vez, con los pies por delante farfulla con desdén el don Juan que sirve las copas en un acopio siniestro de buena planta y pobres modales.

Con los dedos agarrotados, ciego de ira... A todas luces, el músico se encuentra incómodo con la escabrosa situación. Y es que una vez atada Grace de cuerpo entero en una compleja red de araña geométricamente perfecta es colgada mediante un sistema de poleas del alto techo y no contentos con tan bochornoso espectáculo, la invitan con malos modos a que baile y se contorsione. Aunque me duela decirlo, Grace compone una figura bella en su crudeza, se muestra cual larva de mariposa envuelta en su capullo ante la mirada indiscreta de todos los presentes que estallan en una gran ovación babeando como perros rabiosos. Es entonces que un venerable anciano conocido por la platea como Sensei Sao Machii () retorna a la tarima y se deshace en reverencias. Todos le aclaman, le tachan de magnífico artista. El pianista traga saliva: "están locos". Mucho han debido torcerse las cosas para que, literalmente, todo esté patas arriba y en medio de la barbarie él sea el único cuerdo, un crápula de medio pelo.

Sunshine, Sunshine is all you see now

but it all, it all look like clouds to me

As I sit in my room, staring out at the gloom

It's the rain. It's the same old blues.

Sois el maestre del Bondage, gran Sao Machii (). Vuestro ritual es de tal pureza que hacéis honor al legado sagrado. Mis respetos.

Cada atadura es reflejo del amor sublime y está agraciada mujer es su digno receptáculo señala el fardo de esparto y huesos con absoluta veneración.

Bien fait, maestro. Su silueta es La Belleza en grado sumo. Pero permitid que me tome una pequeña libertad... ¡¡¡raaas!!! Grace chilla

consternada, el anfitrión le desgarra el quimono a la altura del pecho lo que provoca otra estruendosa oleada de aplausos.

Definitivamente, se trata de una buena pieza otro más obeso se aproxima y le pega dos palmadas en su muslo terso y suave, ahora a la vista.

¿Claude? ¿Eres tú? Grace grita entre sollozos dirigiéndose al hombre alto. Duda, quizás delira, boca bajo no puede pensar con claridad pues se le satura de sangre la cabeza. ¡Claude!

Wally, procede. Vamos, quítale el pañuelo de los ojos el hombre alto da órdenes explícitas a su esbirro regordete, de repente ya no está para bromas. Supongo que llegó la hora.

Claude, ¡cómo has podido! Si fuiste tú quien me abandonó, la dolida soy yo. ¡Por qué me haces esto! moquea Precisamente tuú... se trastabilla hablando. ¿Tanto me odias? Si debería ser yo quien te guardara rencor... De veras, no lo entiendo.

De sobra lo sabes, no te hagas la tonta. Me encargué de que estuvieras al corriente, te lo contaba todo en esa maldita carta. Alimaña, víbora... ¿Cómo osas negarlo? ¡Bruja! Es tal tu indiferencia para con la malograda Celine que no te dignaste ni a contestar y encima sales de fiesta ¡cómo si nada! Claude berrea con el corazón abierto. No nos has causado más que dolor, trajiste la muerte, ¡y lo sabes!

¡Basta! Señores, esto ha ido demasiado lejos. Con su permiso... la música cesa y es el propio pianista consternado quien se encarama al escenario y coge en volandas a Grace sin conseguir soltarla ¡Ayuda! suplica a los asistentes Esta mujer está desfallecida. Rápido ¡necesito un cuchillo!

El Bondage implica sumisión, ¡sin degradación! Se basa en el Shubaru que es un arte ancestral y no busca dolor sino sublimar la más excelsa atadura sagrada. No comprendiste o no quisiste comprender, Claude, tus actos no son honorables. Manchaste mi nombre y el de mis ancestros, mi ingrato discípulo me ha deshonrado dicho esto, es el propio sensei Sao Machii quien acude al auxilio de la muchacha mancillada.

El viejo corta la cuerda vertical por la que Grace pende de las alturas con una espada samurái del periodo Edo forjada por el mismísimo Masamune. El nipón está abatido pues siente que ha perdido la honra y es que este desafortunado asunto aunque apuntaba maneras a la postre se le fue de las manos. No debió prestarse a ello, Claude es una criatura débil de carácter pero su excesiva confianza en el alumno ruin no le excusa, cometió un error imperdonable y ahora solo le queda obrar en consecuencia:

Se arrodilla solemne, pronuncia un Haiku de Muerte y con el rostro impasible se hace el harakiri allí mismo hundiendo la hoja de hierro en su abdomen ante un público nada reacio. Es más, extasiado.

Como gotas de rocío

sobre una hoja de loto

desaparezco

Senryu

Y así el filo de la katana de lámina fina en manos de su amo corta la vida permitiéndole abrazar la Tierra Pura.

The show must go on! exclama un Willie borracho de euforia.

Se respira un morboso cóctel de fervor y estupor... Definitivamente, los espectadores no han perdido la noche después de todo. Y afuera llueve, como en el viejo blues y un tipo huye abordo del tranvía que le llevará desde Mid City hasta St. Charles, pretende llegar hasta el mercado francés. Torpe y esquivo, cual sicario en horas bajas, atravesará el canal apostado en una esquina del vagón al abrigo de las sombras. Acarrea un fardo más que sospechoso y además rehúye a la gente... Se trata de un Matt aturdido, con una Grace inconsciente en brazos. Él, que nunca se tomó en serio a una mujer, interpretando al perfecto galán... "¡En mala hora!". Se lamenta y no le falta razón: Pasar en un segundo de trotamundos imberbe a héroe por accidente sin proponérselo es una faena. Se ve atrapado rescatando a la doncella. Y lo peor, una vez tendida la mano a la dama en apuros de todos es sabido que ya no hay vuelta atrás. "¡Maldita sea!"

"Y ahora ¿qué?", pregunta desconsolado a una luna cobarde que se oculta tras las nubes... No es un caballero al uso pero, entre tanta chusma, ese detalle insignificante ¡a quién diantres le importa! Y solo dispone de un arma, digamos que traslúcida: Se maneja bien ante los imprevistos. Así pues, como en el jazz tendrá que improvisar. Es lo que hay, no le queda otra.

Sigue lloviendo y al paso de una extraña pareja que avanza a trompicones,

los adoquines irregulares se pintan de azul en la quietud inmensa... It´s the rain

Es la calle desierta que huele a miedo, pero no siempre.

Solo se filtra el dolor en las noches lluviosas, como ésta... Yes, it`s the rain

Porque esto es Louisiana, Baby;

yel aire sabe a trópico, hazte una idea... It's the same old blues

Y a falta de luna,

acordescasi invisibles bañan de plata las aceras...☔ It's the same old blues

Capítulo 14. Con mis peores deseos

A veces abres los ojos y te sorprende el día. Miras a tu alrededor y el suelo, los cuadros y el mismo aire te son ajenos. Es entonces que, confundido te empeñas en hacer memoria y por más que te devanes los sesos, no reconoces nada que te ligue a esa condenada habitación. La primera reacción, cerrar los ojos pero no sirve, vuelves en sí y todo sigue igual. Descubres que no hay vuelta atrás, no es ningún sueño. Comprendo cómo se siente Grace, en vida solo me pasó una vez cuando subí a la casa del árbol de mi hermano sin permiso y me golpeé la cabeza con una rama. De repente amaneces en un impás y te invade la angustia. Salvo chillar no puedes hacer gran cosa, te tocó y punto. Y una vez dentro solo te queda lidiar con tu propia pesadilla tan palpable que aceptas como real aunque parezca pertenecer a otro. Va seguido de una sensación como si se detuviera el mundo y tú siguieras latiendo, ¿verdad? Solo que a cierta distancia. Claro que, en mi caso, hace mucho de eso. Ahora experimento más bien lo contrario, es la tierra que gira y gira mientras mi carrusel se queda parado.

La muchacha se incorpora en la cama de aquel modesto altillo, los muelles crujen como sórdidos gritos de gaviotas. Una vez estuve en Galveston y contemplé el mar... Fue un día perfecto. Ay... ¡qué tiempos! Puesto que no acumularé más, me aferro a mis pocos recuerdos. "¿Dónde me he metido?", se espeta Grace a sí misma y en respuesta un puñado de explicaciones peregrinas se disparan desde su abotargada cabeza para, sin demasiado atino, limitarse a rebotar por las paredes. Hasta que repara en toda una suerte de objetos insólitos que, aunque le desagrade, se dirigen en una sola dirección: "No puede ser... Una cuchilla de afeitar, un sombrero hongo, una armónica...". Todo apunta a que ha dormido en el cuarto de un hombre con el que presumiblemente ha pasado la noche... "¡Maldición!". Observa una camisa tirada y la sola visión en su mente de un torso desnudo la atemoriza. Confusa, olisquea las sábanas y se le empañan los ojos. Se siente morir, jamás soñó con perder la virginidad con un perfecto desconocido. Pero Matt no está, ha salido, es por eso que Grace toma conclusiones precipitadas y no hay nadie presente para desmentírselas.

¿A dónde has ido, pequeño crápula? Dios sabe que deberías estar ahí. ¡¡¡Con ella!!! Yo tomaría su mano entre las mías, le contaría una versión ligera de lo que ocurrió ayernoche y le haría entender con extrema ternura, como tantas veces hizo ella por mí cuando madre me ninguneaba. Y sobre todo, por nada del mundo me separaría de su lado. Odio la soledad, es la peor consejera... ¡Si yo pudiera! Es por eso que coloco a Kouassi bajo la colcha arrugada, a sabiendas de que Grace la encontrará en cuanto estire la tela, y en cuestión de minutos la halla allí donde la dejé. La abraza y compruebo que, conforme a mi plan, la carta que asomaba en el bolsillo de su vestidito sigue ahí y aún respinga.

Grace no se plantea cómo llegó Kouassi hasta tan destartalada habitación, lo obvia y decide hacer caso omiso. Creo que prefiere no saberlo y ¡cómo reprochárselo! Yo habría hecho exactamente lo mismo. Ella necesita desesperadamente un eslabón de su antigua vida y si aparece, lo acepta sin remilgos, Le da igual si cae del cielo o del infierno o si lo trajo un cartero musical. Le proporcionará compañía, es lo único que importa. Y es que para ciertas cosas Grace es muy niña, figúrate que siendo una mujer hecha y derecha aún cree en cuentos de hadas. Los vive, los saborea a lametones como haría con una manzana de caramelo. Doy fe, cuando los leía para mí se quedaba absorta... Teníamos un mundo propio, ahora desierto, regido por una sola regla: predominaban los finales felices.

Cuando Grace se evaporó de mi vida habría dado cualquier cosa por guardar un camafeo, una cuenta de un collar o un sencillo botón de su ropa. Me habría contentado con un pedacito de ella, por pequeño que fuera. Pero no fue así, mi institutriz se esfumó sin más como un fantasma dejándome dentro un vacío infinito. Tras su apresurada partida Mamá echaba chispas y se propuso arrancar de raíz su rastro como quien erradica una mala hierba del jardín. Implacable, marcial, con una eficacia fría y devastadora. Hasta se permitió simular uno de sus ataques de nervios de esos que reservaba para ocasiones especiales, cada vez que sacaba el tema. Pero fue tal mi persistencia que tras un par de patéticos escenitas grotescas dignas del mejor vodevil, verse obligada a zanjar la cuestión sentenciando entre jadeos: “Olvídala, Celine, no malgastes tus lágrimas por esa cualquiera. Para ella no eres nadie ¿entiendes? Solo te utilizó para acceder a tu hermano”. Escuchado esto, algo se agrietó en mi interior, mi castillo se derrumbó y corrí a mi habitación para no salir jamás. Lo que me lleva inevitablemente de un tazón de chocolate a una carta y viceversa, la que revelará a mi queridísima Grace lo delicado de mi estado y justo ahora roza con las yemas de los dedos...

Mi pequeña Grace,

Si hoy me dirijo a ti en estos términos es porque estoy destrozado y no puedo soportar yo solo esta carga. No sabes cuánto lamento el desenlace de nuestra relación y no me refiero a ti y a mí, ni remotamente. Nuestro idilio no debió tener lugar, era del todo inadecuado y ambos lo sabíamos. Por supuesto, madre me conoce bien y me reitera que estoy exento de toda culpa. Fuiste tú que me embaucaste con malas artes e, imbécil de mí, sucumbí a tus encantos. Por eso no puedes seguir al margen, no lo mereces, habrás de soportar conmigo el peso de lo ocurrido.

Me ocultaste tu raza... ¡Pérfida criatura! ¿Cuánto tiempo pensabas atrincherarte en tu secreto? Hasta que me deshonraras con un hijo más negro que el tizón. Mancillaste el buen nombre de la familia y no contenta con eso, antes de partir nos condenaste a la desdicha. De ahí, todas las desgracias acontecidas. Tú y solo tú, Grace, eres la responsable. El mismo día de tu marcha Madre sufrió un desfallecimiento en el jardín y abatida requirió de sus sales. Padre salió a pasear con su pura sangre Galiard y al pegarle con la fusta para que saltara el riachuelo, el equino le lanzó sobre los setos. Manso como era... ¡tú le has poseído! Cómo suponer que tu juego siniestro no había hecho sino empezar, tu venganza sería larga y aún quedaba lo peor... A la

mañana siguiente cuando la doncella de Celine fue a correr los cortinajes de su alcoba se la encontró desplomada con los ojos en blanco y los labios azules. Mi pobre hermanita, siempre adoró el chocolate... ¡Y tú lo sabías! Así como lo bien que enmascara el veneno... Aún no sé cómo te las ingeniaste, Grace. ¡Cómo pudiste! Celine era solo una niña, fuiste para ella una hermana mayor. Es más, ella te adoraba. Engañaste al médico que se decanta por el suicidio pero no a mí. ¿Suicidarse, Celine? Una criatura tan tímida y sensible... ¡Imposible! ¿Por qué habría de hacerlo? Cierto, era algo reservada pero es una actitud propia de damitas elegantes y delicadas. A ti y sólo a ti te abrió su diminuto corazón. ¿Por qué habría de quitarse la vida si le quedaba tanto por leer? Tus cuentos la despertaron de su ensimismamiento, eran su gran pasión. Seguro que hiciste uso de la magia negra para nublarle la mente y enturbiarle el alma para que rasgara con furia los libros con su peineta aquella misma noche y entre aquel amasijo de papeles dejara una nota concisa y foto tuya con un corazón pintado con cacao sobre el tocador.

Todo pasó muy rápido, nada sabías pues enmascaramos los desagradables detalles de su muerte pues de desvelarnos no nos acarrearían sino mayor deshonra. Sobornamos al médico y a la nueva institutriz para que callaran, no resultó difícil. Pero tú merecías saberlo pues una vez saciada tu sed de rabia estoy seguro de que te inundarán los remordimientos y entonces, mujer ingrata, desearás morir. Celine era nuestra pequeña flor de aroma exquisito, lo más puro y dulce de esta gran casa. Y tú ¡nos la has quitado! Me equivoqué contigo, pequeña bruja... Está visto que te infravaloré. Mi sola culpa, creerte una pobre ignorante. Si pretendías vengarte arrancándola de mi lado, Grace, me temo que lo conseguirse. Forjaste un plan ambicioso, sutil y tan brillante como atroz.

La quería lo mejor que sé querer y tú te la llevaste. Mi más fría y sincera enhorabuena.

Con mis peores deseos,

Claude.

Lo sé, quizás no es el mejor momento para remover el corazón de un ángel caído. Grace está hundida y esta carta no hará sino resquebrajar para siempre su pequeño yo pero es que no lo hago por ella sino por mí, no puedo esperar, deseo que esté al corriente de mi desgracia que, por extensión, también es la suya. Pues donde vaya Grace, irá Kouassi y yo estaré con ambas. Solo con Grace conseguí ser feliz, ellas son la única familia que quiero.

Tras mi fatal desenlace me vi privada de chocolate caliente para los restos y lo acepto pero ¡no cederé más! Ni un ápice. De saber que me condenaba a la oscuridad, no habría obrado como lo hice... Estoy muy sola y Grace es mi única luz, el resto no más que tinieblas. No renunciaré a ella, perderla otra vez sería como quitarme la vida y juro que no volveré a pasar por eso. No me

privaré de ella ni de su voz prodigiosa, necesito sus cuentos. Y es que cuando lee, brotan de su boca un millar de sensaciones que siento como propias y me transporta a un montón de vidas de ensueño que en mi condición me han sido vedadas... Por eso ha de saber que morí, cierto, pero sigo aquí. ¡No me he ido! Para que me sienta cerca, me tenga presente. Vuelva a cepillarme la melena como solía cada noche y recite mil historias solo para mí.

“Vamos, chiquilla, devora la carta ¡antes de que te interrumpan!”, le insto con la mente aunque sin demasiada convicción, consciente de que entre nosotras no hay telepatía o sabría ya de mi presencia. El tiempo apremia, Matt vendrá enseguida, fue a buscar al burdel la maleta de Grace para atenuar su desconcertante despertar ofreciéndole su propia ropa. Y conforme entre el músico en la buhardilla, acaparará su atención y la carta y yo pasaremos a segundo plano. Saludará sonriendo, como si tal cosa y le entregará a Grace de nuevo al alba un guante desparejado... ¿Recuerdas? Se trata de un déjà vu. Así es, eso ya pasó y fue un momento mágico. Algo así como una broma del destino que la reconfortará en lo más profundo. ¿Una señal? Posiblemente. Solo sé que colmará sus pensamientos, con una amplia sonrisa iluminará su rostro.

Desayunarán un pan de ayer, auguro. Se darán aliento el uno al otro, respirarán el mismo son. Al menos en las novelas románticas es así como pasa, ¿no?

Dos bucaneros en alta mar... Aaaay.

"Eso es lo que les pasa a los caballeros de fortuna. Viven una vida dura, y con riesgo de que les cuelguen; pero comen y beben como gallos de pelea, y cuando terminan un crucero, qué, cientos de libras, en vez de cientos de peniques, en los bolsillos. Después, la mayor parte se les va en ron y en francachelas, y a la mar otra vez, con sólo la camisa."

R.L.Stevenson.

Dos náufragos sin rumbo mecidos por el mismo mar incierto... Suspiro.

"Me empeñé en construir esta canoa como el más estúpido de los hombres, como si hubiese perdido totalmente la razón Me agradaba el proyecto y no me preocupaba en lo más mínimo si no era capaz de realizarlo. No es que la idea de botar la canoa no me asaltara con frecuencia sino que respondía a mis preguntas con la siguiente insensatez: «Primero ocupémonos de hacerla que, con toda seguridad, encontraré la forma de transportarla cuando esté terminada.".

Robison Crusoe.

Nunca tuve los besos de un hombre, no noté en el paladar el sabor de la sal ni el quemazón de la nieve en las manos... Mi legendaria aventura terminó antes de empezar y ya no sabré lo que se siente sino por los libros. Por eso observo a la pareja, extasiada, me recreo en el olor de su piel, en el vigor de sus

gestos. Esos dos cuerpos hermosos y su cercanía es lo más parecido a vivir por mí misma que experimentaré jamás.

Dos seres errantes, eso es lo que son, sin apego a nada y es que la vida no les ha tratado demasiado bien a ninguno de los dos, no esperan gran cosa del nuevo día… Hoy por hoy, todo les asusta. ¿Y por qué atormentarse con el mañana? Si aún está tan lejos... No tienen prisa por recuperar sus vidas. Me doy perfecta cuenta de que están bien juntos y no me gusta la idea. Matt y Grace, Grace y Matt... Y entonces, ¿yo? ¿Qué pasa conmigo? Tal vez debería prescindir de Matt, claro que me encanta que me canten casi tanto como que me lean y mientras entone melodías cada mañana mientras se afeita no pondré reparos a esta relación. Al menos, de momento. Les concedo una tregua con fecha de caducidad pues si ella osara leer en voz alta para él… Ah, no y mil veces No. ¡No lo permitiré! Entonces y solo entonces me vería obligada a actuar y me temo que seré implacable.

Vaya, no contaba con esto: el crujir del pan me da grima. Mmmm, creo que les dejaré un rato a solas pero que no se acostumbren a menos que deseen ponerme a prueba...

... Miro al bello Matt y, con tono lastimero, concluyo:

¿No sería una auténtica lástima que una cantinela tan deliciosa concluyera abruptamente?

Capítulo 15. Sax & Sex

El día pasa volando entre pitillo y pitillo, Matt fuma mucho y así es como mata el hambre. De hecho, en un armarito que hace las veces de despensa Grace no encuentra más que tres patatas y un cuenco de arroz. La muchacha se viste y dispuesta a salir, se despide de Matt con la excusa de dar un paseo. Desea ser útil, cocinar para él y así devolverle el favor. Además, algo le dice que Matt no es el que era y eso le inspira ternura. Y no va desencaminada pues desde que el músico abandonara el barco se le ha torcido la vida, lo dejó todo por un sueño que no era sino un deseo inalcanzable.

Ansía empaparse del Viejo Nueva Orleans y sentir el latido de sus nuevos ritmos en primera persona, tamaña ironía. La música bulle en el corazón del barrio francés con una identidad y fuerza sin precedentes, si bien él no es bienvenido. En la ribera del río Mississippi la vanguardia musical es cosa de negros y hay clubes que le están vedados. En sus fachadas de madera policroma se solapan los colores con dos tipos de pintadas: "In Blues we trust" luce sobre el dintel del portalón, toda una revolución musical. Mientras debajo del ventanuco se lee otro mensaje inequívoco: "Whiteys, stay in bed", toda una declaración de intenciones. Y es que con el rencor y la distancia, crecen las diferencias: música cajún y odio, dos caras de la misma moneda.

Grace le observa en plena despedida, le encuentra demacrado y más apocado que la última vez, entonces rebosaba confianza. Le pesan los hombros y arrastra unas ojeras que le llegan hasta el suelo. Pero Grace ignora la gravedad del asunto: No sabe que desde hace unas catorce horas sufre palpitaciones, se trastabilla con las palabras y le arde una oreja... Está asustado, ni más ni menos. No tiene ni idea de cómo tratar a su invitada y teme resultarle distante, grosero, demasiado solícito o incluso condescendiente. Pero hay algo más, siente un temor atroz: "Cómo podré protegerla, ¡si apenas soy capaz de cuidar de mí mismo!". Le defraudará como antes ocurrió con su madre, su novia Remy y todas las mujeres que ha conocido. Fracasará en otra relación y la sola idea le atormenta.

¿Volverás? pregunta temeroso.

Pues claro, ¿dónde estaría mejor? confirma Grace simulando seguridad.

La joven baja tres tramos de escaleras, cruza el umbral y toma la esquina al otro lado del ventanuco. A veces Grace acompañaba a Úrsula de niña a comprar telas coloridas para el Mardi Grass por esas calles, recuerda que hay un colmado en la calle Bourbon donde según Raimond fían a los negros. Le separan solo dos manzanas, llega enseguida. Simultáneamente, Matt devora un diario viejo en busca de ofertas de trabajo. Obrero en la fábrica de cervezas, aprendiz de carpintero... Con lo delgado que está, sería un buen deshollinador. Lástima que le horrorizan las alturas.

Lafitte's Blacksmith es como las tabernas de Barbados, de una sola planta y con la fachada de ladrillos. Se trata de un establecimiento modesto destinado a una clientela sin pretensiones. Delante está el mostrador con la mercancía: comida preparada, periódicos, latas, concentrados y lotería. Mas al otro lado de una puerta entreabierta, se respira otro ambiente. Una sala de atrás con un puñado de mesas esparcidas donde se sirve brebaje. "Vamos, de un trago", se escucha tras el umbral. Varios hombres de color hablan de sus cosas: los estibadores del puerto, los barcos atracados en el muelle, quien ha muerto en el barrio y en qué circunstancias. Ajos, setas, plátanos, jengibre, muslos de pollo... Grace coge cuatro bártulos y los mete en una cesta, a partir de entonces hace que mira el producto a modo de excusa. Necesita escuchar, ponerse al día de lo que pasa a pie de calle. Se concentra, disimuladamente pega el oído... Al fin y al cabo, se trata de su gente. Si tiene que elegir entre dos mundos, está dispuesta. Quizás ni siquiera tenga elección. A lo mejor siempre perteneció aquí y este es su sitio. En tal caso, más vale que se quite la venda de los ojos, ¡y cuánto antes! Llevaría engañándose demasiado tiempo.

Están ahí, puede olerlos. No los ve directamente pero intuye, a cada paso, todo lo que se cuece ahí dentro. En una mesa juegan a la baraja francesa cuatro hombres, quizás cinco. Una nube de humo, ron Cavalier y licor de murta, una montaña de centavos en el medio y en los bordes, varios puñados de dedos que se mueven indecisos y repiquetean. En la mesa contigua se reparten ganancias, han debido de apostar al béisbol o a los caballos y parece que al menos uno de los apostantes ha salido bien parado. De súbito se produce un golpe seco seguido de un gran silencio, se trata de puño estrellado contra la mesa. Es que durante la partida a cartas alguien ha hecho trampas, posiblemente el del rincón y ahora dos jugadores se yerguen y le amenazan con liarse a mamporros. El rastrero tira la silla, intenta abrirse paso hasta la salida pero le alcanzan, no marchará de rositas. Si bien el grupo de al lado permanece ajeno a la bronca no despertando la menor expectación. Siguen de buen humor, no parece que decaiga la fiesta:

Celebrémoslo esta noche sentencia el bajito.

¿Invitas tú? sugiere el más mayor.

¡No se gana una pequeña fortuna todos los días! espeta un gordo al fondo ultimando la encerrona.

De acuerdo, esta noche en The House of Blues y el alcohol corre de mi cuenta los demás cruzan miradas cómplices. Pero Freddy, tú te encargas de las chicas, ¿eh? No me falles de un rápido vistazo, le lanza al tal Freddy un dardo que le atraviesa. Ya sabes cómo me gustan, bien rellenitas. Hermosotas como tu hermana Gertrude... Eso, tráetela. ¡Dile que se venga!

Y la taberna entera estalla en carcajadas mientras a Freddy le hierve la sangre.

Grace vuelve al altillo, prepara riz djon djon con pollo criollo siguiendo la receta haitiana de Mamon. Matt se aproxima incrédulo tras el aroma a trópico

hasta la cazuela. Se sienta y come atropelladamente, no ha probado bocado desde ayer tarde y, ya puestos, jamás tomó nada parecido en toda su vida.

Pero Grace, si esto está ¡riquísimo! mastica atropelladamente, será porque lleva a pan y vino desde hace tres semanas.

Ella se limita a encogerse de hombros y Matt sonríe, es como un niño grande. Cómo contarle que a cambio le ha dejado a Laffite un medallón en prenda. Que tendrá que pagar el jueves, de lo contrario se lo quedará a cuenta. Y créeme, no empeña a lo loco. Lo recuperará, dalo por hecho. Tiene pensado pasarse por el ultramarinos, por si necesitan una recadera pero eso será mañana porque esta misma noche...

Matt, ahora que has comido bien y te veo más repuesto, lávate y ponte guapo.

¿Qué quieres de mí, preciosa? Grace se ha pintado los labios de carmín intenso y lleva sombreados los ojos.

Iremos a The House of Blues y con estos dedos tan suaves que nunca han sujetado una brocha tocarás para mí Matt toma su cara entre las manos, la besaría pero le falta aplomo.

No podremos entrar, es un local de negros para negros.

A menos que aparezcas acompañado de una joven negra vestida de encajes pone los brazos en jarras y se contonea.

Quién... ¿Tú? Matt está perplejo, la mira sin disimulo y no termina de entender...

Insisto, ponte tu mejor traje por dentro se tambalea como un flan, por fuera se contonea con su falda de volantes.

A las once de la noche, están aguardan frente el antro más oscuro de esta linde del río. Grace le cuchichea algo al portero que se hace a un lado para que pase la parejita. Matt la interroga con la mirada y ella se justifica sin entrar en detalles: "Somos viejos amigos".

Grace y Big Fox no son dos extraños. Se conocen, al menos de pasada. Aún se ruboriza al recordar un domingo en el que niños, él se le acercó dando saltos tontos y sin más le levantó la falda al salir de la iglesia, entonces ella le increpó echa una furia: "¡canguro australis!" y el muchacho de color le sacó la lengua. Entonces la niña envenenada por su impotencia, reaccionó espetando otro singular insulto más propio de la cocina de Darwin que de una comunidad a la salida de la iglesia: "¡Canga saltarinus!" y el aludido se partió de risa. Por lo visto, no dominaba el latín. Si bien, ya sabía mucho de faldas para entonces.

Ya en el interior del local, Grace se crece. Cierto, jamás ha estado en aquel lugar y aun así se encuentra cómoda, se mueve por instinto. Avanzan hasta la

barra a trompicones pues su acompañante se muestra reacio. Teme que le arrinconen contra la pared de un momento a otro. Entonces ella se cuelga de su brazo dejando claro a todos los presentes: "este hombre viene conmigo" y Matt, halagado, deja de temblar aunque aún se sienta tan fuera de lugar como un intruso.

De un simple vistazo Grace distingue a Leroy con su chaleco a cuadros apostado al otro lado de la barra, es uno de los dieciocho sobrinos de Úrsula y a la sazón, un barman adorable que maneja las botellas de Bourbon y Absenta como si hiciera juegos malabares.

Mademoiselle Grace, ¿cómo usted por aquí? No debería... el muchacho intenta prevenirla.

Buenas noches, Leroy, me gusta su chaleco la advertencia llega demasiado tarde. La damita pide un agua con gas, licor de granada y le entrega, entre acrobacia y acrobacia, una nota para Denzel, el saxofonista. A lo que Leroy reacciona como cabía esperar.

Imposible. No podría seguirles, Grace. No se ha criado en Congo Square... ¡Eso se lleva en la sangre! el barman es claro y conciso, no alude directamente al problema de raza pero se sobreentiende. Es inútil, le abuchearán y lo sabes.

Venga, Leroy, confía en mí. A ver, ¿cuándo te he fallado? Grace contrataca desesperada, chantajeándole con las fábulas de Perrault que le leía junto al pozo imitando las voces de todos los animales.

Veré qué puedo hacer... Leroy, henchido de orgullo, le guiña un ojo para luego escabullirse detrás de una cortina.

Es entonces que Buddy Bolden se chupa los labios y agarra con cariño la corneta, desgarrando las primeras notas.... No está solo, de inmediato comienza un diálogo de acordes con el clarinetista Morty Watts uniéndoseles al poco un Kid Ory espléndido con su trombón que aporta los tonos graves. Al poco, les acompaña Denzel que se retuerce de atrás a delante inclinando el saxo en una silueta prodigiosa e invita con un gesto a un pianista blanco para que arranque con un compás a cuatro con swing ante la mirada atónita de un público de color que duda si tolerar semejante ultraje... Pero la música fluye deliciosamente.

El blanquito se defiende comenta Freddy a una espléndida Venus sentada sobre sus piernas en una pose imposible.

Terminan la pieza y Denzel se despide del pianista con un apretón de manos.

No te lo vas a creer, Grace... ¡Denzel quiere que vuelva! ante lo que Grace finge sorpresa mientras por dentro el corazón le estalla de alegría con una sensación tan intensa que se siente rejuvenecer. De hecho, nota esa vitalidad bulléndole por las entrañas. Inesperadamente tiene ganas de conversar, escuchar, compartir... De repente cae en la cuenta de que aún no le ha

contado nada a Matt de como se le ha torcido la vida y se sincera con tu anfitrión para luego brindarse a escuchar otra historia de soledad pareja a la suya donde, por suerte, solo mueren estrujadas contra un paragüero las partituras de un músico sin ideas propias.

Pero esa noche en el club, Matt se ha reencontrado con un ritmo auténtico, nunca antes una melodía le había llamado así. Y el piano no puede más que acompañarle, renaciendo así un músico merced a su musa y al poco se forjará un sitio en el templo del blues. Debió de ser una actuación memorable. Entraría en detalles si pudiera, pero no estuve presente en su actuación, todo lo que describo de tan magnífica velada, lo sé de oídas pero no me invento nada, lo deduzco de la amena charla que mantienen los tortolitos de vuelta a la habitación. Diría que se entienden de veras... Juntos son mejores personas, parecen recuperar esa luz prodigiosa que olvidaron por descuido. El dónde, nos es indiferente.

Grace tomó medidas discretas para asegurarse de que no les acompañara colocando a Kouassi con suma delicadeza dentro de un cajón y acto seguido echó la llave. Nada drástico, pero sí lo suficientemente efectivo como para neutralizarme, de momento. Nos teme, lo noto. Kouassi la mira raro, veo a través de sus ojos. Y con tantas idas y venidas inexplicables... De algún modo ha intuido que existe conexión entre nosotras y ya no se fía de ninguna de las dos. Y me duele porque yo la considero mi amiga y, en cambio, para ella no soy más que un estorbo. La veo venir, por de pronto se muestra cauta pero barrunta algo. Tras saber de mí, pensé que trataría de comunicarse conmigo mediante una sesión de espiritismo, mentalismo, telequinesia... ¡Qué sé yo! De cualquier forma valdría porque me hallo expectante, pero no ha movido ni un dedo para contactar conmigo, sospecho que no está por la labor. Le he mostrado mis cartas y no reacciona... Comienzo a enojarme, menuda decepción. Menos mal que a la par y a causa de su desdén, se abre ante mí un abanico de nuevas posibilidades: Imagino mi potencial, me planteo de qué seré capaz y fantaseo de modo que mi niñera me deja sola, igual me da por hacer travesuras. ¿Acaso no es lo que hacen las niñas? Natural, son cosas de la edad. Claro que mi color favorito ya no es precisamente el rosa ni mi flor la margarita como cabría esperar de un angelito como yo. Y hay un detalle más... Ya no me rio por cualquier cosa: mi sentido del humor ha evolucionado últimamente de la miel a la hiel, quizás, por falta de chocolate. Y ya solo me hacen gracia los torpes gemidos, con ellos sí que me río a carcajadas.

He de estar preparada, observar desde mi posición en busca de una señal y una vez la identifique, anticiparme a su respuesta. Si planea deshacerse de mí, se tomará su tiempo. Puede llegar a ser fría y paciente como un caimán, promete ser un duelo letal entre dos criaturas del pantano. Claro que todavía puede que me acepte como su eterna pupila y lleguemos a entendernos. Aunque mantengo la esperanza, aún la siento en mis huesos. Por mi parte, no dejaré de tenderle los brazos y quién sabe... Tal vez recapacite y vuelva a mí, todavía no se ha decidido. Quiero pensar que solo se demora ante tan difícil decisión lo que tendría mucho sentido pues ella no es tampoco de las que se precipitan y nunca actuaría a la ligera. Al menos, así es como la veía yo hasta hoy...

Pues de vuelta al desván, Matt la besa y Grace se derrite ahí mismo. De

inmediato, a nuestra bella le brillan desmesuradamente los ojos como si despertara de una larga ensoñación. Se quita las horquillas del moño, muy despacio se desabotona la blusa y con el busto descubierto se estremece contra el pecho de él. Mátt la contempla azorado: "¿Estás segura?". Ella se muerde los labios y musita: "Será mi primera vez". Entonces el joven le aparta un rizo rebelde del pómulo izquierdo y le besa la nuca. "No te haré daño", le promete y así es como sellan un pacto tácito de mutuo respeto que no es concluyente pues hace rato que ella ya ha decidido.

Y es en la intimidad que se entrelazan dos pieles en un ballet de sombras y se enmarañan esos cuerpos conspirando en la oscuridad cual dramáticos personajes de un tango porteño. Respiran al unísono en un abrazo café con leche hasta que sus latidos se disparan, salvajes, bajo la misma luna y una pareja de lobos solitarios estalla en aullidos. Cómplices de la noche, nada importa más allá de esas cuatro paredes. El calor de los amantes colapsa mi aura, siento que me seco como una esponja. Me apoco y cierro los ojos, no seré yo quien rompa el hechizo...

Por un instante sagrado, solo existen ellos dos. Y hasta el mismo aire les pertenece.

Capítulo 16. Marionnettes

En el pequeño desván los días luminosos se suceden, seguidos de cerca por sus noches estrelladas. Los tortolitos apenas salen de casa, él compone y ella le cuida; continúan reconociéndose el uno en el otro y así logran recobrarse de sus heridas. ¿Y yo? Pues me limito a observar sus gestos, escuchar sus voces, leer entre líneas. Me recreo en sus gráciles movimientos y ello me colma. Cada mañana sube el telón y les dejo hacer; "Matt y Grace" es mi obra de teatro favorita.

Mantengo la tregua, no tengo prisa. Si presiono a Grace la perderé, así que aguardo a que se decida. Dejo que se confíe pues guardo un as en la manga. A día de hoy juego con ventaja... Y es que ya soy libre de nuevo sólo que ella aún no lo sabe. Matt abrió el baúl donde descansaba Kouassi sin echar después el pestillo y eso lo cambió todo, ahora puedo valerme de la muñeca para ir y venir y hasta tomar decisiones más drásticas. Una canción de cuna y Kouassi se convierte en mi títere. Controlo su cuerpo, hará cuánto yo le diga.

Hoy Grace lleva un vestido rojo de Rossie que acentúa sus curvas y la reconcilia con su piel. Se recoge el pelo hacia delante con unos mechones ensortijados a la altura de la frente como hacen las chicas de color, se mira al espejo y ve a su hermana. "No somos tan distintas, Rossie. En una tira cómica con sus infinitos tonos de gris seríamos dos gotas de agua".

Matt avanza hasta ella y le deposita un beso en la nuca.

Pareces la mismísima Bessie Smith, Grace, eres su viva imagen.

¿Quién es? No vive por aquí.

Te hablo de la gran diva del soul, te la presento ahora mismo a lo que sigue un guiño. Eso sí, saltándonos los protocolos.

El joven se sienta al piano y comienza a tocar "Any Woman's Blues", el éxito del momento. Una canción que Grace ya ha escuchado tararear a SidonieGabrielle mientras amasaba el pan en la cocina de la Maison Lemaillot.

My man ain't acting right, he stays out late at night

And still he says he loves no one but me

But if I find that gal, that tries to steal my pal

I'll get her told, just you wait and see

I feel blue, I don't know what to do

Se sabe la letra. Bueno, al menos el estribillo. Por lo que no duda en sumarse a Matt haciendo de Bessie, Matt le arrima la partitura y el resultado suena divino. Él la contempla extasiado al tiempo que la acompaña en acordes sin interrumpirla. Desea que no termine la canción, la escucharía para siempre. Pues hay algo en su soul mestizo que le hechiza como el canto de una sirena. Y lo mejor es que ella no es consciente del tremendo poder que ejerce sobre todos nosotros.

Every woman in my fix

is bound to feel blue too, 'cause

I love my man better than I love myself

Lord, I love my man better than I love myself

And if he don't have me, he won't have nobody else.

Es entonces que retengo la letra en mi memoria y descubro que detrás de esos acordes se esconde el drama de una mujer locamente enamorada de un tipejo sin escrúpulos que la abandona noche tras noche. De repente me consume la ira. "I feel blue, I don't know what to do", prosigue la canción, y yo también me lo pregunto. Grace le está cantando una triste historia a su hombre olvidándose de mí. "Lord, I love my Grace better than i love myself", así es justo como me siento.

My man's got teeth like a lighthouse on the sea

My man's got teeth like a lighthouse on the sea

And ev'rytime he smiles he throws them lights on me.

His voice sounds like chimes, I mean the organ kind

His voice sounds like chimes, I mean the organ kind

And ev'rytime he speaks his music ease my troubling mind

Pienso en Bessie con la voz desgarrada, pegada a un vaso de absenta. Experimento su mismo dolor. Siento pena de mi misma, me veo tan desamparada como la chica de la canción. Abro el cofre con el regusto con el que abriría la mismísima Caja de Pandora y entono la canción de cuna que es enmascarada por el soul de Grace y apenas se escucha.

Ainsi font, font, font

Les petites marionnettes,

Ainsi font, font, font

Trois p'tits tours et puis s'en vont.

Les mains aux côtés,

Sautez, sautez marionnettes,

Les mains aux côtés

Marionnettes recommencez.

Kouassi cobra vida, abre los ojos, veo mis pupilas en las suyas. La cabecita blanca sonríe mientras la su carita negra llora; pero la ignoro, desdeño su molesto llanto tapándola con la falda a cuadros. Y en un arrebato de celos la estrello contra el piano. El instrumento cesa a la vez que se me escapa una carcajada aguda y grotesca.

Tendría que haberlo dejado ahí pero las ansias de protagonismo me pueden. Necesito hacerme de notar, ¡para ser uno de ellos!, y que no me ignoren nunca más. Vuelvo a cantar y, al instante, Kouassi es de nuevo mi esclava.

Elles reviendront

Les petites marionnettes

Elles reviendront

Quand les autres partiront

Et elles danseront

Les petites marionnettes,

Et elles danseront

Quant les enfants dormiront.

Ahora salta de tecla en tecla pues deseo caerles bien, recordarle a Grace lo bien que lo pasábamos juntas... Pero mi broma no causa el efecto deseado y Matt se pone en pie de golpe volcando el taburete. Mira a Grace expectante, no entiende lo que está pasando. En cambio, ella lo sabe muy bien. Con una sangre fría desconocida, negra y densa como la de los primeros esclavos, atraviesa con la mirada a la muñeca saltarina y le espeta: "Tu momento pasó, Celine. No insistas".

¿Me estás echando de tu vida, Grace? Mira que si me rechazas, haré de tu vida un infierno... Mi amenaza está en el aire pero ella no la escucha, ¡cómo podría! Hago que Kouassi la ronde, la huela, la acaricie... Grace no se mueve, parece conforme y rebrota mi esperanza. ¿Y si aún no la he perdido? Sin tan sólo lograra atraerla hacia a mi yo despejaría sus dudas. Ahora lo veo, sé lo que debo hacer. En cuanto me deshaga de Matt ya nada se interpondrá entre nosotras.

Ahora es Grace quien toma a Kouassi en sus brazos con extrema delicadeza y la acuna como haría con un bebé. "Celine, eras una niña preciosa". Se dirige a mí y sus palabras me halagan. Siento reparada nuestra complicidad, la noto cada vez más cerca. "Algún día tendré mis propios hijos que no serán ni blancos ni negros", susurra Grace. ¿A qué viene eso? Su comentario me desconcierta, no sé lo que pretende. "Y la niña se llamará Celine en tu honor, por los viejos tiempos". Pero, ¿qué clase de regalo es ese? Un homenaje estúpido que no me interesa y lejos de agradarme me enfurece. No quiero que me sustituyas por otra, no. ¡No lo permitiré! "Porque fuiste una niña adorable...". Kouassi se revuelve entre sus brazos en pleno ataque, parece poseída, si bien Grace la retiene y consigue amordazarla con un pañuelo. La mete en una bolsa de mano y, apretándolo contra su costado, se despide de Matt y enfila el rellano.

Volveré, te lo prometo añade, ya en el escalera.

No salgas sola, Grace. Espérame, que voy contigo.

A mi lado no estás a salvo, Matt. Mi maldición se llama Celine y te odia a muerte.

Bajamos juntas, sin Matt. Mira por donde, no jugué tan mal mis cartas. Me sobraba ese tío patético y le hemos pegado esquinazo. Así me gusta, Grace. Olvídate de Matt, no te conviene. No es más que blanco pobretón que no tiene donde caerse muerto. Despierta, mujer, ¡qué fue de tus expectativas! ¿Te conformas con un mamarracho del montón? Qué bajo has caído. Menos mal que me tienes a mí, Grace, yo te haré entrar en razón.

Grace se dirige al centro a paso ligero y observo que vamos directamente a la oficina de telégrafos. Escribe un mismo texto para dos telegramas, uno dirigido a Úrsula y el otro para Rossie. Sendos mensajes son escuetos, imprecisos, un código ininteligible para los no iniciados como es tu caso y el mío.

Pero es inútil porque, una vez transcrito, aún me resulta indescifrable. Sólo

contiene estas seis palabras:

SEIS MANOS. MAÑANA. EN EL CEMENTERIO.

"... endiabladamente adorable”, matiza, sin acritud. Y yo dudo, no comprendo, pues no distingo en su deje liviano ni un atisbo del antiguo apego.

Capítulo 17. Lo inusual de un torbellino

Eloïse da permiso a Grace para ausentarse del ultramarinos, si viene Rossie de Atlanta merece un buen recibimiento. Seguían siendo amigas cuando marchó tan de repente y aunque ambas mantuvieron contacto por carta ella nunca le pidió explicaciones. Observa como Grace se quita el delantal y coge el paraguas. "Claro, llovió anoche", reflexiona, pero por la ribera comienza a clarear... "Qué raro, no es propio de ella ser tan precavida". Eloïse está en su salsa, tiene madera de detective. "Si piensa cargar con él toda la mañana es porque han quedado a la intemperie en algún lugar de lo más desabrido... ¿Irá a buscarla a la estación? ¿Se habrán citado en los muelles? Descartada queda la feria y, aunque el Mardi Grass está al caer, ni el carrusel ni el laberinto están aún en funcionamiento". Lo que le lleva a un callejón sin salida. Desconocedora de las terribles circunstancias, ¡cómo imaginar una cita tan siniestra! Y créeme, es mejor así. Pues, de saberlo, aflorarían las sombras de Grace y la tendera se afanaría en formular una cadena sin fin de preguntas incómodas que además de parecerle inverosímiles la pondrían en peligro. Pero Eloïse es chica sencilla y con su carácter bonachón y desenfadado decide dejarlo estar y buscarse otro entretenimiento. Probará todas las gomas de mascar en busca del globo más grande y mientras le dará por fantasear, inventar escenas felices y es que en su acaramelado folletín, Rossie y Grace son uña y carne y por eso recrea en su mente un reencuentro en tules acunado por violines bajo una lluvia de margaritas... Qué imaginación tan prodigiosa, toda una joya del cinemascope.

Si bien, la realidad transcurre de un modo bien distinto. Cuando llega Grace frente a la verja del cementerio de Saint Louis el suelo es un barrizal y los ataúdes de las zonas bajas asoman sinuosos en mitad del fango. La joven se asoma por encima del muro y lo que ve le resulta esperpéntico. Camina torpemente con el corazón en un puño y no es solo por los muertos flotantes, ha recibido esta mañana una extraña misiva con un relato japonés muy refinado con alusiones eróticas. Delicado como la seda que cae sobre la piel de una mujer, exquisito como rozar un pie con un fino paño sobre el tatami... Tan sublime que le estremece. Lo lee y se reconoce, es como si le hubiera pasado. Hasta que cae en la cuenta: el título esconde una obsesión que le resulta extrañamente familiar y relee el fragmento que le ha dedicado un amante no tan secreto...

Los pies de Fumiko

"Confieso que no puedo evitar sentir una enorme exaltación al ver unos pies femeninos hermosos y experimentar una especie de veneración mística, como si fueran los de una divinidad. Esta rara inclinación ha estado latente en mi pecho desde la infancia. Como consideraba que tan singular afición era enfermiza, intentaba esconderla como si fuera una abominación".

Junichiro Tamizaki

(Tokyo, 1886 Yugawara, 1965)

...Y siente pavor, pues Claude se deleitaba mirándole los pies en el cenador de Charleston y es buen conocedor de la cultura nipona. Se trata de él, seguro que sí. Una vez hasta le pidió que se desprendiera del botín y le dejara tocar sus dedos. Lo peor es que Claude está cerca y la sigue acosando. Además, sabe dónde vive. De modo que aunque consiga desembarazarse de Celine, habrá de permanecer lejos de la buhardilla o aquel loco de atar dará inevitablemente con ella y retomará sus desvaríos. “Claude, me alejas de él. Has ganado”. No volverá allí nunca más, está decidido. Así pues Matt es historia y solo de pensarlo... Se le encoge el corazón.

Flaquea, tiene la mirada vidriosa. Le fallan las piernas y en un falaz intento por contener las lágrimas tiene que apoyarse por un instante en el muro. Por suerte, la espera Úrsula frente a la puerta enrejada, muy seria, provista de un enorme bolso de mano. Su aspecto es grave y sobrio y la saca del ensimismamiento. Para Úrsula constituye un acto de fe pisar suelo sagrado.

Ay, niña. ¡Vas y me citas en el camposanto! la abraza. Espero que tengas un buen motivo y no turbemos la paz de Los Invisibles a la ligera.

Hay una buena razón, Mamon, no he actuado a la ligera Grace habla muy en serio, desea convencer a la viejita.

Se rumorean tantas cosas, Grace. Que si eres una asesina, que si frecuentas bares de mala nota... Vamos a ver, ¿en qué lío te has metido?

No son más que habladurías, Mamon. ¿De veras crees eso de mí? Grace está dolida, tenía la esperanza de que Mamon haría caso omiso a los cotilleos.

No creí una palabra, Grazie la mira fijamente, sus pupilas son un lago de amor. Dime qué te aflige y yo te sacaré del apuro.

Lo cierto es que me ronda un espíritu tenaz, está cegado y no atiende a razones su tono es compungido, cercano a la desesperación.

Mmmm... ¡Y fíjate que no me sorprende! A raíz del telegrama, es justo lo que me temía. ¿Qué quiere de ti? Los espíritus siempre quieren algo la anciana gesticula, está hecha un manojo de nervios.

Es el fantasma de Celine, la niña que cuidé en Charleston. Me pide que viva por y para ella, exige toda mi atención. Pero está muerta ¿entiendes? Y ahora pretende hacer de mí su esclava. Se siente tan sola... ¡Pero no puede obligarme!

Ah, no. Nunca más llevaremos grilletes, ni reales ni invisibles. Esa niña blanca renunciará a ti. Lo hará por las buenas o por las malas. Traigo todo lo necesario "para persuadirla" le tiritan los dedos y aun así rebusca en el bolso.

Entretanto aparece Rossie, lleva las botas embarradas y su carita de ángel negro sugestiona. Está tremendamente flaca y pálida como un espectro.

Rossie. ¿eres tú? gime Úrsula temblorosa. Mírate, ¿qué te ha pasado?

Estoy bien, Mamon. ¡Cuántas ganas tenía de verte! Rossie se arroja a sus brazos llorando y las manos correosas de Úrsula palman una cadena de costillas.

Te has descuidado, Rossie. Te fuiste lozana y vuelves tan poquita cosa... el tono de la viejita intenta resultar desenfadado, si bien sus ojos denotan preocupación. Pero lo arreglo yo en un pispás, un vinito dulce con rosquillas anisette de Mamon y ya verás. ¡Cómo nueva!

He estado muy atareada, eso es todo sonríe sin fuerzas. Pero solo con estar de vuelta ya me siento muchísimo mejor.

Es esa maldita fábrica, te está consumiendo y acabará contigo. ¡Maldito humo! Grace no se anda con rodeos, está enojada. Si bien Rossie ha acudido a su reclamo, también deliberadamente la ignora. Actúa como si no la viera. Es más, no se ha molestado ni en besarla.

Recuerda que la última vez que coincidieron, Grace tropezó en el puente y un apuesto criollo la ayudó a incorporarse. Con la aparatosa caída se le desprendió el sombrero que se fue rodando calle abajo y Rossie corrió tras él hasta las vías del tranvía. Para cuando volvió triunfante frente a la bella pareja, Grace mantuvo las distancias tildándola de simple acompañante. No solo no la presentó sino que cuando el caballero en cuestión se ofreció a acompañarla a casa de su brazo, se deshizo de ella con muy malos modos: “Rossie, puedes irte. Y da orden de que me preparen un baño, estoy tan magullada...". Lo que para Grace solo era un juego, para Rossie fue una tremenda bofetada. Confiaba en que el tiempo cerrara la herida... Aunque por lo visto, su hermana aún no ha olvidado.

Ante semejante humillación, Rossie solo se atrevió a apuntar: "Descuide, señorita. Y en cuanto llegue a casa daré una pátina de betún a sus zapatos", aceptando con una punzada de dolor su nuevo rol en la colorida Louisiana. Aquella tarde Rossie esquivó a Grace cuanto pudo, hasta intentó zafarse de la cena alegando una fingida jaqueca, pero Madeleine la reclamó y tuvo que bajar al comedor, acicalarse y ocupar su sitio. La velada transcurrió entre desdén y sinsabores; aquella cena fue del todo inusual en la Maison Lemaillot. Al contrario que en otras tardes, no fluyó la amena charla, se sirvió el consomé y las hermanas aún no se habían dirigido la palabra. Lo que a su prima, normalmente eclipsada y dejada a un lado, le pareció sumamente divertido. Se esforzó por romper el hielo, obligó a las otras dos comensales a mantener el tono cordial y afable que exige la etiqueta y hasta propuso un brindis nada convencional para levantar ampollas: "Por las damas de la

familia". Rossie no pudo más y se ausentó. Madeleine había metido el dedo en la llaga. Y a la mañana siguiente se marchó sin avisar a Raimond. Habida cuenta de la situación, cargaría con su propio equipaje.

Pero Rossie había venido dispuesta a ayudar a Grace, había dejado la fábrica por acudir en su auxilio arriesgándose a perder su puesto. Quizás hasta había leído sus cartas, esas cartas sin respuesta. Por lo que aún albergaba esperanzas. Se preguntaba por sus sentimientos... "¿Siente rabia contra el mundo? ¿O resentimiento contra mí?" Posiblemente, ambas cosas. Entonces salta hacia su hermana y le arranca de cuajo el sombrero.

La señorita no se hace cargo Rossie la trata con sorna de usted imitando el deje de las plantaciones. Me costó el salario de tres semanas, es el único que tengo.

Con una mirada fugaz Rossie le reprocha ese vestido à la mode, esos aires de diva, todo lo que le arrebató sólo con hacer memoria, el peldaño inevitable que la piel puso entre ellas. Pero Grace no la escucha pues corre detrás del sombrerito de lana que el viento arrastra todo lo largo de la avenida de mausoleos hasta recabar en un pequeño remolino.

Rossie la sigue gritando, inmersa en un mar de furia. Úrsula intenta calmarla, aligera el paso pero es inútil. La dejan atrás, llegará hasta el recodo a su propio paso.

Esa "maldita fábrica" es todo lo que tengo, Grace. Y no la maldigas pues podrías haber corrido mi misma suerte. ¡Ingrata!

Pero Grace elude la bronca, le tiende el sombrero y se disculpa lo mejor que sabe. No le pedirá perdón, sería demasiado. Antes se atraganta que suplicar, no va con ella.

Descuide, señorita, en casa le cepillaré el pelo que la ventolera le ha enredado para que luzca preciosa esta noche al tiempo que le recoloca un tirabuzón y le dedica una leve reverencia.

Úrsula media. Sabe que Grace ha hecho un denodado esfuerzo, es demasiado orgullosa.

Antes que suplicar, se atragantaría –cómo la conoce. Ya sabes, pedir perdón no va con ella ríe con lástima. Es lo que hay, Rossie, tu hermana no da más de sí. Es lo más parecido a una disculpa que oirás de sus labios, lo tomas o lo dejas.

Grace se queda plantada mirando al suelo a la espera de clemencia, como un niño con babi frente al encerado no se atreve a alzar la vista. Hasta que Rossie, conmovida, la busca con la mirada y le agarra delicadamente la barbilla.

¿Qué intentas decirme, Grace? Rossie da otra vuelta de tuerca, estima que esa pantomima no es suficiente.

Que he cambiado, Rossie Grace toma sus manos y en un guiño a esa niñez compartida plagada de bromas y travesuras intercambia apresuradamente sus respectivos guantes derechos de forma que ahora ambas lucen uno rojo y otro azul.

Rossie permanece seria hasta que no puede contener la risa y mirándose las muñecas observa maravillada como sus dedos comienzan a bailotear juguetones. Choca sus manos con las de Grace e inicia la consabida cantinela que no es otra sino Un jour dans sa cabane. Ha arriesgado mucho, es toda una provocación y Grace lo entiende así. Así es como Rossie invita a su hermana a un juego de manos con el que entrecruzaban las palmas de pequeñas e, inmersas en el juego, recuperan la frescura de sus años mozos, el olor a colonia de lavanda y las sabanas tendidas en el patio rociadas en almidón. Rossie clama venganza, le saca la lengua y con un gesto burlón vuelven a ser las mismas niñas que fueron. Ambas reniegan del presente... El pasado se entremezcla con el futuro.

Un jour dans sa cabane

Un tout petit, petit bonhomme

Jouait de la guitare

Oli, ole, oh banjo.

Un jour dans sa cabane

Un tout petit, petit bonhomme

Mangeait une banane

Oli, ole, oh banjo.

Un jour dans sa cabane

Un tout petit, petit bonhomme

Dormait sur sa paillasse

Oli, ole, oh banjo

Chanson populaire cajun

(pour jouer avec des mains)

Hoy, seis manos, ¿en el cementerio? pregunta risueña Rossie. Entonces, ya está. ¿Sólo se trataba de esto?

De inmediato Grace vuelve a la dura realidad y su rostro se ensombrece. Con un triste ademán, niega que se trate de una sencilla adivinanza urdida en pos de la reconciliación. Quiere decirle que hay algo más, le acecha una sombra tenaz desde las tinieblas pero no sabe por dónde empezar, han pasado demasiadas cosas.

Por supuesto que no, Rossie, nos atañe un asunto muy serio. Estamos en el paraje idóneo y las señales se suceden, sólo hay que prestar atención. ¡Mirad a dónde nos condujo el torbellino! apunta Úrsula en voz baja. Aquí yace la mujer más venerada de todo el recinto sacro.

En efecto, se hallan frente a la tumba de Marie Laveau, la viuda Paris. Los creyentes han dejado a la entrada dibujos cabalísticos, botellas con filtros mágicos y con cuchillos y otros objetos punzantes han raspado multitud de signos X, sobre la piedra. Son marcas de vida y de muerte, ningún ultraje, pura tradición. Su lápida está salpicada de pequeños ramos de flores y brotan aleatoriamente puñados de monedas sobre la losa, algunas oxidadas, que alguien recientemente y otros antes que él lanzaron junto con sus ansias más íntimas por los aires. Su tumba se ha convertido en un altar, en santo sepulcro y cada lunes celebran allí mismo una ceremonia a la que acuden fervorosos practicantes de vudú, magia blanca y otras hechicerías.

Me presento ante Vos, Madame Laveau, como vuestra humilde devota y os pido fortalezcáis mis poderes antes de lidiar con los demonios Úrsula se dirige a aquel cuerpo yacente con un temor y solemnidad en ella desconocidos.

Y vosotras dos. ¡Basta ya de juegos! Mostrad un poco de respeto por Madame Laveau. Os halláis ante una gran mujer peligrosa de habilidades secretas y oscuras. Ella tenía el don de vagar entre ambos mundos...

Que sigan bromeando y enojen a la Reina del Vudú, que en sueños les rendirá cuentas con el mal genio que tiene. Las noches son sus dominios, es al caer el sol que trata con demonios cuando toma partido entre el bien y el mal... Y aún está por ver de qué lado está, si del de esas mosquitas muertas o, si le lloriqueo, hasta del mío propio.

Capítulo 18. HolaLoa, maldito juego de palabras.

Aguardan a la noche, que es cuando obra la magia ancestral. Las mujeres se esconden de los operarios tras el enrejado de las tumbas más pudientes, verdaderos mausoleos con intrincados laberintos, y permanecerán ocultas hasta el atardecer.

Úrsula será la maestra de ceremonias y requiere la colaboración de alguien más pues dada la magnitud del rito en cuestión es menester contar con la energía de al menos cinco personas. De modo que Grace va a buscar a Raimond que viene entusiasmado con su carretilla, también se lo pide a Eloïse tras calibrar otras opciones. Antes acude a Elisabetta, la cocinera, pero ésta se echa a reír tachando el ritual de estúpida pantomima. No es que Grace no confíe en Eloïse, piensa en ella desde el principio. De hecho, ya le demostró su amistad incondicional ofreciéndole un puesto en la tienda. Sabe que puede contar con ella pero teme recurrir a una muchacha blanca, su presencia podría enojar a los espíritus.

La lectora entra en el ultramarinos por la puerta de atrás, Rob se queda en el mostrador y las dos jóvenes charlan discretamente en la trastienda. Grace pone a su amiga al corriente, se lamenta por no haberle contado antes el mal que le aqueja, fuente de todas sus desdichas. Está azorada, se lo propone con dudas a medio camino entre el rubor y la disculpa pero la inmediata reacción de su amiga la deja atónita disipando de golpe todos sus temores: Eloïse no está dolida. Es más, nunca la había visto tan radiante. "Ahora cuentas conmigo, ¿no? Pues ya está, eso es lo que importa", suelta dicharachera la tendera culminando acto seguido su comentario con un fortísimo abrazo. Desde luego, esta muchachita rezuma energía. Por todo, por nada... De nuevo, el color pasa a segundo plano. Definitivamente, ella es la candidata perfecta.

Sin pensarlo dos veces, Eloïse agarra una caja de refrescos y un paquete de caramelos. "Para reponer fuerzas". Se hace con un candil de petróleo, pilla una cajetilla de cerillas y ocho docenas de velas negras que ata con un cordel ante la atenta mirada de un Robbie perplejo que no da crédito.

Con motivo de la llegada de Rossie... Eso, qué nos vamos de excursión se excusa divertida. Y en susurros tranquiliza a Grace que empieza a dudar si estará en sus cabales. Se lo que me hago, querida, estamos en mi bazar y no hay pedido que se me resista esta chica es un polvorín.

Para terminar agarra el abrigo y en un último impulso todavía echa al fardo un tirachinas y su famoso bate de béisbol.

Por si la cosa se pone realmente fea ahora no bromea.

Deja el negocio a cargo de Rob quien le pregunta intrigado a donde va. Por lo visto, la merienda en el campo no le ha sonado muy creíble. A lo que ella, con

gran dominio de sí, responde con evasivas:

Nada, de paseo. ¡Y tú, no olvides correr los pestillos! Eloïse se crece, está pletórica. ¿De veras está ocurriendo? Por fin se dispone a vivir su propia aventura. Ya ha fantaseado bastante con las vidas ajenas al otro lado de esa maldita puerta que hoy hará tilín y la que sale es precisamente ella. Antes de marcharse le recoloca el delantal a Robbie. ¿Podrás apañártelas sin mí, Robert? Ya eres todo un hombre le dice a los ojos tratando de infundirle valor al chiquillo.

Pues claro, Eloïse, si solo te vas a ausentar unas horas como sola respuesta, le dedica una mueca ostensible y juraría que, a la vez, niega con la cabeza.

Están todos en el cementerio y ya es la hora. Los últimos en llegar han tenido que saltar el muro pero, por suerte, el barro ha atenuado la brusquedad de la caída. Todos se cubren de blanco con la ropa de cama que ha traído Raimond. Su sola estampa les produce risa, parecen Ovidio y compañía inmersos en la tragedia de Medea. Y sigue el buen humor hasta que Úrsula exige seriedad, les anuncia que ella será el mambotikon y los demás sus serviteurs. Como sacerdotisa, pinta con harina sobre la frente de los creyentes los verves o dibujos ceremoniales, luego bailan en torno al poste sagrado de donde ahora pende Kouassi atada con piel bendecida de serpiente al son del tamboril. A continuación sacrifican un pollo y con su sangre comienza el ritual propio de vudú, es el pistoletazo de salida.

La mambotikon recita una especie de salmo cantado, una suerte de galimatías. Su rostro se tensa, su voz se llena de musicalidad alcanzando unas notas prodigiosas. Lo que empezó como un canto se torna progresivamente en grito airoso adquiriendo por momentos un amargo tono con tintes estremecedores. Está claro, no es ningún juego. Según las creencias yoruba y en una lengua ininteligible de Dahomey de las tribus de Nigeria Úrsula la sacerdotisa invoca a Los Loa, espíritus del bien y del mal, haciendo acopio de un ímpetu sin precedentes.

En un principio, Úrsula clama a Dumballah, el espíritu de La Serpiente. Le pide que esté al acecho y rodee a la muñeca para que La Invisible no huya y no tenga escapatoria. Seguidamente recurre a Erzulie, el espíritu de La Madre Tierra, para que valiéndose de los cuatro elementos, tierra, aire, agua y fuego, forme un escudo protector que ampare aquel siniestro paraje del inframundo. También cita a Kalf, el espíritu de La Noche, para que les aleje de la oscuridad con el influjo de la luna. Asimismo evoca a Agw, el espíritu soberano de Los Mares para que susurre el agua del río y de paso, que no esté celoso. Presiento a Los Loa, están aquí, con lo que me noto limitada, casi inerte. Los espíritus reunidos minan mis fuerzas por momentos. Pero esto, me temo, no son sino los preliminares. Lo peor para mí, La Invisible, aún está por llegar. ¡¡¡Grace!!! ¡¿Por qué?!

Es entonces que Úrsula se pone solemne y alza los brazos al cielo estrellado mientras los serviteurs encienden las velas negras en círculo. Es entonces que implora al temido Papa Ghede, el espíritu de la muerte y la resurrección con un claro propósito: que se lleve a El Invisible... ¡Me ahogo!

Y llega el turno de Ogoun, el guerrero y señor de la fuerza que me aplaca relegándome a un pobre espectro. A continuación hace su aparición el gran Legba quien me dará el golpe de gracia ¡si yo no lo remedio! Suplico a la Viuda Paris que escurre el bulto de modo que clamo a su eterno rival John de la Bahía, también conocido como El Brujo. Y él, con tal de enfrentarse a La Reina que le destronó en su día, me apoya. Legba titubea, es el guardián de la entrada entre los dos mundos, Si abre las puertas ahora y El Brujo llama a otros Invisibles, podría darse una invasión de las tinieblas.

John de la Bahía me toca, con su solo roce cobro fuerzas corro a la muñeca y forcejeo. Por su parte, convoca a Bade, el espíritu del viento y a su inseparable compañero Sogbo, el espíritu del relámpago y como están de mi parte, estalla una tormenta y los rayos arremeten contra los devotos que corren de aquí para allá sin rumbo desconcertados rompiendo filas y ante semejante caos comprendo que ha llegado el momento de escapar ¡Puedo hacerlo! Pero me puede la rabia y no veo más que Grace... ¡La odio! Me desembarazo de la piel de serpiente que, al perder la concentración los serviteurs, se ha desbaratado el hechizo. Quedo libre junto con Kouassi y en vez de huir, avanzo hasta Grace y le salto al cuello. Noto como su sangre se detiene, le he pillado la yugular. Siento un placer inmenso. Los demás miran horrorizados, John los mantiene inmóviles. La parálisis les impide tensar ni un músculo mientras contemplan como pone los ojos en blanco, tuerce el gesto y sus labios se tornan morados a una velocidad vertiginosa. Las lágrimas de Úrsula me conmueven pero no lo bastante y prosigo tras comprobar divertida que sus extraordinarios poderes ya no son suficientes.

Tengo las de ganar, siento que voy a reventar de puro despecho pero mi trance se ve empañado al comprobar que la niñera sigue viva, aún escucho sus latidos. Ardo en impaciencia, me esmero en apretar un poco más, tanto como se requiera para rematar la faena. Cuando la mismísima muñeca de trapo me coge de sorpresa y voltea la falda para así tapar su carita blanca con los volantes porque es la que le tengo poseída. Así que, a la postre, es la propia Kouassi quien me traiciona. ¡Pequeña furcia! Se me nubla la mirada y la muñeca de trapo no me responde. Es más, recupera el control y cómo voy a reaccionar ¡sino veo nada! Flaqueo. Y es Rossie la que, en un atisbo de mi debilidad, me descubre y reacciona: toma una vela negra y con una frialdad pasmosa prende el vestido de la muñeca y una llama hambrienta se ceba con este ridículo cuerpo relleno de algodón que tomé prestado sin permiso. Sollozo, imploro a John de la Bahía que me saque de ésta pero El Brujo se aleja dejándome perdida a mi suerte. Insiste en que él ya ha cumplido, tuve una oportunidad y la desaproveché... "¡Estúpida!", puedo leer en sus ojos negros y vacíos como cavernas. Y tras espetar con sorna una terrible carcajada, desaparece. Según él, no me debe nada y está en lo cierto. Otra vez sola como en Charleston, tan sola como al principio.

Úrsula retoma el control aunque su voz ahora suena más frágil, es como si el ritual le robara energía, porque la magia siempre se cobra un precio. Acaricia a Grace que aún postrada, logra sonreír débilmente y en un último aliento trae de nuevo a Legba. El Guardián ahora ya, sin vacilar, abre la puerta sagrada que comunica La Tierra y El Otro Lado. Simultáneamente murmura y actúa como fuente de regeneración, asoma con el sol que posa su primer

destello sobre mis humeantes cenizas. Úrsula brama entre jadeos: "¡Oh, gran Legba! Ayuda a La Invisible Celine a transitar hasta La Otra Vida y dale fuerzas para soportar la adversidad de su fatal destino y pueda alcanzar al fin la paz que merece". Legba accede y solo echar El Guardián el cerrojo tras de mí, Úrsula se desmaya y es su más viejo amigo Raimond el que corre con sus piernas torcidas de inmediato a socorrerla y haciendo gala de toda la delicadeza que le permiten sus curtidas manos la conduce sin demora hasta la maison Lemaillot a lomos de su carretilla. Lo hará él solo, sin ayuda... Úrsula es todo lo que le queda.

Es el elevado precio a pagar por un ritual de estas características, de haber acudido a un profesional habría costado como mínimo mil dólares y no es una cantidad baladí ni tan exagerada pues con tal estipendio se compensan más cosas aparte del servicio prestado. Tras invocar a Los Loa, el maestro no suele quedar impune. Es el caso de Úrsula, tras el rito en cuestión ha quedado muy debilitada y es muy posible que no se reponga jamás. El uso de la magia negra pasa factura y ella, en este trueque fatal, se ha ofrecido como moneda de cambio. En estos instantes, se debate entre la vida y la muerte. Los muertos la acechan, las almas de los fallecidos que no han sido reclamados por sus familiares la rondan implorando compañía y pueden llegar a ser muy peligrosos cuando se les ignora así que les escucha acercándose sin remedio hacia las sombras.

Veo como se debate entre cruzar la delgada línea, la edad y sus achaques juegan en su contra. Pero es fuerte, las penurias le han curtido desde niña y ese temperamento tenaz tan suyo y el cariño hacia las dos hermanas la retienen en este mundo. Quiere quedarse y yo también, me aferro a ella... Es así que por fin, a la altura de la cervecería con el intenso aroma a lúpulo fermentado va la anciana. Y empecinada en sobrevivir después de ingratos esfuerzos consigue abrir los ojos.

Y en adelante ¿qué pasará conmigo? De momento, sigo contando la historia por lo que no debo de hallarme tan lejos. Pues a ver, ¡cómo explicarlo! si ni yo misma lo entiendo. Por lo que tengo entendido, estoy y no estoy. Al parecer, solo mi pobre voluntad me retiene tras la puerta de Legba. No me atrae mi entorno, no oso mirarlo siquiera, siento pavor solo de pensarlo y es por eso que no despejo mi mente, tengo miedo y de ahí que me obstine en mantener la vista clavada en la cerradura.

El Loa me mira pesaroso, deplora mi rebeldía. Aun así Legba me permite seguir pendiente del mundo que he perdido y me niego a dejar atrás con mi deplorable actitud pues El Guardián sabe que aún no puedo avanzar a pesar de que no me queda otra. Depende de mí, solo de mí. No acepto mi sino y como soy una niña, no razono como debiera. Así que me quedaré aquí mismo, enrabietada, mirando por una rendija que otro Invisible antes de mí rasgó con las uñas hasta que esté preparada para deciros adiós y daros la espalda ¡y qué no me lo impidan o estallaré en una llantina sin precedentes! Ya ves, todavía no estoy lista y creo que no lo estaré nunca a menos que un alma cándida me tienda la mano y acceda de buen grado a acompañarme allí dentro... ¿Algún voluntario?

Nadie.

Mecáchis, qué ansias de vivir.

Así que me castigáis con vuestra indiferencia... Ya me lo temía. Natural, ya veo, me honráis con un ecuánime mutis por el foro. Pero no importa, que ya me las ingeniaré. Llegado el caso, lo haremos "por sorteo". Y el boleto ganador es para... Diviso hacia abajo, todos ellos me parecen hormiguitas. Prometo ser buena, Legba me mira mal. Pensándolo bien ¿por qué iba a amañar la rifa? Si con tal de que no sea analfabeto, me vale cualquiera. Claro que si además fuera capaz de prepararme un buen chocolate... Mi querida Elisabetta ¿Por un casual sabes leer, ma cherie?

Capítulo 19. Las tres Gracias.

Úrsula mejora, solo necesitaba descanso. Las hermanas se esmeran en cuidarla con poca maña y, si me lo permites, demasiado entusiasmo. Por consigna de sus cuidadoras novatas, Mamon come manzanas con óxido de clavos para recuperar el rojo de la sangre, duerme de espaldas al espejo y hace enjuagues bucales con orina reposada. Le colocan lápices entre los dientes para aliviar su cefalea y le rocían los pies con ron y eucalipto para que cese la tos seca. No contentas con eso, le untan los labios con cochinilla para que se le vaya la palidez de la cara, le ofrecen goma de mascar mezclada con canela para quitarle la fatiga, le masajean los tobillos con un ovillo de lana... Ideas mil.

Al principio, Úrsula parece divertida intentando entrever sus increíbles dotes curativas. Tiene motivos para pensar que las muchachas tienen un don especial, son un diamante en bruto. Claramente, por pulir. Tras horas de tormento, la vieja resignada se deja hacer intentando convencerse a sí misma de que se sacrifica por una buena causa, que sus inocentes torturadoras son novatas, solo les sobra adrenalina y les falta práctica. Se presta de conejillo de indias para despertar "esa fulgurante vocación" que presume está por llegar, ¡pero se retrasa tanto! Suspira paciente, todo sea por las niñas. Aguardará con fe ciega a que obren maravillas.

Porque no es hasta al cabo de dos días de trajinar torpes y animosas por la cocina de Elisabetta que las amigas traen un sapo amarillo y cogiéndolo de las patas traseras se lo restriegan por el busto a la abnegada paciente para luego dejarlo colgado de un árbol hasta que se seque y no obedece a un pronto sadomasoquista, lo han leído en alguna parte. Según ellas "de efecto prodigioso" y doy fe, desagradable a la vista. Con tan mala suerte que al pobre bicho le da por croar en su agonía justo cuando Madeleine atraviesa huraña el jardín quien tras un primer sobresalto entra efervescente en las dependencias del servicio dispuesta a regañar a quien se le ponga a tiro cuando a la altura de la alacena distingue un olor nauseabundo que viene del cuarto de Úrsula... "Cómo no, es cosa de esa vieja inútil", despotrica. La señorita Lemaillot se persona de mal talante con los brazos en jarras exigiendo explicaciones frente a la anciana que se incorpora en el lecho dispuesta a encubrir a las chicas. Úrsula asume toda la culpa, acarrea con la reprimenda, Madeleine no sabe que les está dando cobijo. La tacha de vieja chiflada e inútil. Le recuerda que vive de su caridad, que podría tirarla a la calle allí mismo...

Viene de comprobar en sus propias carnes que todos aquellos ungüentos, aparte de repulsivos, han resultado un tremendo fiasco; le consta que como curanderas no tienen porvenir. Y decepcionada con el experimento, cede a las quejas fundadas de su ama. No más jugos de seta ni bilis de pato ni cabezas desplumadas ni macerado de vísceras en vinagre de brezo. Así es como cesan

las curas milagrosas, pero no para agradar al ama sino por otra bien distinta razón: Es ahora o nunca, las hermanas tienen que encontrar su sitio, no pudiendo refugiarse en el nido familiar para siempre. No porque estorben, daría por ellas la vida. Sencillamente, llegó su momento.

Podría seguir protegiéndolas pero así no haría sino demorar lo inevitable. Si piensan salir del cascarón, ha de ser hoy. Han sido bendecidas, Úrsula ha movido unos cuantos hilos y confía en su destreza... Algo grande está por venir. Les da alas, no debe retenerlas. Han de enfrentarse al mundo, ahora que todavía son jóvenes, están de nuevo juntas y han recuperado la ilusión. Definitivamente, es el día idóneo y por eso se las despacha de malos modos. Se marca un farol, es la única forma: "Largaros ya. No me importunéis más, tened piedad de esta pobre vieja. Tanto por hacer, tanto por vivir... Ya basta de mariposear. ¿No sentís un hormigueo? ¿Acaso no os ronda a las tres desde hace días una misma idea por la cabeza?". Que vayan cavilando y no se cierren ninguna puerta. Pues si todo sigue su curso Ella cumplirá su promesa. Cierto, se demora. Ella se está tomando su tiempo... Y sin embargo pronto, muy pronto, las niñas despertarán. Pues un pacto de ultratumba no se puede tomar a la ligera y nadie digo Nadie osaría faltar a su juramento.

Las palabras de Úrsula surten su efecto y Rossie, entonces la enfermera de guardia, sale a tomar el aire un tanto desconcertada. Le pica horrores la garganta, el aliento le sabe a pimienta de Jamaica. No es del todo ella... De repente le urge saltar, correr. Bailar en plena calle, hablar por los codos. Se arma de valor y casi sin pretenderlo acude al ultramarinos. Busca a las empleadas, tiene algo muy importante que decirles aunque aún no acierta a dilucidar del todo qué es, lo tiene en la punta de la lengua, no cabe en sí de gozo... "Céntrate, Rossie ¿en qué estás pensando?", se fustiga inútilmente. Lucha contra sí misma por recuperar la sensatez pues la idea comienza a cobrar forma y por más descabellado que resuene en sus propios oídos, es valedora de un sueño más fuerte que ella. Un empuje nuevo que arranca desde dentro, una intensa dicha que le dicta ¿el corazón? Ella, la sensatez personificada. Precisamente ella ha tenido un pálpito, se pellizca el brazo, ¡está pasando! Rememora el día, enumera lo qué ha comido. Se toma el pulso, desbocado. Sin duda se trata de una indigestión.

Cuando llega al local, es Robbie quien atiende la caja tras el mostrador que apenas abandona más que esporádicamente para ayudar a clientas como miss Lotty que sin querer desparrama la melaza o la pequeña Linda que aún no alcanza el estante de arriba. Rossie saluda al ¿ahora encargado? y él le señala con un gesto la trastienda. La recién llegada pasa adentro y se encuentra a las dos amigas jugando a hacerse peinados como dos chiquillas. En plena sesión de belleza no reparan en las risitas que emiten ni el desorden que asola todo el almacén. Primero es Grace quien recoge el cabello lacio y cobrizo de Eloïse en un moño escultural para corresponder a continuación nutriéndole a ésta las uñas con aceite de lino.

¿Qué está pasando aquí? tal es la consternación de Rossie que las interroga sin siquiera saludar.

Pues nada, charlábamos con Rob cuando entró Lotty y ya sabes cómo se eterniza... arranca Eloïse disculpándose por no estar atendiendo a la

clientela.

Recuerda, Eloïse, ya no trabajamos aquí. Así que ¡nada de excusas! la reprende Grace, en un arranque de euforia.

Entonces... ¿Os habéis despedido? Pero si eso es una locura. No sabéis lo que es trabajar de sol a sol... En comparación, esto es el paraíso.

Está decidido contesta Eloïse, ahora ya pletórica. Solo hemos venido a desearle suerte a Robbie y perchar los delantales limpios.

¿Y de qué pensáis vivir ahora si se puede saber? argumenta Rossie desencajada. Romper con todo es un suicidio.

Échanos un vistazo... ¿No estamos las dos ideales? Grace coquetea con su reflejo.

Míranos bien, ¡nos vamos a comer el mundo! Eloïse está tan alto que solo le falta volar.

En efecto, ambas están muy guapas. Qué digo... ¡Preciosas! Irradian osadía y eso las convierte en diosas. Rossie las contempla extasiada aún sin comprender, nunca fueron tan coquetas. Y es que dos horas antes, envolviendo en un banco un presente de despedida para el bueno de Rob, comprobaron las dos jóvenes la buena maña que se daban repentinamente con las manos. Te hablo de Eloïse, sí, la misma. Que ayer mismo no sabía coser un botón. Y de Grace, cuya caligrafía resultaba antes tan inteligible que hasta le preguntaban si escribía en cirílico. Sin embargo, ahí la tienes ahora, soberbia en su papel. Da gusto observarla doblar esa pajarita de regalo con una gracia inusitada al igual que nuestra Eloïse que maneja de repente las tijeras con tal destreza que con el papel del envoltorio hace filigranas.

Anda, Rossie, deja de refunfuñar y siéntate aquí que tendré más luz Grace le indica una silla frente a la ventana,

Venga, no seas aguafiestas le increpa Eloïse quien se aproxima sigilosa a la ventana con las manos pringadas de aceite de jojoba.

¿Por dónde empezamos? Si te parece, yo la maquillo y tú le alisas el pelo sugiere Grace con una serenidad pasmosa.

Quietas las dos. ¿Qué pensáis hacer conmigo? No tenéis ni idea, chicas, ¡me dejaréis hecha un adefesio! Rossie se muestra confusa. Tanta determinación no encaja con el talante habitual de sendas jóvenes.

Tranquila, Rossie, que estás en buenas manos. Y ahora calla y déjanos hacer poseídas por su novedosa común afición, les petites dammes se meten en faena.

Horquillas en la boca, pruebas de color en el dorso de la mano, el frasco de agua destilada, un cuenco de flores secas... Las dos están atareadísimas, ni

que llevaran media vida haciéndolo. Rossie se va relajando, se deja querer hasta que por fin consigue evadirse y disfrutar del baile de dedos prodigiosos. Al rato está tan a gusto que se agencia toda una gama de polvos de colores del cajón de las especias y los mezcla manualmente en la dosis justa ofreciendo un crisol de tonos ocres y malvas... Cuando recuerda maravillada la razón de su inesperada visita. Tenía algo que proponerles ¿no? Y movida por el tono juguetón de esta particular fiesta de almohadas y tantas alegres coincidencias, por fin explota. ¡Bum!

Podríamos abrir un salón de belleza solo decirlo enmudece y piensa "¿de veras he dicho yo eso?".

Para su sorpresa, las demás la miran con los ojos enormes y las mejillas encendidas. Contra todo pronóstico, nadie se exaspera ante una idea de lo más variopinta. Es más, parecen calibrar a conciencia cada palabra y eso que la noche anterior habrían puesto el grito en el cielo ante una pretensión tan descabellada. Pero algo ha cambiado, ya no son las mismas, ahora rebosan ideas y dominan el arte del acicalado. Desde luego, es un disparate. Y también lo que precisamente todas tenían en mente desde por la mañana temprano y no se atrevían a formular en voz alta. Su disparate.

Así que un salón de belleza... Caramba, Rossie, me has leído el pensamiento exclama Grace con un nudo en la garganta.

Eso mismo me andaba yo barruntando, Rossie afirma Eloïse con los ojos desorbitados. ¡¡¡Pero si me has quitado las palabras de la boca!!!

Aunque... Yo... Mejor que no. Si estoy dentro arruinaré el negocio. Es verdad, ¡esa gente me odia! Grace intenta ser realista, su sola presencia es una lacra que terminaría por mancharlas a todas.

Pues nos iremos de aquí, siempre quise viajar Eloïse posa la mirada en dirección a las vías del ferrocarril. Nos instalaremos... Qué se yo... Da igual. ¡En alguna parte!

¿Qué tal un cambio de aires, chicas? Rossie sonríe con una frescura nueva, acaba de reinventarse con una lozanía que no tuvo jamás.

Yo veto Charleston se apresura a precisar Grace entre seria y jocosa.

¿Qué tal Atlanta? las tres sonríen, eso ya es otra cosa.

¿Te choca? ¿Acaso te sorprende? Las cosas no ocurren por casualidad, hay una fuerza subyacente. Allá van Las Tres Gracias, tan luminosas y floridas como en el cuadro de Rubens. Grace and her sisters, un trío de primera. Sí. Flamantes, crecidas. Dispuestas a todo. ¡Las tres mosqueteras! Y yo, cómo no, aspiro a ser su Dartagnan. Bueno, cuando reparen en mi... Ya veras, no queda mucho.

Los tres mosqueteros

“D'Artagnan entró, pues, en París a pie, llevando su pequeño paquete bajo el brazo, y caminó hasta encontrar una habitación de alquiler que convino a la exigüidad de sus recursos. Aquella habitación era una especie de buhardilla, sita en la calle des Fossoyeurs, cerca del Luxemburgo.Tan pronto como hubo gastado su último denario, D'Artagnan tomó posesión de su alojamiento, pasó el resto de la jornada cosiendo su jubón y sus calzas de pasamanería, que su madre había descosido de un jubón casi nuevo del señor D'Artagnan padre, y que le había dado a escondidas; luego fue al paseo de la Ferraille—, para mandar poner una hoja a su espada; luego volvió al Louvre para informarse del primer mosquetero que encontró de la ubicación del palacio del señor de Tréville que estaba situado en la calle del Vieux Colombier, es decir, precisamente en las cercanías del cuarto apalabrado por D'Artagnan, circunstancia que le pareció de feliz augurio para el éxito de su viaje.Tras ello, contento por la forma en que se había conducido en Meung sin remordimientos por el pasado, confiando en el presente y lleno de esperanza en el porvenir, se acostó y se durmió con el sueño del valiente. Aquel sueño, todavía totalmente provinciano, le llevó hasta las nueve de la mañana, hora en que se levantó para dirigirse al palacio de aquel famoso señor de Tréville, el tercer personaje del reino según la estimación paterna."

Alejandro Dumas

Todos para uno y... ¿uno para todos? Qué mutismo, no contestan. De estar conmigo, ahora estrecharíamos nuestras espadas o nos fundiríamos en un tierno abrazo pero claro, nada de eso ocurre. A la vista está que no somos espadachines ni tampoco un cuarteto de cuerda. Ahora me doy cuenta, Grace nunca me amó así. Tienen una complicidad... Son una piña. Y por más que me empeñe, entre ellas no hay sitio para mí. Aceptémoslo, estoy fuera.

Capítulo 20. Toccata y Fuga

Robbie no da crédito, está perplejo. En pocos minutos las muchachas han montado un pequeño tocador y en un descuido, nuestra Lotty intrigada se ha colado por la cortinilla y le tratan el cutis con crema de pepino, se quedaría allí eternamente. No es hasta que Linda sale de la trastienda tan pizpireta con sus trenzas enlazadas en cintas de colores que se corre la voz y en cuestión de minutos la cola de mujeres aspirantes a bellas bellísimas llega ya hasta la estafeta de correos. Todo se dispara, las muchachas hacen proyectos. Contactan con Mr. Broots, el dueño del ultramarinos y la única persona en toda Nueva Orleans dispuesta a hacerles un favor de semejante calibre. Se citan en casa de Lady Willelmina en la más absoluta discreción a espaldas de Percival, su marido, quien la tiene tan descuidada entre reuniones bohemias y la imprenta que se desentiende de sus idas y venidas, no sospecha lo más mínimo.

Acuden las tres a la cita, Westley Broots es viejo conocido tanto de la lectora y de la tendera sólo que por diferentes motivos. No así de Rossie a quien no ha visto jamás y una vez frente a frente le impacta sobremanera. En cuanto la ve se queda lívido, se disculpa de inmediato con un carraspeo e intenta recomponerse pero le cuesta horrores porque la impresión ha sido tremenda y tan brutal como una bofetada. La mira con insistencia, resulta incluso violento. Para él, su rostro es un dejà vu. Le trastorna como una aparición. Remueve un torbellino de recuerdos. Mareado, absorto ante un fantasma del pasado no puede sino apoyarse en la pared en busca de equilibrio. Retrocede doce años y aquello le da vértigo.

Excuse mis modales, mademoiselle escudriña sus rasgos con tal torpeza que resulta reprobable, es cierto. Es por su mirada, sus gestos... Son cada una de sus facciones. Me recuerda a alguien que perdí hace ya mucho tiempo Rossie asiente, le ve tan consternado que bromeando trata de quitarle importancia.

Pues menos mal que nos encontramos a plena luz del día, de cruzarnos al atardecer, le habría dado un colapso entre tinieblas.

Rossie es la viva imagen de Gertrude, otra mujer de color que Mr. Brooks conoció una vez en la intimidad. El romance fue ardiente, intenso. Pero su historia se truncó abruptamente, como no podía ser de otra forma. Por entonces, había unas reglas de decoro, lo suyo era una liasson imposible. Acabó en trance fatal. Atroz, doloroso. Y aún tiene clavada una espina que pincha insistentemente.

La amó mucho, más que así mismo. La quería con desesperación. Pero a tenor de lo ocurrido, digamos que no lo suficiente y aún lamenta su cobardía. Las cosas se pusieron feas para la pareja, tenían todo en contra. La gente de bien, su propia familia... Cuando se vio presionado por sus padres que condenaban la relación, renunció a ella para no deshonrar el apellido. Miró hacia otro lado mientras ella se extraviaba para siempre. Le falló a Gertrude, le causó la

ruina y aún le duele. Y la herida no cicatrizó jamás, todavía le sangra de vez en cuando.

Rossie y Westley son debidamente presentados por una Grace que se refiere a su hermana como si de una reina se tratase. Nunca más se avergonzará de Rossie, ha aprendido a valorar lo importante. Su dulzura, su coraje, esa sencillez con la que afronta la vida sin pretensiones. Además, Rossie sabe amar contra viento y marea, no como Grace. Al menos, sonríe. No está mal para empezar. Rossie será su modelo, su referente. Confía esperanzada. Ella es magnífica, genuina. Y confía, esperanzada, en que bajo su influencia volverá a ser quien fue. Conseguirá ser mejor persona.

En la reunión, tras los saludos, se ultimarán los preparativos. Westley se muestra colaborativo, desea ayudar y ahora que la tercera integrante del grupo le ha sorprendido tan gratamente se interesa aún más. "No lo hagas, es tirar el dinero", le aconsejó su contable ayer noche. Aun así accederá, lo leo en sus ojos. Se siente cansado, vacío. De ahí tanta rebeldía y el cinismo que acostumbra es su máscara de carnaval. Esta inversión tiene su punto romántico, raya en lo suicida. Entraña un deseo, soporta una ilusión casi irrealizable, como una sopa de colores en una olla burbujeante. Y Westley está seco por dentro... Justo lo que él necesita.

Señoritas, las aprecio de veras de modo que pueden contar conmigo para lo que necesiten. Tendrán la suma que me piden, se la cedo sin intereses. E incluso estaría dispuesto a triplicar esa cantidad si acceden a una pequeña petición.

No entiendo, Mr.Westley, estoy confusa. No acierto a adivinar qué podría un caballero como usted solicitar a unas chicas decentes. No olvide que somos mujeres de bien, no nos prestaremos a ningún jueguecito erótico. apunta Eloïse con total claridad De ninguna forma.

Ni siquiera por una sola vez, monsieur, es innegociable. precisa Rossie, demasiado acostumbrada a que, por su color de piel, los hombres blancos la tomen erróneamente por una chica facilona.

Se minusvaloran, mademoiselles, en verdad no se hacen justicia. Tienen mucho más que ofrecer, mujercitas, diría que poseen un potencial maravilloso. Se tienen las unas a las otras, juntas son invencibles. Es por eso que las necesito, me gustaría que se hicieran cargo de la formación de una chiquilla, se llama Adèle. Por supuesto, empezaría como aprendiz. Os asistiría en la tienda. ¿La aceptaríais? nadie se pronuncia, el silencio es abrumador. Comprendo, tienen que hablarlo en privado, no es una decisión que deba tomarse a la ligera. Piensen si les compensa, valoren pros y contras... Tómense el tiempo que necesiten y ya me comunicarán su decisión. Ahora que si albergan dudas sobre mi singular propuesta, ahora sería un buen momento para formularlas Westley aguarda un tropel de preguntas que sin hacerse esperar se precipitan en cascada.

¿Quién es la tal Adèle? No tengo el gusto es Rossie, víctima de una ingenuidad supina, cree conocer a todo el mundo en Nueva Orleans cuando la ciudad en su palpitar frenético, hace tiempo que se olvidó de ella.

Si fuera del barrio, yo la conocería. ¡Qué raro! Nunca la he visto por la tienda Eloïse es más realista, hace memoria y tampoco relaciona a la pequeña con ninguna de sus clientas.

Es la hija de Blondie ¿verdad? se la juega Grace intentando atinar infantil como si fuera una adivinanza. Ya caigo, me la crucé fugaz por el burdel con el pelo recogido en una cinta y ropa heredada fregando los seis tramos de escaleras.

Sí, la misma. Cuando la conozca personalmente, les encantará. Es una criatura adorable y no os causará problemas.

Si Grace reparó en Adèle, fue por casualidad. Apenas habla, suele mostrarse ligera, sigilosa, de lo más prudente y liviana como un espectro. Es lo que tiene moverse por los bajos fondos, terminas por distinguir caras macilentas, casi traslúcidas, mudas y hieráticas. Embebidas por la penumbra, hastiadas, anodinas. Es el caso de Adèle, una chiquita del montón que por no molestar, no mancha ni el suelo que pisa.

¿Otra niña? No, por favor. ¡No sé cómo tratarlas! La verdad, después de lo de Celine… Creo que no me veo con ánimos Grace no se siente capaz, Adèle le recuerda a mí, sabe que la fastidió y solo de rememorarlo, se enmustia por momentos.

Háganse cargo, su vida pende de un hilo. No me malentiendan, nadie desea matarla ni la persiguen a vida o muerte. Pero si se queda en el burdel, la prostituirán en unos meses. Ya andan buscándole corsés con encaje y ligueros a su medida. En cuanto se haga mujer la desvirgarán sin pudor como harían con una ternera. Ese es su sino. Y lo peor, a su madre le parece bien. Blondie es del todo insustancial, algo simple y por lo demás, inmadura. Ella empezó muy joven en la profesión y no conoce otra forma honrada de ganarse la vida. No tiene mayores aspiraciones para su hija, no es una mujer ambiciosa. Pero yo sí. Me consta, hay más opciones. Merece una oportunidad, me niego a que la condenen a una vida de vejaciones. Todavía no está marcada, de acogedla en el Salón de Beauté aprendería un oficio, trataría con damas e imitaría sus modales. Dejaría de pensar que está maldita y se plantearía si merece una vida mejor Westley se explica, su intención es muy loable.

Su gesto es generoso, Monsieur, adopta una actitud que le honra añade Rossie, toda dulzura, desarmando a un Westley vulnerable que asoma tímidamente a través de la coraza.

Es usted un polvorín, jefe, no para de sorprenderme apunta distendida Elöise quien baja la guardia, su voz chispea el ambiente y la cordialidad aflora por momentos.

Podríamos hacernos cargo de ella… afirma Grace conmovida y como ella era la más reticente de las tres, el proyecto comienza a cobrar forma.

Tiene que ser lindísima, me muero por conocerla. ¡Será nuestra muñequita! se entusiasma Eloïse. Yo nunca tuve una hermana… Le tomaré

las medidas y le haremos bonitos vestidos.

Pero el optimismo de Eloïse dura poco, enseguida queda eclipsado por un mundo en blanco y negro... Solo con oír la palabra "muñequita", a Grace le recorre un escalofrío que la electrocuta, funciona en su mente... Algo así como un cortocircuito. Aún me tiene presente lo que me colma de orgullo. Aunque, ciertamente, su mueca al rememorarme es de profundo desagrado... ¿Cómo puede ser? ¡Si siempre fui una niña absolutamente encantadora! De porte distinguido, locución perfecta, de trato cortés y ameno, cordial pero distante... En fin, un dechado de virtudes.

Y ya puestos, ahora que me tienen presente. Si aún sigo aquí... Debaten si hacerse cargo de la niña y ¡cómo es posible! ¿A nadie le interesa mi opinión? Pues debería. Pues no permitiré que otra niña me suplante por muy viva que esté. Una cualidad sobrevalorada a mi parecer, la vida. Además, si es una chiquilla tremendamente vulgar. Un renacuajo. ¡Y parece medio muerta! Medio muerta, muerta del todo... A ver, ¿tanta diferencia hay? Acabaré con ella. ¿Me oís? Idearé la forma. Hasta podría traerla conmigo, podría ser una excelente compañera de juegos aquí arriba... Os guste o no, yo soy su niñita y siempre lo seré, ¿entendido? No consentiré que me desbanque una intrusa, tomadme la palabra.

Claro que también está ese feo asunto de las muertes, entretanto siga abierta la investigación no debo salir de la ciudad y si lo hago, será como declararme culpable y a usted le pondré en entredicho. Fue mi valedor, se comprometió a vigilarle y de desobedecer a la autoridad le comprometería seriamente. Airearía su pasado, Mr. Brooks, ¡pondría su nombre en peligro!

No tengo nada que perder, desde que me obligaron a renunciar a Gertrude, disfruto provocándoles, me regodeo en el escándalo y aún me sigue consumiendo la ira. Así es, no estoy saciado. Que mi apariencia no les lleve a engaño, mademoiselles, por mucho que lleve el cuello almidonado no soy más que un gañán emplumado. Un personaje poco recomendable, en definitiva. Por añadidura, un galán de medio pelo… Señorita Rossie, carezco de una reputación que mantener, ya la he mancillado bastante. De modo que, se lo ruego, no me tenga en gran estima. Decepciono y hago daño a la gente… Es inevitable, está en mi naturaleza de inmediato mira a Rossie para calibrar en su semblante la crudeza de aquellas palabras descubriendo, en lo más recóndito de esos ojos negros, dos lagos de comprensión infinita.

Sin comprender que esta nueva transgresión de las reglas es radicalmente distinta a las otras. Intenta construir, parte del amor. Y no es sino el amor quien aplaca la cólera. La furia del ángel cado podría desvanecerse de una vez por todas.

Capítulo 21: Teatro callejero.

El plan avanza y de común acuerdo, idean un plan de evasión para Grace al que se comprometen todos, lo seguirán a pies juntillas. Como la lectora no está bajo vigilancia, la huida se presenta más que factible. Será durante los carnavales, entre el jolgorio del Mardi Grass y disfrazadas de taberneras escaparán bailando por la calle Bourbon inmersas en la fiesta hasta arribar a los muelles donde embarcarán en un barco a vapor que, presumiblemente, partirá en pocas horas. Se dirigirán a Atlanta y se alojarán en la pensión de Miss. Ruplin, nada del otro mundo, un antro como cualquier otro. Hasta que encuentren algo mejor.

Todo pinta bien sin mayores contratiempos hasta que el mismo martes festivo, acicaladas para la ocasión, se citan con Westley y Adèle frente al burdel para que se les una la niña. Debería transcurrir sin sobresaltos, al fin y al cabo, a nadie en el mundo le importa Adèle lo bastante como para impedir que agarre sus cuatro trastos y se marche. Pero no es la única que parte y el burdel no deja de ser un punto de encuentro. Por eso Claude, quien previamente sobornó a Blondie a cambio de información por cuatro míseras monedas, intercepta la comitiva y se interpone en su camino.

Va vestido de pirata de mares remotos, se atusa el bigote y blande con desparpajo un sable de media luna. Le falta el loro, una auténtica lástima. No así la botella de ron que asoma en el bolsillo de la casaca medio vacía. Ha bebido, mal asunto. Canturrea... ¿O habla consigo mismo? No sabría decirte. Eso sí, está encendido. Suda como un cerdo. Es más, le arden las mejillas. Cuando increpa a Grace entre la multitud y en un arrebato, le agarra con rudeza de la manga y le tintinea las pulsera. El público se estremece, ha captado la atención de todos ellos.

Vaya, pero quién tenemos aquí. Le acaricia el cuello con la hoja del sable ¿A dónde te crees que vas, pequeña furcia? Aún no te has redimido de tus pecados, zorra. Sigues en deuda conmigo y así será mientras sigas viva, estás destinada a ser mi felpudo.

Entonces Westley, que las sigue de cerca sin protagonismos, se interpone entre Grace y su agresor quien, lejos de amilanarse, alza el dedo índice con aire displicente. .

Tú. Sí, tú. Crápula. Deshecho. ¿Qué pasa? ¿Buscas bronca? Quítate de en medio, fantoche, esto no te incumbe. Esta mujer es cosa mía. Fue mía y lo sigue siendo. Desiste, que no te pierdes nada. En la cama... Nada del otro mundo se ríe entre dientes. He de ocuparme de ella. Cometió muchos errores y tendrá que pagar por ellos sus palabras gangosas no intimidan a Westley que saca un arma de fuego, quita el seguro y apunta.

Ni un paso más, principito. O cargaré contra usted sin pensarlo dos veces.

Pero algo inesperado ocurre. Adéle, asustada, se le escurre de la otra mano. La arrastra la marea humana mientras ella trata de volver con el grupo yendo contracorriente... Es demasiado. La niña es empujada, cae de espaldas y su protector se ve forzado a abandonar a Grace a su suerte.

Si no se incorpora enseguida, la aplastarán solloza Rossie. Haga algo, Mr. Brooks. Por Dios bendito, ¡trate de socorrerla!

¿Ese payaso es tu Caballero? Pues menudo tipejo te has agenciado Claude, borracho, contempla como su contrincante se esfuma sin dar la cara y creyéndose vencedor, lo celebra arrancando en sonora carcajada.

Pero no solo Westley está pendiente de Grace y su indiscreta fuga, hay otro hombre allí mismo que mira por ella y hasta ahora se ha mantenido en un segundo plano. Es entonces que un personaje siniestro emerge del callejón, parece sombrío, inhumano. Un espectro. Surge de la nada un Matt con barba, cansado, descuidado... Parece derrotado, la sombra de quien fue. Desde que Grace le dejó, se ha hundido de nuevo, le falta aplomo. Ni siquiera la escueta nota que Grace le dejó, justificando su marcha precipitada, pudo inyectarle moral suficiente. Quedaban muchos cabos sueltos, faltaban explicaciones que el rellenó por cuenta propia con debilidad. Añadiendo sus fracasos, encajaba todo.

No la culpa a ella, no sería justo. Simplemente, Grace era demasiada mujer para él y ella lo vio enseguida. A tiempo. Antes de que él la arrastrara con ella a una vida de mierda, condenados a pasar apocados los días y las noches. Se reprocha a sí mismo ser un tipo mediocre, incapaz de hacer feliz a nadie, ni siquiera a sí mismo. Aun así, hace acopio de sus pocas fuerzas. Él no la merece, desde luego. Pero ese rufián tampoco. A ella la espera un futuro bonito en alguna parte, está destinada a brillar.

Se acerca encorvado y una vez plantado frente a su contendiente, se esfuerza sobremanera por sacar pecho. Impone poco, le cuesta un horror mantenerse erguido. Pinta feo... Aunque es simple fragilidad, el músico no está bebido. De sobras lo sabe, tiene las de perder. Pero en los gritos de Grace reconoce la voz que adora, a su musa le debe un último aliento. No pretende ganarle, se conforma con ganar tiempo para que Grace escape. Por supuesto, sin él. Con eso se daría por contento.

Vamos, vete ya. No pierdas ni un segundo le suplica a Grace sin perder de vista al rival que bailotea a su alrededor picoteando como una mosca.

No insistas, Matt. Si sigues, te molerá a palos.

¡Largo! No aguantaré mucho en pie... Y luego irá a por ti y ya nadie podrá protegerte.

Lo soportará, puede hacerlo. A cada golpe que reciba, le regalará varios metros. Claude le trata de bufón endeble, le escupe en la cara. Acto seguido, le agarra de la nuca, le llama bailarina y le planta un beso en la boca. Pero eso no es todo, sigue humillándole, a continuación le arranca un mechón de

pelo y lo enseña a un público que se arremolina, cual guerrero de la gran nación sioux como muestra de su poderío.

"¿A qué espera para arrearle? Este tío podría dejarle K.O. de un plumazo. Sin siquiera despeinarse. Y, por contra, se toma su tiempo. No importa", traga saliva, "mejor así". Y es que el ego le puede, aún no hay congregada suficiente gente... Fantástico. Los minutos corren, Grace ya habrá alcanzado la ribera del río.

Gracias por colaborar, amigo. Resulta gratificante que me sigas tanto el juego. Ridiculizarte largo y tendido ante tu damisela... Nada me proporciona mayor placer por un instante Claude parece sombrío sin embargo sus ojos son un espejo de locura.

Sigue rebajándome, da igual. Total, ella ya no está aquí Matt está en paz, por primera vez el orgullo no le pesa. Se encoje de hombros a la espera de una nueva vejación que le resbalará como las otras.

¿De veras? ¿Eso crees? Vaya, pensé que esas un marica don nadie. Y ahora descubro que también eres un iluso... Esto se pone divertido cambia el tono previo de suficiencia por otro condescendiente. Despierta, capullo. Ella no se ha ido. Sigue aquí, entre nosotros. Está justo detrás de ti llorando a lágrima viva... Patético. Y sin duda lo hace por mí saca la lengua hacia Grace y se lame el torso de la mano mirándola lascivo. Porque el primer amor nunca se olvida. ¿Verdad, cariño?

Matt rabioso, se crece. Le reta. Sin ella, ya lo ha perdido todo. De hecho, se siente perdido. En definitiva, un auténtico imbécil. A partir de aquí, los dos hombres interpretarán un magnífico vodevil, un tanto decrépito, porque ninguno de los dos se encuentra en plena forma. Se enzarzan en tamaño duelo, algo cómico a la vista. Lince y coyote, los dos magullados, enseñando los dientes con los ojos que echan chispas. Y sin embargo, a cual más famélico... Ambos, grotescos, lucen disfrazados un aspecto deplorable. Los dos ciegos de odio, al más puro estilo de Hamlet. Drama en vivo, perdidos. En vías de extinción.

El caballero de Charleston arquea una ceja y dedica una reverencia burlona al taciturno joven en una escena pomposa digna del mejor dramaturgo de todos los tiempos. Lo sé, estoy siendo subjetiva, en mi corta vida, no tuve ocasión de leer a Lope. ¿Veis? Otra razón para no marcharme. Pero volvamos a la pelea, que el ambiente se enrarece. A continuación, Claude se pone en guardia, gallito, adopta de nuevo un aire insolente. Grace tiembla horrorizada pues sabe que Claude es un espadachín consumado. "Como desenfunde el sable, Matt es hombre muerto."

Así ocurre, el miserable de Claude saca la espada y de un tremendo zarpazo, le raja la cara a un Matt desarmado. Le araña el brazo derecho, le apunta con la hoja cortante a un ojo y se acerca despacio, amenazándole con atravesarle el cráneo. Disfruta, se eterniza. De clavársela, se acabaría la diversión demasiado pronto y esto está al rojo vivo. Los hombres apuestan, las mujeres suspiran. Ya le rematará al final pasándole la espada, como si lidiara con un toro. Claude sonríe a su público, disfruta con la vista. Se confía y Matt, de un

izquierdazo, le rompe la nariz en dos.

¡Auuugh! el gentío exclama. Caramba, eso duele vociferan entusiasmados

¿Así que quieres guerra, pendejo? Está bien, enfádate un poco. Defiéndete, eso me gusta no te lleves a engaño, es pura pose. Le conozco bien, conozco esa mirada... Créeme, está sediento de sangre.

Bueno, algo es algo. No será una lucha entre iguales, si bien Matt tendrá una posibilidad entre mil de pillarle un flanco desnudo. Tiene el brazo derecho magullado, es cierto. Por suerte, el muchacho es zurdo y el estirado de Claude no lo sabe. A propósito, mi hermano hoy está lento de reflejos. Y encima, hace tiempo que no está en sus cabales...

¿Otro amante, Grace? Entonces es que los tienes a pares Claude contrataca con su verborrea, rebosa veneno como una serpiente. ¡¿Por qué será que no me sorprende?! Negra y mujerzuela, tenías todos los puntos. Ciertamente, no esperaba menos de ti, querida Claude se recrea demasiado en su propio sarcasmo descuidando la concentración y... ¡¡¡Plaaash!!!

El bueno de Matt, con más arrojo que destreza, aprovecha el ácido monólogo para propinarle un mediocre puñetazo al costado cogiendo a su embotado adversario por sorpresa. No le sale un gancho de derecha ni tampoco un directo al mentón. Suelta un golpe poco certero, torpe, sin cálculo. Casi no da en el blanco pues la mitad de la fuerza se pierde en el aire. Lejos de retumbar en las costillas, aquello queda en casi nada. La plebe se ríe pues resulta más bien un empujón. Y aun así, surte su efecto porque Claude distraído, alardeando en histriónica postura, va y pierde el equilibrio. Se tambalea y cae de lado, retorcido, quedándose atontado en el suelo. Y una vez mordiendo el polvo, el corro se disuelve y todos los que le coreaban se marchan apresuradamente en busca de más numeritos. Así es como le alcanza una tromba de gente que, entre cánticos y lisonjas, no repara en el cuerpo yacente de un púgil vencido.

Pasan unos segundos preciosos y sigue postrado, inconsciente. ¡No reacciona! Matt trata de incorporarle agarrándole del hombro pero pesa demasiado y termina pisoteado por la jubilosa avalancha que arrasa despreocupada todo cuanto pisa. Chorros de risas acompañando a la muerte... ¿Es posible? Pues sí, menuda ironía. Claude era un showman, se deleitaba en captar atención a costa de cualquiera. No es tan extraño pues que el telón no caiga aún y con él agonizando siga la pantomima. Porque muera el bardo, no termina la función. Que se lo pregunten a Moliére, que la palmó mientras interpretaba "El enfermo imaginario". Quizás tentó a la suerte y le sentenció el amarillo de su casaca que tras las incontables pisadas ahora yace parduzca. Harta de mirar, la muchedumbre toma el escenario y en su fiesta serán todos protagonistas.

Observo a Claude a cierta distancia, que se acerca decidido a la gran puerta, El Guardián quita el candado y yo corro a esconderme. Cierto, podría ser mi guía en el Más Allá, es de mi sangre a fin de cuentas. Pero no, no será él. Merezco más, seguiré esperando. Lo intuyo: alguien más vendrá, está al caer. En breve... Un ser encantador. Es más, pura dulzura. Y hará gala de un corazón enorme y desprendido.

De inmediato Matt repara en la maleta y comprende que Grace se marcha para no volver. La abraza y le pide un imposible.

Grace, por favor, quédate conmigo. Para mí ¡lo eres todo! Sin ti, estoy perdido. No me abandones otra vez, no lo soportaría el músico se deshace en halagos, de sus bolsillos vuela una ristra interminable de partituras que semejan banderines. Y le es igual, total, ya no cree en su música. ¡Qué las pisoteen! ¡Qué se las lleve el viento! Así es, no le importa lo más mínimo.

Tú no me quieres, Matt. Solo me necesitas. Te estabas ahogando cuando te conocí y en tu desesperación te aferraste a mí como a un salvavidas el muchacho niega insistentemente con la cabeza. Lo que siente por Grace es real, ella no está siendo justa.

Te equivocas. Eres mi sol, mi luz. Si no estás, no existe el día. ¿Sabes? ¡Ya no bebo! Soñaba con encontrarte sobrio y demostrarte que soy digno de ti. Puedo hacerte feliz, Grace, de veras. Confía en mí, ya verás, solo tengo que encontrarme primero sus ojos suplican de tal forma...

Rehaz tu vida, Matt. Apuesta por ti y vuelve a ser el que eras. Y si, para cuando recuperes la paz, aún me recuerdas... Búscame y acudiré a tu lado. Vendré a ti cuando estés preparado, lo prometo Grace le besa en la boca y, llorando, se vuelve hacia el río sin mirar atrás.

El gentío murmulla, advierten la tensión. Huele a sangre, a vísceras. Un charco en el suelo. Se acercan dos alguaciles. Mientras tres jóvenes y una niña se alejan en dirección contraria apartándose del gentío. Así emprenderán a tientas una atribulada aventura, salpicada de anécdotas divertidas y otros tantos sinsabores. Por de pronto, destacan los malos momentos. Si bien, al menos para Eloïse, las alegrías ya han comenzado. Pues desde que se quedó huérfana de padre, una vez llegaba primavera, arremetía contra murallas enteras de latas de sopa Campbell's, colérica, por estar encerrada en aquella cueva de perfumes y encurtidos.

Sin vivir en primera persona, sin ser dueña de sus propias sensaciones. Y por fin se cumple su sueño al empaparse de sudor y campanillas, engalanada en colores bajo el intermitente banyo, la tendera baila feliz por Carnaval y se desmelena. Es su gran día, sin duda, claro que no lo será para todos... Pues ella agita volantes, sí, mientras otros muerden el polvo.

Capítulo 22: Magia rosa

Un momento, llegados a este punto creo que debo disculparme. Pensarás que en esta historia están pasando sosas literalmente sin venir a cuento y de ser así, no te falta razón. A ver, unas muchachas de barrio que de repente marcan tendencia y se convierten en creadoras de alta costura, tanto como para que "Les Trois Graces, Salon de Beauté" cause furor entre las elegantes sureñas desde McCrory Gardens en Dakota del sur hasta Los Cayos de Florida. Reconócelo, visto así, en frío, ¡no tiene ni pies ni cabeza! A no ser que hubiera omitido algo importante que pasó...

Me remonto al día del cementerio, a eso del mediodía, cuando una Grace partió en busca de adeptos a la causa y Rossie se tumbó tras el largo viaje a la sombra de un banano. Pues fue justo entonces que Úrsula se esfumó. Salió como si tal cosa, a simple vista emprendía de un sencillo paseo. Como suponer que lo que se disponía a hacer cambiaría el curso de los acontecimientos.

Parecía deambular sin rumbo embarcándose en un laberinto de tumbas dormidas de camposanto desierto pero no era así, sabía perfectamente hacia dónde iba y no supe el motivo de su caminata hasta que se detuvo en seco frente a la sepultura de Madame Laveau. Entonces inclinó la cabeza, arañó el mármol y pintó tres cruces; arrojó varias monedas de cinco centavos sobre la lápida y la llamó.

"Vengo, Madame, a haceros una ofrenda. Pedidme lo que queráis y os serviré, tendréis mi alma devota. A cambio os pido una gracia, asistid a mis tres niñas. Os lo ruego, Maga de la noche, Reina del Caribe que iluminéis su porvenir. Oriéntalas y os seguiré ciegamente".

El espíritu de la sanadora no se hizo esperar, ahí estaba, susurrándole al oído y las instrucciones fueron tan claras que Úrsula se puso en marcha. Inexpresiva, como una autómata, sigue la linde del rio hasta llegar el zoológico. Una vez dentro se dirige a estanque de los reptiles, busca al cocodrilo blanco. Se trata de un ejemplar hierático, rígido. Si tiene fría la sangre, tiene helada la mirada. Úrsula atraviesa la verja, entra en el recinto, se acerca al caimán y le ofrece comida. Podría arrancarle la cabeza de un bocado y sin embargo obedece, zampa el ratón blanco que Úrsula agarra por la cola y acto seguido la sigue sin rechistar de vuelta hasta el cementerio. Nadie les ve, nadie les oye, será que Madame Laveau les oculta de algún modo. Y una vez frente al mausoleo de la maga, el cocodrilo toma su lugar, pasó algo prodigioso, éste se quedó pétreo, inmóvil. Adopto un lustre pulido tirando a rosado, le surcaron grietas y se convirtió en estatua.

Y claro, como aquella misma tarde pasaron tantas cosas, me centré en lo ocurrido y me olvidé de la caminata. Pero ahora, atando cabos, compruebo que Madame Laveau está detrás de tanto cambio. Tenía mis dudas y Úrsula se ha delatado. Porque acudió de nuevo, ahora que ya está mejor, a dar las

gracias a su benefactora por su gesto generoso. La propia Mamon está conmocionada, no esperaba semejante despliegue de medios, se habría conformado con que fueran mecanógrafas o dependientas en un gran almacén.

Pero claro, desconoce la verdadera razón de cuanto ha pasado y es que, con la apertura del Salon de Beauté, Madame Laveau se está divirtiendo de lo lindo. De hecho no es un negocio convencional, al caer el sol hay cierto ambiente nocturno... No malpienses, no se trata de un local de alterne, allí dentro no se juega al póquer ni se transgrede la ley seca. Sencillamente se enciende el gramófono, sobrevuelan sedas, decenas de cintas cruzan las paredes y los maniquíes con ruedas bailan el fox y llegan revistas francesas todos los jueves volando como Papá Noél por la chimenea. Atraviesan el Atlántico, naturalmente, sin previa suscripción.

Resulta que Madame Laveau antes de dedicarse a la magia fue una magnífica coiffeuse, se dedicaba a alisar el pelo con tenacillas a todas las mulatas criollas y con polvos de talco les aclaraba la piel. Hasta que la magia la sedujo fue feliz con lo que hacía. Y en los tiempos que corren, con Coco Channel revolucionando la concepción de la belleza, adora el glamour. De haber vivido un siglo después sería una de esas jóvenes flappers que se maquillaban, fumaban en público y bailaban y bebían en fiestas o en clubes nocturnos. Liviana como Isadora Duncan, rebelde como Louis Brooks, enigmática como Sarah Bernardt, diva entre divas, una diosa.

La femme aux bijouxC'est la femme aux bijoux,

Celle qui rend fou

C'est une enjôleuse

Tous ceux qui l'ont aimé

Ont souffert, ont pleuré

Elle n'aime que l'argent

Se rit des serments

Prends garde à la gueuse !

Le cœur n'est qu'un joujou

Pour la femme aux bijoux !Quand il rencontra la jolie Ninon

Ce fut dans un bal au bois de Meudon,

Au son d'une valse entraînante

Il sut captiver la charmante

Ils se séparèrent à la fin du jour

Ayant échangé des serments d'amour

Et lui tout joyeux de sa bonne fortune

Disait : Je suis l'amant de la plus belles des brunes !

Ses amis lui dirent: Haltelà !

Cette femme tu ne la connais donc pas?

Camille Miceli

Por eso Madame Laveau se inmergió con el alma en este proyecto, de ahí la maga se volcara en construir este pequeño paraíso. Será su refugio, su cuarto de juegos. Entre tules ha recuperado algo que perdió, un ápice de su inocencia. Y en este cielo improvisado conseguirá ser realmente feliz, lo sé porque puedo verla. Intervendrá cual musa, alentará a nuestras amigas para que hagan sus propias creaciones.

Descansa, Mamon, que tu deuda está saldada. Pues la magia rosa es mucho más poderosa que la negra. Es más, engancha.

Epílogo: Palabras pendientes

En medio de esta realidad salpicada de bálsamos, champús, agua de colonia, percances pasajeros, inexplicables anécdotas y contratiempos surrealistas, pasan nuestras amigas su vida en Atlanta alentadas por la correspondencia que mantenían con Matt, Westley y hasta hace poco, el perfumado papel malva de Lady Willelmina. Con su caligrafía de curvas y vaivenes maravillosos invitaba a seguir, como un farol, siempre con luz propia. Pero éstas se fueron espaciando hasta esfumarse por completo. Lástima, cada carta era una caricia... Todas, menos esta última.

Grace contiene la respiración antes de coger el abrecartas, es más que un mal presentimiento. Podría extraviarla y no leerla jamás, está tentada. Luego se reprende a sí misma plantearse una conducta tan temeraria. Una mujer cabal como ella. ¿Por qué habría de hacer tal cosa? Aun poniéndonos en lo peor, el correo trae malas noticias... Ella no es de las que se amilanan, no actuaría como un avestruz y eso que lleva una pluma en el sombrero desde niña. Como Robin Hood, dijo el abuelo cuando le regaló el primero. Era su broma secreta, su pequeño símbolo de rebeldía.

El sello en la esquina superior con el timbre de urgente invita a actuar de inmediato pero Grace está paralizada, no puede hacerlo. El sobre es blanco, aséptico, inodoro e insípido. "Con semejante descripción", fantasea, "igual se derrite con el agua". La letra es angulosa y florida, posiblemente escrita por Percival o, conociendo su innata apatía, seguramente dejara a cargo al bufete de abogados… Esas líneas traen dolor, tristeza, llanto. Pero no vayas a pensar que ahora es pitonisa, ni por asomo. ¡Solo faltaría! Entre sus recién adquiridas virtudes no figura el don de la adivinación. Lo sabe a ciencia cierta por el ribete negro que encuadra el membrete. Toma aire, aún alberga esperanzas. "Ojalá sea que la ha palmado el gato de un atracón de macarrons", se dice temblorosa para sus adentros mientras se mordisquea las uñas esmaltadas. No le desea ningún daño al pobre animal, solo que aún podría ser peor. Si tiene que morir alguien, apuesta por el felino. Concibe esa ocurrencia para concederse un impás, lo necesita. Y de esta forma logra recuperar el aliento, desencajada, en un intento desesperado por eludir males mayores.

Ah, no se deshará de ella. No lo permitiré, me juego demasiado. Tengo que saber cuanto antes para hacer mis propias cábalas, aún está pendiente mi futuro y esta podría ser mi oportunidad de abandonar definitivamente este mundo de la mano de un compañero aceptable. . Que sí, que no... No se decide, me tiene en vilo. Un nombre. ¡Solo necesito un nombre! Y según de quien se trate, decidiré si nos une el destino.

Rossie se aproxima con tino y enseguida entiende. Consciente de la gravedad, toma la carta con ternura y sin pensarlo dos veces la rasga liberando a su hermana de tan pesada carga. Vaya, ayer falleció lady Willelmina y está de cuerpo presente. La enterrarán mañana a primera hora en el cementerio de

Saint Louis. Lo hablan, desean estar ahí y despedir a la gran señora como merece. Está decidido, acudirán a las exequias aunque ello suponga volver al mismo escenario y encarar el pasado que dejaron a la vuelta de la esquina.

Al día siguiente, Matt se presenta a buscarlas muy temprano. Parece otro, más entero. Para empezar, se volatilizaron esas tristes ojeras y si te fijas, luce otro brillo en los ojos. Las señoritas toman asiento en el coche de alquiler mientras el músico se hace cargo de los equipajes y da al conductor las consabidas instrucciones para el trayecto. Al cabo de unas horas de amena charla, entran en Nueva Orleans a eso del mediodía y es poner un pie en el camposanto que el panorama les sobrecoge. Todos están allí, burgueses e intelectuales, pétreos como fantasmas. Aquellos que la querían, también los chismosos de turno. Lilas moteadas de rocío, el revoloteo de tejidos negros y muchas caras largas, larguísimas. Es una gran pérdida. Tras un emotivo entierro empapado de plegarias y sonetos, los asistentes se dispersan. Westley acude junto a Rossie y le pide que le acompañe al páramo más desolado. Presentarán sus respetos a una lápida gris y sencilla.

Gertrude, ella es Rossie. Deseo contar con tu bendición antes de hacerla mi esposa.

Westley coge a Rossie de ambas manos, teme que el espíritu de Gertrude estalle en cólera. Y si es así, la protegerá. Está dispuesto a luchar contra todos, esta vez sí. No flaqueará, por ella se enfrentaría contra el mundo, está dispuesto. Pero no será preciso pues Gertrude permanece en silencio, no ocasiona terremotos ni corrimientos de tierra. De la arcilla brota una violeta diminuta que alcanza a asomar al sol y él corre a olerla. Entienden que no hay ira ni furia en su reacción, tan solo buenos deseos.

¡No la arranques! se apresura a gritar Rossie, déjala que viva.

Es para ti, de Gertrude responde Westley ilusionado.

Como tú, será de las dos afirma Rossie en un gesto de generosidad, tan propio de ella.

Y ambos se funden en un abrazo, con el beneplácito de la fallecida que sin duda comprende. Todavía ama a Wetsley y, porque le desea lo mejor, se muestra generosa. Se mantendrá en un segundo plano.

Simultáneamente, junto al muro del cementerio, una mujer recita un poema. Y lo más paradójico es que, por estúpido que parezca, dedica sus versos a una caja de zapatos. Ojo, no está loca. Lo cierto es que hay una razón para ello. Se trata de Grace que en su día se hizo con la caja de cartón y en su interior depositó unas cenizas. Desplaza una piedra para introducir dentro del hueco aquel extraño paquete. Son los restos de Kouassi y, mira por donde, también los míos. ¿Puede ser que aún se acuerde de mí? Me esfuerzo por escuchar y siento una punzada en el corazón.

OPHÉLIE

En la onda calma y negra donde duermen estrellas
la blanca Ofelia flota como un lirio gigante,
flota muy lentamente, tendida en amplios velos...
En los bosques lejanos suenan cuernos de caza.
Hace más de mil años que la afligida Ofelia,
blanco fantasma, pasa sobre el gran río negro.
Hace más de mil años que su dulce locura
murmura su romanza a la brisa nocturna.
Besa el viento sus senos y despliega en corola
largos velos mecidos por indolentes aguas.
Los sauces temblorosos lloran sobre sus hombros;
juncos se inclinan sobre su frente pensativa.
Nenúfares marchitos alrededor suspiran,
y en un dormido aliso ella despierta a veces
un nido del que escapa leve temblor de alas.
De las estrellas de oro, un canto misterioso cae...

¡Oh, tan pálida Ofelia! ¡Tan blanca como la nieve!
Sí, tú moriste, niña, ¡por un río furioso!
Pues vientos desplomados de los montes noruegos
te hablaron en voz baja de la ardua libertad;
pues un soplo del viento, trenzando tus cabellos,

trajo extraños ruidos a tu alma visionaria;

tu corazón oía la canción de Natura

en la queja del árbol y los suspiros de las noches;

pues la voz de los mares, como estertor enorme,

partió tu tierno seno, tan humano y tan dulce;

pues en el alba de abril, un caballero pálido,

un pobre loco, mudo se arrodilló a tus pies.

¡Cielo! ¡Amor! ¡Libertad! ¡Qué sueño, oh pobre loca!

En él tú te fundías como la nieve al fuego:

las enormes visiones tu palabra estrangulaban:

¡Y el terrible Infinito turbaba tu ojo azul!...

Y el Poeta refiere que, a la luz de los astros,

buscas tú por la noche las flores que cogiste,

y que ha visto en el agua, tendida entre amplios velos,

cómo, lirio gigante, la blanca Ofelia flotaba...

Arthur Rimbaud

Compararme con Ofelia... Es un homenaje precioso. Soy muy feliz. ¡Ni siquiera lo merezco! Y cuando por fin perdono y me perdonan y creo que no puedo sentir más, ocurre otra cosa. Un hombre más se suma al recital. Viene Matt, que toma el testigo deleitándome con otro poema hermoso.

SOBRE UNA ROSA BLANCA

El albo vestido de Ofelia,

la blanca flor inmaculada,

que es como nieve amontonada,

tan sólo es ya melancolía.

Se deshojó la rosa bella

por el agua del búcaro abrazada.

Y su gracia, como una huella

de amor, ahogada agoniza.

¡Pero qué viva en mi memoria!

Reharé los pliegos de su túnica;

quiero que nadie contraríe

el placer que hallo en respirarla.

Como la vi, pura, en las manos

que aquella noche me la dieron,

tal cual la amé, deseo amarla;

tal cual la vi, deseo verla.

Rémy de Gourmont

Él se coloca detrás de ella, la coge por la cintura, encajan tan bien que desde mi perspectiva parecen una sola figura mística y reluciente como la de una divinidad hindú de cuatro brazos y un solo corazón. Por fin acepto que he de dejarles libres. Es su momento, tienen derecho a ser felices. ¿Y qué pasa conmigo? El mío ya pasó, si hace tiempo que no me ven, no cuento para nadie. ¡Ni siquiera existo! Quizás solo necesitaba una despedida como esta, afectuosa de veras con una lápida no manchada como la de Charleston por el odio y el rencor. Sentirme por una vez, la princesa dormida en su lecho de cristal. Bella, añorada, querida y congraciarme con el mundo sintiendo, o engañándome acaso, que le importado a alguien alguna vez.

Adiós, Nueva Orleans. También, mis saludos a quienes me habéis acompañado leyendo todas estas líneas tan mías y tras compartirlas, tan nuestras: El testimonio de una niña suicida sobre fondo gris. Un momento, están pasando cosas. Alto. Noooo, no me despido de todos. Por favor,

Guardián, ¡no dejes que Lady Willelmina se marche al otro lado! Todavía no, distráela con mil formalidades. Supongo que la entrada al cielo funcionará como una aduana... Pues no, qué decepción.

Caramba. ¡Qué prisas! No duda, lo tiene clarísimo. Acepta su sino. "Lady Willelmina, ¡espere!", si se dispone a viajar, que no lo haga sin mí. Necesitará una dama de compañía, si me lleva consigo puedo leer para usted. Me sé muchos poemas de memoria, no sé si allí tendremos papel. A todo esto... ¿Hace un chocolatito? No me ve, no me escucha… Oh, no. ¡Hay otra persona a este lado del candado que capta su atención y la espera con los brazos abiertos! Me niego, ella debería poder verme y sin embargo es todo ojos para él. Cáspita, ¡menudo recibimiento! Se trata del abuelo Lemaillot quien la acoge con la mirada más tierna del mundo. A continuación le señala mi difuminada estela y me siento tan pequeña... "¿Me adoptáis? Seré una nieta modelo, puro candor. La mismísima Wendy, alegre y cantarina". Miento, yo no soy así pero si es lo que quieren, tendré que esforzarme. "Estáis de suerte, me pilláis en tránsito de milagro." Contengo el aliento, es ahora o nunca. Solo verme, Lady Willelmina corre a mi encuentro. “¡Siiií!”, me pellizco, “¡Está pasando!”. Me cogen en volandas y entramos los tres juntos a tientas. ¿A dónde? Es igual. Por primera vez en todo este tiempo no tengo miedo a adentrarme al otro lado de la neblina. No importa, en cualquier caso toca avanzar y lo haré en la mejor compañía.

Pero un momento, esa es la bici de Grace. ¿Quién la monta? Socooorro. ¡Se la han robado! Se la lleva una niña siniestra vestida de negro de pies a cabeza. Pedalea muy rápido, lleva en la cesta una novela de amor por entregas con una cinta dorada de raso y de la lazada cuelgan dos cerezas. Veamos a donde se dirige... ¿Al burdel? Entonces no es una ladrona sino Adéle, que va a visitar a su madre. O puede que a quedarse... La sangre tira. ¿Te vienes, Adéle? Parto de exploración y me vendría bien una amiguita. Me concentro. Que se choque, insisto, que se parta el cuello contra el borde de la acera. Adèle se distrae, nota que alguien la llama. Busca mi voz, se despista... Pero cuenta con algo a su favor, unas increíbles ganas de vivir y muchos, muchísimos planes. Maldita sea, resulta que tengo escrúpulos. Me corrijo, resulta que Adèle sí que es una ladrona, esa chiquilla me ha robado el corazón. De modo que desisto y ella endereza el volante. Sigue calle abajo y eso se traduce en... ¿Tenemos nueva lectora en el barrio francés?

Eso parece. Adèle es una chica lista, Grace le ha enseñado a leer con soltura y al recitar esgrime un deje maravilloso. Es dulce, sensual, exhala amor y el aliento le huele a flores. Jazmín pensaban llamarla de haber optado por el prostíbulo, un nombre cálido y aromático, hecho a su medida. Sabe de sexo tanto como de pedalear, aprendió mirando a hurtadillas. Y de las dos cosas que una vez se aprenden y no se olvidan, se decide por el papel y no hablo del de fumar. Sabe lo que quiere y ser feliz está en su lista interminable de deseos pendientes... Lástima, yo podría ser ella. Adéle, vive por mí y no permitas que nada ni nadie te separe de tus libros. Lee, ama, ¡sueña despierta! Y prométeme que besarás por las dos. Me sigue buscando... ¿Acaso puede verme? Atenta que llegas al cruce. Vete de una vez, no te entretengas.

No vaya a ser que cambie de opinión...

Agradecimientos

A Eugenia, María Esther, Leonor Cristina, Rocío y Margarita, las mejores amigas del mundo. Su incondicional aliento me ha empujado siempre.

Cómo olvidarme de Irene, suyas son la portada y la contraportada; a la vista está que es una verdadera artista.

Antonio, que me transmitiste tu optimismo.

Para ti, Manuel, que juntos hemos aprendido tantas cosas.

También hoy tengo presentes a mis padres fallecidos, Santos y Carmen, que me aceptasteis como soy.

La última línea es para ti, querido lector, por llegar hasta aquí con tu excelente criterio .